EL LIBRO DE LAS PARTURIENTAS

MATILDE CABELLO

EL LIBRO DE LAS PARTURIENTAS

MATILDE CABELLO

EL LIBRO

DE LAS PARTURIENTAS

Matilde Cabello

UTOPÍA
LIBROS

© Matilde Cabello, 2008

© Utopía Libros, 2021

© Foto de la autora: José Martínez

(cedida por El Día de Córdoba)

© Foto de portada: Salud Jiménez Luque

Edición: Ricardo González y Daniel Valdivieso Ramos

Pedidos: editorial@utopialibros.com

Catálogo: www.utopialibros.com

Utopía Libros, S.L.

Patio Beatillas. Plaza de las Beatillas, s/n

14001 Córdoba

ISBN 978-84-123360-0-9

Diseño: Utopía Libros

Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

Hecho en España

A mis padres, José y Valeria;

a su tradición oral, tan valiosa;

a sus paisajes y sus gentes de Córdoba, tan añorados.

El libro de las parturientas de Matilde Cabello tiene un curioso origen. La protagonista de esta historia decidió escribir un breve manuscrito donde redactaba su experiencia vital y legal; después llegó el afortunado encuentro entre Salud Jiménez Luque y Matilde Cabello haciendo posible que aquella historia se convirtiera en una intensa novela, en la que cualquier parecido con la realidad es pura certeza. Tamizada por la visión y la evocación de la autora, tenemos la oportunidad de conocer los espacios comunes de toda una generación de mujeres y una época tan cercana en el tiempo que resulta, extrañamente, lejana en lo emocional.

«¡Qué penita y qué “doló”

los niños de San Jacinto

no saben quién los parió!»

(Soleá popular cordobesa)

I. ALMODÓVAR DEL RÍO

Nací en 1953. Mi madre trabajaba en las cocinas del cortijo La Torre, de los marqueses de Siria, en Almodóvar del Río. Mi padre era jornalero. Yo pasaba muchas horas con él. Cuando se ausentaba, solía buscar a los manijeros y a los gañanes. Jugaba con la tierra, subía a la grupa de las mulas, correteaba por los campos, los patios y las cuadras. La vida era entonces intensa, como los colores y el agua cuando les roza la luz del Sur.

Cada tarde, con la puesta de sol, tomábamos el camino del pueblo, siempre con el castillo de fondo. Íbamos andando; yo en los brazos de mi padre.

A veces la luna de verano, roja e inflamada sobre los cerros, nos sorprendía aún por el camino terrizo. Ladraban los perros a lo lejos, y el coro de las chicharras y los grillos conformaban todas las nanas que nunca me cantó mi madre, mientras me iba adormeciendo sobre los hombros de él. Olía a sudor y a jara.

Nunca he vuelto a sentirme tan segura, mecida en la respiración agitada de su cansancio, casi pegada a su rostro de campesino, cuarteado, igual que las charcas en tiempos de sequía.

Al llegar a casa, ella le vertía el agua en la palangana de porcelana, junto a la chimenea de la cocina. Desde mi silla baja, de anea, le observaba enjabonarse la cara, el cuello curtido por el sol, la marca del triángulo moreno tatuada en su pecho, largo y flaco. Entraba al cuarto a vestirse de limpio. Cuando salía ya estaba arreglada para irnos a la taberna, solos él y yo.

Nunca olvidaré su forma de mirarme. Era la luz de sus ojos. Le adoraba. Unidos por siempre a él se quedaron los mejores años de mi infancia. Jamás sabré si aquella armonía sería la razón de los insultos y vejaciones que, más tarde, me procuró mi madre. Quizá algún día pueda recordarlo sin llorar. Quizá pueda reconciliarme

con ella. De momento, sigue intacta en el recuerdo; distante, fría, tan oscura como los lutos eternos de las mujeres del pueblo, marcadas todavía por las tragedias de la guerra, que se cebó especialmente con sus maridos y sus hijos.

Aquella mujer, de la que nunca recuerdo un beso o un gesto de cariño, no se parecía en nada a su madre, la abuela Marcelina. En el verano del cincuenta y cinco vivía con una hija más pequeña, que estaba a punto de dar a luz. En su casa, una tarde, a principios de aquel verano, fuimos a despedirnos de las dos. Nos marchábamos con la señora marquesa a San Sebastián. Sería mi primer viaje y también la vez primera que me separaban de mi padre.

Tomamos un tren hasta Córdoba y otro a Madrid. Pasamos la noche en el Paseo de la Castellana; en un piso grande y precioso, que los señores tenían en la capital, con sofás isabelinos, muebles tallados a mano, lámparas de cristal, paredes llenas de cuadros, espejos y cornucopias; los techos eran muy altos, adornados con grecas y plafones de colores. Mi madre y yo dormimos donde el servicio. Al día siguiente, tomamos otro tren hasta Hendaya. En la estación nos recogió el chofer de la señora.

Habíamos cruzado España, casi de punta a punta. Pude ver correr todos sus paisajes, tan distintos, frente a mí, como en una película. Me encantaba sentarme junto a la ventanilla y no quitarles ojo. A pesar de la distancia y las horas, conservo recuerdos muy vivos de esa primera vez y del encuentro con el mar, cuando cruzamos San Sebastián, sus barandales y farolas blancas, sobre un charco inmenso, azul. Siempre he pensado que fue entonces cuando me aficioné a los viajes y a los trenes.

El palacete estaba en Zarautz. Tenía jardines frondosos y sirvientas por todas partes, jóvenes y de uniforme. Yo jugaba con ellas constantemente y, salvo por el recuerdo de mi padre, creo que fui feliz. Entre junio y septiembre volvimos todos los veranos. El de 1960 fue el último. Todavía no sé si tendría yo algo que ver en ello.

Alguna vez celebraban reuniones y fiestas importantes en la residencia aquella. La casa estaba para pasar revista. Las muchachas vestían un uniforme más impecable de lo habitual, los suelos y los muebles se enceraban, se baldeaban las paredes de los jardines y las

cocinas se llenaban de comidas y manjares extraordinarios.

Una de aquellas noches especiales estaban todos los señores sentados junto a una mesa muy larga, vestida con un mantel bordado de lino, cubiertos de plata, cristalería y vajillas de lo mejor de la casa. Había mucha gente, pero se veía que quien llevaba la batuta, porque presidía y todos le hacían la pelota, era un señor rechoncho con cara de pan "fiao". Entonces a una de las muchachas se le ocurrió retarme.

–Mari, ¿a que no eres capaz de pedirle un duro al invitado?

–¿A cuál?

–Al pelón, al pelón –contestaron a coro.

No me lo pensé dos veces. Me colé por los pasillos, alcancé el comedor, me puse a su lado, le di un golpecito en el brazo y le dije:

–Oye, ¿tú me puedes dar un duro?

–¿Quién es esta niña? –preguntó limpiándose la boca con el pico de la servilleta, de una forma muy cursi.

–Perdone su excelencia, es la hija de la cocinera –respondió la marquesa con la cara como un tomate.

–¿Cómo te llamas?

–Mari. ¿Me das el duro o no?

–Te lo voy a dar. Pero las niñas buenas no piden dinero.

«Vale, vale» pensaba yo. «Lo que tú digas. Pero dámelo ya».

El caso es que la cara del pelón me sonaba mucho. Pero no sabía de qué. Luego me dijeron que era del NO-DO y se trataba del mismísimo general Franco. No se me olvidaría jamás; sobre todo, por la paliza que me dio mi madre, a pesar de que las muchachas me excusaban y se culpaban de todo. Ella soportó también la regañina de la señora marquesa, como el resto del servicio, y le ordenó que estuviera más pendiente de mí.

Para facilitarle las cosas e impedir que estuviera todo el día dando la lata, decidieron llevarme a un colegio hasta que acabara el verano. Era de religiosas. Nunca antes había visto las tocas de esas monjas. Eran como dos alas blancas, muy tiesas, que le salían de encima de las orejas, reposaban en los hombros y subían otra vez, como dos cuernos grandes. Cuando les preguntaba por aquello, me decían que era para que no se les viera el pelo, pero yo las utilizaba para echarle dentro todo lo que pillaba, cada vez que podía.

El colegio debía estar a algunos kilómetros del palacete. Me llevaba subida en el manillar de su bicicleta una de las sirvientas, Pepita. En uno de esos días se produjo el accidente. Chocamos con un coche y, como iba delante, fui la más perjudicada. Tengo el recuerdo de un dolor intenso en las piernas, el vestidillo y los muslos llenos de sangre. Aquel percance tendría unas consecuencias terribles en mi vida. Entonces no comprendí su gravedad.

Aquel verano, como en los anteriores, las muchachas del palacete volvieron a llevarme a las fiestas de San Sebastián, con sus novios. Se celebraban el 15 de agosto. No volvimos. Pero se me han quedado fechas y recuerdos de aquel tiempo grabados en el rincón de las sensaciones buenas, como el regreso a la casa de Almodóvar y el reencuentro con los brazos de mi padre. Me llama la atención cómo es la memoria, que nos hace olvidar lo malo con el tiempo; pues también me llevaba una tunda diaria de mi madre y lo recuerdo menos. Una de las muchas cosas que no soportaba de mí era que de pequeña mojaba mi cama; las muchachas, en cambio, trataban de calmarme. Ahí, en el rincón de lo bueno, están también sus nombres: Pepita, Maruja y Mari Luz. ¿Qué habrá sido de ellas y del jardinero? Se llamaba Andrés, un buen hombre que también me quitó muchos palos. Cuando hacía alguna trastada o me meaba en la cama y me pegaban, al verme llorar, siempre me decía:

–Mari, vente al jardín, que aquí, entre las flores, todo es más bonito. Verás como nadie te pega ni te riñe.

De algún modo, fueron años casi normales. Podrían haber sido mejores si el cariño que me daban los demás lo hubiera recibido de mi madre. Si ella hubiera sido menos rancia. Sufría por eso. Claro que, entonces, no podía sospechar que, a lo largo de mi vida, recordaría aquel último verano, en el País Vasco, como un tiempo

feliz. Tenía siete años.

Mi madre no pudo volver. Tuvo que ocuparse de los cinco hijos de su hermana, uno de ellos el recién nacido.

–Cuando volvamos ya habrá niño –le había dicho mi madre, al marcharnos el último verano a San Sebastián.

Mi tía sonreía, como siempre. Era una mujer alegre, cariñosa, seguramente feliz. No la vimos más. No fue culpa de nadie. Las cosas eran así antes. Las mujeres parían en las casas. Se quedaban embarazadas sin controles de médicos ni especialistas. Si el niño venía bien, pues bendito sea Dios, y si mal, se morían ellas, o las criaturas, o los dos. Entonces todas volvían a ponerse el pañuelo negro, si es que habían llegado a quitarse el de la muerte anterior, y la casa se inundaba de vecinas; amortajaban, acarreaban sillas, rezaban y agudizaban el dolor recreándose en las virtudes de la fallecida, en la desgracia del marido, de la madre o del hijo. A los niños los guardaban en cajitas blancas e íbamos otros niños a acompañarlos con cintas de colores colgando del ataúd. Eran los "enterretes". No cesaban en todo el año, y en verano eran casi a diario. Después, el silencio volvía a inundar la casa. No había radios, ni coplas en las cocinas, ni salidas al paseo; no se ponían pendientes ni sortijas, y si salían a la calle era sólo para trabajar en los campos o ir a lavar a las huertas, junto a las albercas. Así se les iba la juventud. Era algo que siempre me llamó la atención. Parecían brujas, tan serias, tan amargadas.

Los maridos y los hijos, en cambio, seguían su vida normal. Yo me los encontraba en la plaza o en el bar, cuando salía con mi padre.

–¿Por qué son así las cosas padre?

Él siempre me daba la misma respuesta.

–Las mujeres tienen que estar en la casa, guardándole la cara al "marío".

Había otras cuantas premisas que no olvidaré jamás: No te pongas pantalones, no fumes, no te juntes con los niños, que no te achaquen ningún novio y el latiguillo de mi madre cuando, tantas

veces, siendo ya medio mozuela, me prohibía salir de casa viéndome arreglada ya, y solía decirme:

–Tú no pisas la calle, que el buen paño en el arca se vende.

Cuando eran ellas quienes morían, las familias resolvían repartiéndose a los hijos. Mi madre se quedó con el recién nacido. Se lo trajo a mi casa a vivir, para criarlo ella. Enseguida me di cuenta de cómo iban a cambiar las cosas para mí. Metió al niño en mi cuna y empezaron a darle de comer en el vaso de la tetilla grande, con el que solía comer yo. Llegó como caído del cielo. Debió ser lo mejor que le pasó en su vida. Él era de su sangre. No es que yo lo pensara. Lo sentía. Era como si, a partir de entonces, yo hubiera empezado a hacerlo todo mal. Me reñía más y siempre acababa con la misma retahíla: "Donde no hay sangre no hay morcilla". Entonces no entendía nada.

Me buscó un colegio en el pueblo. Me daba miedo. Apenas había tenido contacto con otras niñas. En San Sebastián, como era verano, las monjas estaban solas. Había que ir a la escuela y estaba asustada. Los primeros días me levantaba llorando por quedarme en casa, hasta que me fui acostumbrando. Mi padre, que era analfabeto, me convenció de lo bueno que sería empezar a leer y a escribir. Pero surgió el problema: era zurda.

Cada mañana, la profesora me ataba la mano izquierda a la espalda, en la parte trasera del pupitre. Las horas se me hacían eternas. Lo pasaba fatal. Tenía la sensación de estar presa. Para colmo, las niñas se reían de mí. Al entrar, cuando cantábamos el Himno Nacional, o en la fila de la leche en polvo, o en el recreo, siempre había alguna que me sujetaba la mano zurda, con aquella crueldad propia de los niños. Insistía en cambiar de colegio, pensando que así acabaría el problema. Se reprodujo una y otra vez, en cada uno de ellos y con cada una de las maestras.

Empecé a odiar la escuela. Detestaba los mapas y los cuadernos, las fotos de Franco y de José Antonio escoltando la cruz, el rincón donde nos ponían de rodillas con los brazos abiertos y las pizarras negras colgadas en la pared, en donde cada mañana la maestra pintaba un prisma, con la fecha, el día de la semana y el mes. El aburrimiento me hizo aprender de memoria cada elemento de

aquella escuela: la caja de madera con las figuras geométricas y el ábaco de contar bolas para aprender a sumar; las huchas del DOMUND, con las cabezas de las cuatro "razas" –blancos, amarillos, negros y cobrizos–; los dibujos que la maestra reproducía de la enciclopedia Álvarez, con el ojo de Dios dentro del triángulo, la balanza bajo la cruz, las ánforas del milagro de Caná o la cesta con la manzana podrida, diferente a todas, como yo, con mi babero blanco y mi mano atada a la espalda.

Inconscientemente debí intuir que negarme a aprender era la única forma posible de rebeldía. Decía no a todo, incluso cuando nos ponían, como en un juego, a raspar los pupitres de madera, con medias cuchillas, para limpiarles la suciedad. Unas y otras, me fueron dejando como cosa perdida hasta que, al final, fui a caer con una maestra distinta. Nada más verla supe que me sentiría bien.

Doña Felisa vivía en Córdoba, en la calle Siete de Mayo de Ciudad Jardín. Todos los días iba al pueblo a darnos clase. Tenía ese aire distinto que da la capital; era cariñosa, olía a gloria bendita y yo disfrutaba a su lado. Los cuadernos Rubio de caligrafía empezaron a resultarme amenos e hice mis primeras amigas, Fernandi y Agustina. Me aficioné a leer tebeos y a los cuentos de hadas; me leía hasta los del Capitán Trueno de Manolín, el hermano de mis amigas, el amor más feliz y el más desgraciado de mi vida. La maestra se llevaba la comida de casa y almorzaba en el comedor del colegio. Pasé de estar deseando salir corriendo de la clase a quedarme la última, para estar un ratito más con ella. Doña Felisa me marcó para siempre. Llegó a conocer la niña que yo era. Me enseñó a escribir con la derecha, sin tener que dejar de utilizar la zurda, y nunca me ató la mano. Me hizo estudiar hasta sacarme el certificado de Estudios Primarios, que era lo que daban antes. Los años buenos, junto a ella, me curaron de todos los demás, si es que eso era posible. A veces pienso que, aunque arrinconándolos, los pasajes dramáticos de la infancia pueden más que nosotros y se nos aparecen cuando menos lo esperamos; igual que las almas en pena que iban a pedir sus misas, de noche, a los pies de la cama de la gente de mi pueblo, y no se iban hasta que, quien fuera, cumplía la promesa que el muerto había hecho en vida. Otras veces, como los recuerdos eran insistentes, regresaban una y otra vez, en las alcobas, los altares o las puertas de las ermitas.

Aquellos años están en el lado bueno de la memoria. En parte, gracias a mi maestra y a mi abuela Marcelina, las únicas personas con quienes me sentía querida de verdad y que me lo demostraron durante años.

Mi vida era tranquila, en el colegio y en casa de mi abuela. En la mía, mi primo me había destronado y yo maquinaba trastadas para convertirme en protagonista, por ejemplo tirando al pozo los pollitos del corral, uno a uno, aunque luego me obligaban a bajar a aquel agujero para rescatarlos, pero mientras tanto tenía a todos pendientes de mí. Otras veces, muchas –porque aquello era mi debilidad– iba al comercio de Isabel, era una de esas tiendas de ultramarinos de pueblo donde se mezclaban: las latas de Cola-Cao con los sacos de azúcar en terrones; las latas de tomate a granel con los chicles Bazooka o Cosmos, los chicles negros de regaliz que nos dejaban boqueras negras; los tacos de jabón verde y champú Sunsilk, en bolsitas con forma de rombo con las cajas redondas de sardinas arenques; bobinas de hilo La Cometa con el Zotal y las cuerdas para las carruchas con las "arrebañaeras" para el pozo y los barreños de zinc, que servían por igual para el baño de los niños o la colada o la elaboración del jabón de sosa. Me gustaba ir allí, a mirar y a oler. Nunca he vuelto a sentir el aroma de aquellos comercios.

Las madres mandaban a los niños a hacer los "mandaos", sobre todo, cuando no había dinero e Isabel sacaba su libreta y apuntaba. En mi casa no recuerdo que faltara el dinero, pero yo sabía que se hacía así. Un día, mirando la tableta de chocolate El Gorriaga abierta sobre el mostrador, se me ocurrió una idea.

–Isabel, que dice mi madre que me des una jícara de chocolate y la apuntes, que luego te la paga ella.

–¿Cómo es que no viene tu madre contigo?

–Está mala. Pero me ha dicho que en cuanto se levante viene y te la paga.

A ella no le extrañó, a mí madre sí. Menuda paliza me dio aquel día. Sin embargo, lejos de escarmentar, me puse más rebelde. Días después me traje unos zapatos de Roldán, con el mismo método. El

hombre me hizo la misma pregunta que Isabel, di la misma respuesta y me llevé la misma paliza después. Con el tiempo he comprendido que, para ella, comprar "fiao" debía ser violento, aunque fuera lo normal para el noventa por ciento de las familias de Almodóvar.

Aquel era un pueblo de economía precaria y viviendas humildes. No había taza de váter ni agua en las casas. Sólo los más afortunados tenían un pozo en el corral y sólo los ricos tenían baño, aunque no tan lujosos como los de los marqueses. Teníamos el orinal debajo de la cama; para el resto íbamos al corral, hiciera frío o calor. El papel de estraza hacía las veces del higiénico. No era dramático. Estábamos hechos a eso. Por la mañana, las mujeres guardaban su vez en las colas de las fuentes públicas. Colocaban los cubos y los cántaros en fila, mientras hablaban de sus cosas o criticaban a otras vecinas. En verano, cuando se echaba un poco el calor, pasaban las mulas y las burras, cargadas con las aguaderas y los cántaros, de regreso de los pilares. En todo este tiempo iban las mujeres con los "roetes" de trapo sobre las cabezas, sujetando los baños de zinc. Allí llevaban la ropa limpia –la propia o la de las señoras ricas– con la "restregaera" de madera encima; así iban y venían de quitarle las miserias a los señores. Los pañuelos de mano eran asquerosos.

En los lavaderos públicos de las afueras se echaba el día. Para las niñas chicas, era una excursión. En los días de calor nos mojábamos con la regadera de las plantas, y a la hora de comer sacaban la esportilla, con la hogaza, las chacinas o lo que hubiese. Luego, cuando entrábamos en edad de trabajar, ayudábamos a sacar agua del pozo, a extender las sábanas en la hierba, a lavar los trapos chicos, a doblar las sábanas, a transportar cubos y cántaros. Las comidas de la "esportilla" y las duchas con la regadera dejaron de tener encanto.

Las pilas de las huertas a veces se alquilaban y, otras, se usaban por amistad. Luego empezaron a proliferar los cuartillos en el corral, compuestos por un poyete y varios lebrillos, en donde se metían a lavar dos días por semana desde muy de mañana hasta bien entrada la tarde.

En verano, al llegar la noche, el calor del Sur se hacía insoportable. Entonces tirábamos los colchones de borra en el suelo y dormíamos

todos donde había corriente. Sudábamos a chorros. El calor era más insoportable con el cuerpo recalentado del cansancio y el sol.

Tengo más recuerdos del cuartillo que de las huertas. Mi madre lo puso enseguida. Le gustaba dar buena imagen y, en honor a la verdad, he de decir que siempre me sacaba a la calle muy bien arreglada. La novia de un sobrino suyo era costurera. Cada año, antes que empezara el verano, la llamaba a casa y la tenía una semana cosiendo vestidos para mí. Fue así hasta que llegó el niño nuevo y las cosas empezaron a ir de mal en peor. Ella sólo tenía ojos para su sobrino. Yo no le importaba ya. No entendía mucho aquello. Era una niña de ocho años, casi normal, creo. Me gustaba jugar y no sabía que la gente pudiera tener maldad y tanta mala leche. En aquel tiempo empecé a enterarme.

A mediados de febrero era el tiempo del Carnaval. Me gustaba mucho disfrazarme, salir a la calle con la careta, irme al salón de las máscaras, a mirar los colores, a jugar, a reírme. Estaba en el Ateneo Popular de Almodóvar, un edificio antiguo, de paredes anchas y azulejos señoriales, con un patio central rodeado de corredores, al modo de las casas de los señoritos andaluces y un escenario de madera al fondo. Aquello se llenaba de gente con disfraces. Mi padre era portero de las fiestas y del cine, que también estaba allí. Yo disfrutaba mucho en aquellos días, entre la gente que bailaba, reía, lanzaba papelillos y se embromaban entre ellas.

Un día de Carnaval había un corrillo de mujeres bailando. Yo llevaba un alfiler de cabeza negra de sujetarse mi madre el velo, y se me ocurrió pincharle a una en el culo. Todas se rieron del salto que dio. Ella se volvió, me dio un bofetón y se me cayó la careta.

–Anda, mira. Tenía que ser la de la cuna –dijo.

Me eché a llorar por la bofetada –lo otro no lo entendí–. La amenacé.

–Te vas a enterar a mi padre.

–¿Tu padre? ¿Dónde está tu padre? Ese de ahí no es tu padre. Tú eres de la cuna. ¡Vamos con lo humos de la bastarda!

–¿Qué es eso? –pregunté llorando.

El corrillo empezó a sonreír, lanzándose miradas malévolas de complicidad. Nadie –nunca podré olvidarlo– tuvo un gesto de apoyo hacia mí. La más "desahogá" de todas me dio la respuesta.

–¿Que qué es eso? ¿Pues qué va a ser? Las niñas que sus madres no tienen "marío".

No tenía ni idea de lo que aquella mujer estaba diciendo. Sólo sé que me dolió más que cualquier paliza de mi madre y, sin saber porqué, sentí una vergüenza terrible. Había mucha gente alrededor. Me miraban, pero lejos de decir nada, aprobaban las ofensas de aquella mujer con sus sonrisas y sus carcajadas.

–Se lo voy a decir a mi padre. Te vas a enterar ahora.

–Y dale con la niña. Niña, que ese no es tu padre. Que no te enteras.

Corrí a la puerta, a buscarle, con la cara encharcada en mocos y lágrimas.

–¿Qué te pasa Mari? ¿Qué te han...

No le dejé terminar.

–A ver. ¿Tú eres mi padre?

–Pues claro que sí. A ver, ¿qué ha pasado?

Se lo conté todo, pero él no pareció darle ninguna importancia.

–Anda, no le hagas caso. Esa mujer es una chismosa. Vete a casa y lávate la cara, que no te vea tu madre con esos churretes.

Salí corriendo, a contárselo a mi madre. También lo desmintió.

–Todo eso son mentiras. Es pura envidia, porque ella no sirve.

–¿Qué es que no sirve?

–Que no sirve, que no puede tener hijos. Una mujer que no sirve para tener hijos, no sirve "pá ná".

No me quedé conforme. Me fui a casa de mi abuela Marcelina. Ella también me mintió, pero con ella no sentí que lo estuviera haciendo y me tranquilicé. Para que dejara de hacer preguntas, me invitó a dormir en su casa. Sabía que era lo que más me gustaba. Allí sentía verdadero cariño y miedo a la vez, de perderla.

–Abuela. ¿Tú cuando te vas a morir? –le preguntaba.

–No pienses en eso ahora. Me queda mucho todavía y mientras yo viva estarás aquí.

Sabía bien lo que estaba diciendo. Yo entonces no lo entendía. Luego sí. Recordando sus discusiones con mi madre –que eran muchas– todo empezó a tener sentido. En nuestros encontronazos, volvía a aparecer la frase favorita de mi madre: “Donde no hay sangre no hay morcilla”.

Un día, un reproche de mi abuela me confirmó que la mujer del baile de Carnaval no me había mentido.

–Si no la querías, ¿para qué la recogiste?

Aquella pregunta abrió todos los interrogantes y toda la lucha de los siguientes cuarenta años, marcando un antes y un después en mi vida.

Supe que mi abuela conocía el secreto y me dolió que me hubiera mentido. Pasé unos días callada, asumiendo mis sentimientos de soledad, de desamparo, de tristeza. No sé muy bien. Lo experimentaba por vez primera, y como otros que vendrían después, fueron encajándose en mi corazón a golpes de dolor; luego, al cicatrizar en mi corazón, quedó una capa dura, como la costra de una herida, que poca gente ha podido atravesar.

Nadie me preguntó qué me pasaba ni me ofreció su experiencia de adulto. «Estás sola», me repetía. Creo que fue en esos días cuando asumí la soledad que habría de acompañarme en adelante y activé mi memoria, en un ejercicio de concentración intuitivo, casi animal. Me empeñaba en recordar de manera obsesiva, apretándome las sienes, cerrando los ojos, transportándome como en una nube de humo, para ir ordenando mis ocho años de vida. Buscaba el rostro

de mi madre, una imagen de ella. ¿Quién sería? ¿Dónde estaba? Allí empezó la pregunta que no cesaría hasta encontrarla.

Desperté de aquello queriéndolo saber todo. Empecé a hacer preguntas a quienes me encontraba; registré la cómoda, las mesillas, el baúl, cada cajón de mi casa. Estaba siempre pendiente de las conversaciones de los mayores. Los sueños se volvieron más intensos, mezclados con el constante bullir de mi esfuerzo por recordar. Recuperé mi propia imagen, en una cuna, junto a otros niños como yo. Creo que ni para comer nos sacaban de allí. Era una sala grande de ventanales altos. Todo era difuso, salvo el miedo; el pánico a la oscuridad que me acompañará hasta la muerte, mis llantos y los de los demás.

En uno de los sueños vi a las monjas de San Sebastián y a otras que no llevaban sus toquillas de alas. Me desperté preguntándome dónde había visto a esas monjas. Conseguí recordarlo. Había sido en el cortijo de La Torre, siendo muy pequeña. Me escondí, instintivamente. Las escuché discutir con mis padres. Hubo una bronca tremenda entre mi padre y ellas. Insistían en llevarme. Pasé mucho miedo.

Ahora mis recuerdos propios se entremezclan con cuanto he ido descubriendo de mi vida: el verdadero lugar de mi nacimiento, un 20 de mayo de 1953 en la Casa de Maternidad de Puerta Nueva. Mi madre me dejó allí. Al día siguiente me bautizaron en la capilla del Sagrario, como a todos los incluseros de entonces. Me impusieron el nombre de Salud y los primeros apellidos que se les ocurrieron; a su libre albedrío, así hacían las cosas.

Mis padres adoptivos me sacaron del hospicio antes de cumplir los dos años. Eso sí logré recordarlo. Debía estar muy contenta. Las monjas me pusieron un vestido y unos calcetines blancos, un lazo en la cabeza y zapatos de charol, los primeros que tuve. Me esperaban en un zaguán grande, salimos a un jardín y cruzamos una verja de hierro. ¿Quién sabe si era la primera vez que me abrazaban? Por entonces dudaba si aquello era recuerdo o fantasía. Todavía no se había producido el reencuentro con aquellos escenarios por los que hubiera podido caminar con los ojos vendados. He recompuesto cada escena de ese día; la sensación de sentirme en brazos de alguien, cómo me agarré al cuello del

hombre, sin querer soltarme. Fue la primera vez que vi las calles de Córdoba. Debí mirar con mucha atención aquella ciudad, que cruzamos de punta a punta. La recuerdo tal y como era entonces, llena de cercas, campos y terrenos baldíos, con muchos pisos a medio hacer y, en las afueras, algunas chabolas. La estación, los caminos de tierra junto a los jardines de Los Patos, que subían a Las Margaritas, y Las Tendillas, las de antes, con el olor a calamares del bar La Malagueña, con el cuadro de Cruz Conde pintado por Julio Romero, anunciando el anís La Cordobesa.

Fue mi primer viaje, también lo hice en tren, como una premonición, como todos los que haría a lo largo de mi vida. Aquel fue el único feliz. No sé cuánto duró. Llegamos a una casa. Había una cuna y un cuarto para mí sola. Dios mío, cuántas veces volvería a añorar un cuarto para mí sola.

Salí del letargo que me produjo sospechar que podría ser una bastarda. Luego quise olvidarme o creí olvidarlo, lo aparqué, sería lo más correcto. No sé. Supe que nadie me diría la verdad y me mentalicé. No tenía que andar preguntando. Todos mentían. Algún día sabría o me daría cuenta, como con otras cosas que todos callaban y, sin embargo, adivinaba. Nadie me había dicho, por ejemplo, que era diferente a las otras niñas, con madres de su misma sangre, que las querían.

Llegó la hora de la primera comunión. El día del Corpus me pusieron un vestido blanco, corto, como se llevaban en aquellos tiempos. Ese debía ser el día más importante de mi vida, decían las maestras, y lo fue. Inolvidable, sin duda, gracias a la tunda de palos que me dio mi madre. Me señaló el cuello y para que nadie viera nada, me tapó las señales de los golpes entre las trenzas y el bies del vestido. No sé muy bien por qué lo hizo. Creo que me manché los zapatos, o algo así. En cualquier caso, no le hacían falta demasiados motivos para apalearme. Sus palizas eran el pan nuestro de cada día.

Después de tomar la comunión, los niños lo celebraban en su casa, poniendo embutidos, refrescos y vino a los amigos y a la familia. En mi caso, no hubo nada, salvo los besitos de la familia y de las vecinas.

Por la tarde, me volvieron a poner el traje de comunión para la procesión del Corpus, que salía de la Iglesia de la Inmaculada y pasaba por la puerta del Ateneo y la del Ayuntamiento hasta la calle del castillo. El olor a incienso y la fila de mayores vestidos de negro, con los niños de blanco en medio, recorría las calles principales del pueblo. Había mantones, colchas y banderas de España en los balcones. Íbamos todos los niños en fila, las niñas con canastitas de flores. El suelo estaba lleno de pétalos y juncias del río. Olía a verdor y a campo y hacía calor. Por mucho que una quiera olvidarlo son cosas que se quedan aquí dentro, para siempre, en la parte mala de los recuerdos. Al frente de la comitiva iban las autoridades del pueblo y don Miguel, el párroco. A ese le contaba todas mis penas en el confesionario. Era mi consuelo, aunque nunca me daba soluciones. Quizá porque mi madre era su beata más fiel.

Murió mi abuela Marcelina y me quedé más sola que la una. Fue entonces cuando dejé de ser tan niña. En el velatorio lloraba todo el mundo. Mi madre también. Aquel ambiente me asfixiaba y, delante de todos, le dije a mi padre que me diera dos pesetas para irme al cine. Me gustaba mucho Manolo Escobar y echaban “Un beso en el puerto”. Mi padre me dio el dinero. Cuando me iba para la calle vino mi madre y me cogió por las trenzas. Luego lo pensó mejor y se limitó a decirme:

–Anda, disfruta lo que puedas que dentro de poco te voy a dar una sorpresa. Ya verás como no se te olvida nunca.

No le di importancia. Tenía doce años. Ya había empezado a trabajar en los campos, recogiendo algodón en verano, aceitunas en invierno; lo que iba saliendo según la temporada. Todo era duro. Pero yo llevaba peor el invierno. Salíamos para el tajo antes de amanecer y no regresábamos hasta que se hacía de noche. Era cuando sobre los campos y los charcos crecía la escarcha. Crujía al pisarla con las botillas de goma o bajo las rodillas heladas. Hacía más frío que lavando rábanos y las manos picaban como demonios, reventadas de sabañones. Para aliviar el dolor en las puntas de los dedos nos poníamos las coronillas de las bellotas, a modo de dedales. Nada más llegar, los hombres encendían una candela con un tronco seco que se pasaba el día ardiendo, como los de las chimeneas. Allí metíamos dos piedras a calentar, luego

guardábamos una en los bolsillos y dejábamos otra de reserva, cerca de la lumbre, para desentumecernos las manos. El fuego servía también para hacer las migas o asar el trozo de tocino o el pedazo de morcilla del canasto.

El verano era otra cosa. Soportábamos las temperaturas propias del Sur, pero como, en mi tierra, nos llevamos todos tan bien con el sol y el calor, se hacía más llevadero, una se cansaba menos y volvía al pueblo deseando pillar la palangana o el cubo del corral, para refrescase un poco y, si encartaba, irse al cine o a tomarme el vaso de Casera con mi padre.

En cambio, en invierno, sólo íbamos al cine los domingos. Como mi padre era el portero entraba de balde y no me perdía ninguna película. Me aficioné desde muy chica a aquello y buenos berrinches me llevaba cuando no podía entrar porque no era tolerada, para todos los públicos, quiero decir. Me gustaban las de color y hasta el NO-DO, que era tan gris. En realidad, todo lo que sabíamos del resto del mundo llegaba con tonalidades grises. Otras ciudades, edificios enormes, las fiestas de la gente rica, salían de la pantalla del cine de Almodóvar, amueblado con sillas numeradas, casi con chinches. Arriba estaban los palcos, tan altos, sólo para las autoridades y los militares.

De cuando en cuando se iba la luz o se cortaba la cinta y empezaban los chiflidos. Si la avería era de la máquina hacían un descanso y ponían un disco de gramola, de Lola Flores, de Marifé de Triana, de Concha Piquer o alguna por el estilo. Me acuerdo de algunas letras: «...Siempre a la verita tuya hasta que de amor me muera...», o aquella otra que decía: «Carmen de España valiente/ Carmen con bata de cola/ pero cristiana y decente». Y los Ojos verdes, «como el trigo verde, y el verde, verde limón».

Apenas recuerdo mis primeras “peonás”, pero las películas las tengo grabadas, desde los primeros tiempos a los últimos; desde “El Ruiseñor de las Cumbres” o “Rocío de la Mancha” a “Love Story”, que la vi tres veces.

Quizá tampoco me sintiera desgraciada por tener que ir a trabajar desde tan chica; para muchas niñas de mi tiempo, los campos o servir en las casas de los ricos, era lo normal. Algunas familias de

señoritos, si tenían a la madre de criada, también cogían a la niña, para que se fuera acostumbrando, por el mismo precio; como a los muchachos que entraban de aprendices, con la diferencia de que a ellos les daban algo, aunque fuese poco. Yo nunca serví de chica. Daba "peonás", como casi todas las niñas jornaleras. No me sentía mal por eso; por otras cosas, sí.

Mi vida empezó a convertirse en un infierno y siguió así, hasta cumplir los catorce años; y en adelante también, sólo que para entonces había aprendido a bandearla.

Al día siguiente de enterrar a mi abuela, mi madre empezó su venganza contra mí. Todos los días montaba una bronca, con palos, castigos e insultos. Yo no me callaba. Mi padre sufría.

A pesar de ese ambiente y esa situación, nunca falté a la escuela. Había empezado a bordar e incluso hacía sábanas para los ajuares de las novias. Me apunté también a aprender peluquería y a unos cursos para hacer ropa de hombre. Entre una cosas y otras, me hice aprendiza de "tó" y maestra de "ná". De eso no puedo echarle la culpa a nadie, salvo a mí misma. Siempre fui culillo de mal asiento.

Me recuerdo cosiendo y cantando, en un corrillo de nenas jóvenes; en verano al sol y en invierno alrededor del brasero, con la alambrera y en sillas de anea. Hay una canción que me repito mucho no sólo porque cuando la canto y cierro los ojos me parece estar de nuevo en mi pueblo, sino porque tengo una manía: el día que se me olvide será como olvidarme de Almodóvar, como haber tirado la toalla, mis ganas de comprarme una casa allí y morirme donde creí haber nacido.

«Si el castillo de Almodóvar

se volviera pan de higo

los malenos y los cucos

ya se lo hubieran comido.

¡Ay, qué castillo! ¡Ay, qué muralla!

No hay más remedio que atravesarla.

Si la atravieso o no la atravieso,

en su castillo me quedo preso».

Por aquel tiempo ya llevaba unos años saliendo con Manolín, el hermano de mis amigas de la escuela. Cuando nos conocimos yo tenía doce años y él catorce. Su madre estaba sola, su padre era uno de tantos a quien el hambre mandó para Alemania; sus hermanas, Fernandi y Agustina, estaban en mi mismo colegio y él en el de al lado, porque los niños y las niñas estudiábamos en escuelas separadas. Todos andábamos en la edad del pavo. Cuando salíamos de la escuela nos íbamos a jugar a su casa. A mi madre no le gustaba que llevara niños a la mía. Recuerdo que tenían otra hermana, poco mayor que nosotras, que no podía ir a la escuela porque debía cuidar a los más pequeños y ayudar en la casa; de modo que iba a unas clases nocturnas, de ocho a diez, sólo para aprender a leer y a escribir y yo, que estaba loca por aprenderlo todo, me apunté con ella. Entre los juegos y las clases estaba todo el día rondando a aquella familia.

De noche, al salir de clase, Manolín me esperaba en la puerta y me acompañaba hasta la esquina de mi casa. Sólo podía verlo como el hermano de mis amigas. Me agradaba, pero era muy niña. Yo llevaba siempre una felpa blanca y dos trenzas muy largas. Él me preguntaba cada día cuándo le iba a dar mis trenzas. Entonces no lo entendía. Me estaba pidiendo que me casara con él. En los pueblos de Andalucía, las mujeres se cortaban el pelo cuando se casaban, y en las coplas del Sur aparecen mucho esos símbolos. Me han dicho que es una costumbre que nos viene del tiempo de los moros. Quizá tuviera algo que ver. Nunca lo supe.

Manolín resultaba un pesado, siempre con la misma cantinela. Cuando la cambió la eché de menos. Empezó con otra.

–¿Cuándo vas a querer salir conmigo?

Se puso igual de pesado con aquello. Había días en que me ponía de

mala leche. Se lo decía a sus hermanas y ellas me contestaban que yo le gustaba mucho. Desde luego, perseverancia no le faltaba. Creo que a mí también me gustaba, y mucho, pero tenía tantos problemas en casa que, inconscientemente, huía de crearme otro de aquel tipo.

Si a mi madre ya le molestaba que estuviera tanto con sus hermanas, qué decir si me hubiera dado por salir con él. Además, en aquellos tiempos, las mujeres debíamos andarnos con pies de plomo. En cuanto nos veían dos veces con el mismo muchacho nos endosaban un novio y, al segundo que te colocaban, ya estaban tachándonos de todo, menos de bonita.

Una noche, estando en la Plaza Mayor, se fue la luz en el pueblo. La oscuridad seguía poniéndome mala. Me acerqué un poco a él, apenas sin rozarnos, buscando algo de amparo. Él no desaprovechó el bache.

–Nena, ¿quieres ser mi novia?

Como no le veía la cara, no sentí vergüenza y le dije que sí. Me cogió la mano y me besó. Cuando sentí su cara en la mía, me recorrió un escalofrío que nunca he vuelto a sentir. Fue una sensación única. Aunque, respondiendo a las enseñanzas del pueblo, le demostré todo lo contrario.

–¿Eres tonto o qué? ¿Para eso me quieres de novia? ¿Para aprovecharte de mí?

Supe que mi vida había daba un giro de ciento ochenta grados, que entraba en otra etapa y, sobre todo, supe que se iniciaba una historia de amor, posiblemente la única en mi vida.

Tenía casi trece años y él dieciséis. Alguien debería haberme dicho entonces que no es bueno querer tanto a alguien. Manolín era un chaval genial, respetuoso y cariñoso como pocos. Conocía los problemas de mi casa y trataba de compensarlo con bromas y sonrisas. Siempre tenía una palabra de aliento para mí. A los pocos meses del apagón en la Plaza Mayor, me dijo que debía ir a mi casa. Una barbaridad, teniendo en cuenta la edad de los dos. Se lo hice ver, pero insistió.

–Es que quiero hablar con tus padres. Todo el pueblo nos ve despedirnos en la esquina y ya sabes cómo es la gente.

–¿Y qué hacemos con mi madre?

–Prefiero aguantar la cara de tu madre antes que darle motivos a la gente para que hablen mal de ti.

Aquello me sonó a gloria bendita. Volví a advertirle. Mi madre no lo consentiría. Los dos sabíamos que el único camino era mi padre.

Una noche, a mediados de diciembre de 1966, se llegó a mi casa para hablar con ellos. Mientras tanto, yo me fui a casa de una amiga, mayor que yo, ya casada y con hijos, hasta que llegara Manolín. El tiempo se me hizo una eternidad. Todo había sido inútil. Éramos muy jóvenes para hacernos novios –había dicho mi padre–, pero la cosa había transcurrido con cordialidad y quedado dentro de una cierta tolerancia. Mi madre no pudo consentirlo y cuando el muchacho se marchaba, ella, que no había abierto la boca en todo el rato, le espetó:

–Tú aquí no vuelves a entrar más. Ni como novio ni como amigo. Así que ya puedes ponerte a buscar a otra.

–Pero señora, su marido me ha dado permiso.

–Aquí lo que diga mi marido no cuenta para nada.

–Si eso es lo que usted piensa, yo lo respeto, señora. Pero cuando vengan diciéndole que han visto a su hija despedirse en una esquina no se le ocurra decirle nada. Y de lo que diga la gente de ella, usted será la única responsable. Yo he querido hacer las cosas por lo derecho. Luego no venga con quejas.

Lo echó casi a patadas. Cuando lo vi llegar a casa de mi amiga, supe que todo había salido mal. Él no tenía muchas ganas de hablar. Me enteré luego. Estaba triste, como no le había visto nunca.

–Nena, cuando llegues allí, procura no contestarle a tus padres, te digan lo que te digan. De esa manera no tendrán motivos para pegarte. Si te castigan lo vamos a tener peor.

Al llegar a la esquina, nos despedimos y me hizo ver que se marchaba. En realidad se quedó cerca, temiendo que tuviera problemas. Los tuve. Sólo por preguntar, a mi padre, por supuesto.

–¿Por qué son así las cosas, padre?

Él no contestó. Mi madre sí.

–Jamás vas a meter a un tío en esta casa, ni como novio ni como amigo. Porque aquí mando yo y no lo voy a consentir. Eso es lo que hay. Si no te interesa así, coges la puerta y te vas.

–Pues voy a seguir saliendo con él y no se te ocurra decirme nada cuando me veas en la esquina o por la calle. No pienso dejarlo.

Ese fue el momento preciso en que me puse el mundo por montera. Seguía asistiendo al colegio, a los talleres de costura. La cosa era no parar en casa. Mi madre y yo ya no podíamos vernos. Procuraba quitarme todo lo que me apetecía. No me dejaba escuchar la radio y, cuando salía, se llevaba los plomillos y me dejaba sin luz. A mí me encantaban Karina, los Fórmula V, Cecilia y aquellas canciones de entonces; de modo que compré unos plomillos y le pillé las vueltas.

Ella no tragaba a Manolín y yo lo quería con toda mi alma. La madre de él también cambió de actitud. Como amiga de las niñas, estaba todo bien; como novia no parecía santo de su devoción. Todo parecía ponerse en contra.

La mayoría de los días, cogía la puerta por la mañana y volvía por la noche. Si no tenía donde ir, me quedaba en casa de alguna amiga o de un tío mío, que tenía una hija tres años mayor que yo. Otras veces me iba al cine. Pasaba olímpicamente de mi madre.

Un día, se compró un retal para hacer unas cortinas. Yo se lo di a mi maestra de sastras y le pedí que me hiciera un vestido de tirantes, para el verano. Me preguntó si lo sabía mi madre. Le dije que sí. Mentía. Mientras tanto, en casa, ella se volvía loca buscando la tela de las cortinas. Yo callaba y decía para mis adentros «sigue buscando, sigue, que ya verás donde se van a colgar». Disfrutaba como una loca viéndola de los nervios.

Para el día de San Juan le pedí a mi padre que me comprara unos zapatos nuevos. El me dijo que se lo dijera primero a mi madre. Me negué y, al final, me los compró él. Tenían un poquito de tacón. Eran los primeros zapatos de mujer. Estaba muy contenta, porque iba a estrenar las dos cosas, porque me gustaba estar guapa, porque deseaba que Manolín me viera así y porque le iba a dar un sofocón a ella.

Llegó el día. No podía ponerme delante de mi madre con aquel vestido. Le pregunté si iba a salir y me dijo que iría a casa de su hermana. Aproveché para arreglarme. Cuando mi padre me vio salir de mi cuarto con el vestido de la cortina, puso el grito en el cielo. A mí me importó bien poco. Me fui a la calle, sabiendo lo que me esperaba cuando volviera a casa. De momento, fuera no había peligro. Allí no me pegaría. Siempre hacía las cosas de puertas para adentro.

En la plaza del pueblo me sentí guapa, feliz, con mis amigas y Manolín. La vi llegar, con la boca apretada y el entrecejo fruncido –como siempre en realidad– y deseé que la tierra me tragara. No me pegó. Casi lo hubiera preferido, antes de escuchar todo lo que salió por su boca, delante de él y de mis amigos. Aquello, más que una mujer, era el auténtico demonio que llevaba dentro. Me mandó irme a casa. Le dije que fuera ella para allá, que luego iría yo. Se quedó esperándome. Sabía la tunda de palos que me aguardaba. Pero como era tan a diario, una paliza más no me importaba. Mientras tanto, fui feliz paseándome por todo el pueblo.

Los meses que siguieron fueron aún peores. Los insultos me dolían más que los palos. Me hizo auténticas perrerías. Todavía, recordándolo, se me hace un nudo en la garganta y termino llorando.

Un 28 de diciembre –el día de los Santos Inocentes, precisamente– cuando parecía que las cosas se habían calmado, entró en mi habitación. Era muy temprano y hacía un frío que pelaba. La vi tan fría y distante como de costumbre.

–Hoy vas de viaje. A Córdoba, con tu padre.

–¿Para qué?

Salió del dormitorio sin contestarme. Mi padre sí me dijo algo.

–Vamos a un sitio en donde estarás muy bien.

No eché muchas cuentas hasta que le vi coger una maleta de cartón, a rayas. Salí detrás de él sin escuchar una palabra más de ella. Sentí su mirada triunfante en mi espalda y una sensación de impotencia que me ahogaba. Se había salido con la suya.

Subimos a la catalana en la parada de Cuatro Caminos. Hasta Córdoba, había alrededor de veintitrés kilómetros y más de una hora de baches. Los mismos que estuve preguntando a mi padre adónde me llevaba y pensando en que no me habían dejado despedirme de Manolín. Él contestaba lo mismo hasta que, quizá cansado de mi insistencia, fue más explícito.

–Mira, tu madre no te quiere ya en la casa. Dice que no eres buena y que tiene muchos problemas contigo. Siempre estáis peleando.

Esa fue su explicación. Era un hombre de pocas palabras y menos carácter. Al llegar a Córdoba, tomamos un taxi y cruzamos la ciudad hasta Puerta Nueva. Frente a la maternidad sentí como si me cayera una losa encima. Allí estaban los ventanales de mi recuerdo, el jardín, la verja, la cancela de la entrada, los ventanales por donde apenas asomaban haces diminutos de luz. Allí había estado yo. No era una fantasía.

–Yo aquí no me quedo, padre. Conozco bien este sitio. He vivido antes en él.

Él se quedó mirándome con el semblante cambiado. No sabía qué decirme o no quiso decírmelo. Yo también le miraba. Me costaba creer que, el mismo hombre a cuyo cuello me había abrazado el día que me pusieron mis primeros zapatos, estuviera devolviéndome de nuevo allí como un trapo usado. Nos abrió una monja. Habló con ella. No supe de qué, aunque lo imagino, porque al rato llegó un señor y hablaron los dos.

–Manuel, aquí no puede quedarse ya. Es muy grande. Y tú, niña, a ver si eres más buena y te pones a servir, que ya tienes edad de trabajar.

Lo miré y pensé: «Otro que no puede ni verme, ¿qué habré hecho para esto?». A lo largo de mi vida siempre me he preguntado por qué la gente se empeñaba en no quererme y en repetirme lo mismo: que fuese buena.

Como no hubo manera de dejarme allí, fuimos otra vez con la maleta de cartón de vuelta al pueblo. Yo iba encantada de la vida. Mi padre se preguntaba en voz alta qué iba a decirle ahora a mi madre. El pobre hombre era consciente de la que se le venía encima por no haber podido cumplir el mandato.

Estaba deseando llegar al pueblo para correr a ver a mis amigas y a Manolín. El castillo, otra vez al fondo, me activó el recuerdo de mi infancia: los juegos, los paseos a caballo y el camino hasta el pueblo en brazos de mi padre. ¡Era tan dulce la memoria y habría sido tan fácil ir olvidando la sala, la cuna y las tocas del Hospicio! Las monjas en cambio no se habían olvidado de mí. No se conformaron con aparecer en el cortijo. Seguían en el telón de fondo de mi vida, como una amenaza, y yo volvía otra vez al mismo miedo.

La idea de que me sacaran del pueblo me había puesto un nudo en el estómago que no se alivió hasta verme otra vez en la catalana, de vuelta a Almodóvar. Aquel pueblo, que es como un anillo de casas blancas envolviendo las faldas del castillo, me parecía el más bonito del mundo; y a pesar de sentirme tan mal en casa, fuera de ella no echaba nada de menos. Tenía amigas y tenía a Manolín. Mi madre insistía en que esas amistades ni me convenían, ni eran buenas personas. A mí no me importaba porque no lo sentía así. La razón era que la madre de él estaba sola, con el "marío" en Alemania y, a la gente que levantan hasta los paños del altar, le dio por criticarla.

Con el tiempo llegué a una conclusión: No quería que tuviera amigas porque su miedo al qué dirán le hacía temer por cuanto pudiera contarles. No sabía lo innecesario que era contar nada cuando veían a diario las señales de sus palizas y mi desgana por volver a casa. Las personas cercanas sabían lo que me estaba pasando y lo comentaban. Sólo eso. Nadie tuvo agallas para denunciarlo.

A veces, he pensado que si alguien hubiese sido un poquito valiente, no hubiera seguido viviendo en aquel infierno; otras me doy cuenta

que ella tenía de su parte a gente muy poderosa: a su señora y a su confesor. Curas y ricos eran los dueños de la España de entonces. Cuando, ya mayor, conseguí leer los informes que sobre mi se dieron en el pueblo, comprendí hasta qué punto estaba protegida por todos y, especialmente, por ellos dos.

Tras el viaje a Córdoba, al llegar a casa, encontramos a mi madre en la puerta de la calle, hablando con las vecinas. Le contaba su versión de mi marcha, a su modo de ver, la buena acción del día. Al vernos se quedó pálida, blanca como una pared, completamente muda. Fue como una gramola a la que se le acaba la cuerda.

–Manolo, ya lo sabes; aquí no la quiero. ¡Que no la quiero aquí, Manolo!

–No he podido hacer nada –contestaba mi padre aturdido.

–¿Tú eres tonto o qué? Te dije que la dejaras donde fuera, donde sea. Aquí no.

La miraba escupir su veneno, de pie, con mi maleta de cartón entre las manos. «Está completamente loca», pensé.

–Esta noche duermes en el suelo. Tu cama ya no está. La he quitado.

–No importa. La pones otra vez y ya está –respondí serena.

Decir aquello y guantearme la cara fue todo una. Yo ya estaba acostumbrada a sus arranques. Nada nuevo. Aquella noche juró y perjuró que me haría salir de su casa. No era una amenaza, era una decisión. Sabía que, tarde o temprano, se saldría con la suya.

Los días siguientes fueron un infierno. Me tenía enfilada. A las primeras de cambio montaba una bronca. Cualquier razón le servía; no ya para pegarme, sino para hacer que mi padre me pegara también. En varias ocasiones, las palizas fueron gordas. Él, que nunca me había puesto la mano encima, parecía un animal. Hasta tal punto lo cizañaba contra mí y le desataba los nervios.

Una noche, a mediados de mayo, el hombre estaba cenando. Yo me había acostado ya y ella también. Desde el cuarto empezó a meter

baza. La niña ha hecho esto y lo otro. Parecía que le habían dado cuerda. Yo no me callaba y ella seguía. Debimos ponerlo negro entre las dos. Se levantó de pronto preguntando:

–¿Dónde está la correa?

Mi madre dio un salto de la cama y se fue a buscarla. No contaba con que yo la había escondido debajo de mi colchón.

–La correa está en la cocina –dije yo.

Cuando él se levantó a por ella, la saqué de mi cama y le dije a mi madre.

–Ahora vas a probarla tú también.

Le di un correazo y –lo juro por mi vida– me quedé más a gusto que un marrano en un charco. Después se lió la marimorena. Me dio igual. Estaba harta. Seguía preguntándome por qué no podría ser como las demás niñas; felices y queridas por sus padres. ¿Por qué insistían en que fuera buena? ¿Qué tenía yo de mala? Era una niña. Suspiraba por una caricia, por un beso, por un "cuánto te quiero" que jamás escuché de ellos. Sólo recibía palos; por la mañana, por la tarde y por la noche. No conformes con eso, me tiraban por los suelos mi honra y mi reputación. Había gente en el pueblo que decían sentir pena de mí. Otras le prohibían a sus hijas juntarse conmigo porque –siempre el mismo sambenito– no era buena.

Me fui tragando aquello. No sabía qué hacer. Me obsesionaba que me echaran de casa. ¿Dónde podría ir yo? Pasaba el tiempo y llegué a tener la esperanza de que se le hubiera olvidado. Pero no. Fracasado su plan A, había fraguado un segundo. Lo puso en marcha el 14 de mayo de 1969. Eran las dos o las tres de la madrugada y estábamos durmiendo. Llamaron a la puerta. Mi padre y mi madre fueron a mi habitación.

–Abre la puerta –dijeron.

–Yo no abro.

–Abre, que te vas.

Ya está otra vez la loca dando por saco, pensé. Pero insistieron tanto, que terminé por abrir. Era la Guardia Civil.

–Anda, niña, vístete que te vienes al cuartelillo.

–¿Al cuartelillo yo? ¿Qué he hecho? ¿Por qué?

–Allí te lo contamos.

Antes de salir entré en su habitación. Ninguno de los dos se había movido de la cama. Si las miradas fueran puñales los dos se hubieran quedado allí, más tiesos que una mojama. Yo no dije nada, ni me dijeron por ahí te pudras. Me dolió por mi padre. Me faltaban seis días para cumplir quince años.

II. EL BUEN PASTOR

No sé que pasaría por mi mente, al verme allí, en el cuartel, como una delincuente. Me recuerdo hecha un torbellino y un manojo de nervios, preguntando sin parar. Tanto debí insistir que, al final, uno de los guardias me dijo:

–Te vas a un colegio, a Córdoba. Estarás muy bien. Ya verás como te quieren mucho.

Estuve un par de horas en el cuartelillo, hablando con unos y con otros. A fin de cuentas, todos nos conocíamos, en los pueblos es así. No me trataron mal. Cuando empezaba a amanecer vino uno de aquellos Land Rover grises de la policía. Iban dos. La Guardia Civil les entregó unos papeles. Los policías me miraron como a un bicho raro.

–Venga niña, que nos vamos.

Me despedí de los verdes. Era de noche cuando me metieron en el coche patrulla. Miré la silueta oscura del castillo recortándose sobre el cielo, aún en tinieblas, hasta que desapareció entre los árboles del camino. Luego me puse a llorar. Nadie sabe cuánto y cómo lloré. Lo peor estaba por venir.

Al llegar a la comisaría de Córdoba dos policías preguntaron a los que me llevaban:

–¿Y a ésta? ¿De dónde la habéis sacado?

–Esto es un caso raro. Va para el Buen Pastor.

Yo los miraba. No sabía de qué hablaban. Todo el mundo, menos yo, había oído hablar del Buen Pastor, de las muchachas que recogían allí: jóvenes prostitutas y madres solteras, en su mayoría. Mujeres “recomendadas” por los comités provinciales franquistas, encargados de la buena conducta moral del país; la morralla, las

mujeres caídas, que se decía entonces.

De la comisaría aquella sí había oído hablar, también de las cosas que pasaban en sus calabozos. No dejaba de pensar: «Dios mío, ¿qué he hecho yo para esto? Y ahora, ¿qué me harán aquí?».

Los policías fueron comprensivos. Advirtieron mi temor y trataron de tranquilizarme. Me preguntaba qué iba a ser de mí al día siguiente.

–Ahora te vamos a bajar a los calabozos –dijo uno.

Yo seguía sin hablar. El pánico se apoderó aún más de mí. Debió ser muy evidente, porque enseguida añadió:

–No te preocupes. Es sólo para que duermas un poco. Vamos a dejarte la puerta abierta. No te vamos a encerrar ni te vamos a hacer nada. Luego, a las siete venimos a por ti.

Me metieron en una celda. Todo estaba oscuro. Yo palpaba, como una ciega, con las manos extendidas, para no tropezar ni caerme. Toqué un poyete de piedra y una colchoneta fina. Me dieron una manta muy sucia. Olía mal, pero no pude distinguir la mierda que tenía hasta unas horas después, cuando la luz del amanecer empezó a entrar tímidamente por un ventanal de aquel sótano. Traté inútilmente de acomodarme. Me quedé acurrucada en un rincón del camastro. No podía dormir. Seguía asustada, abrazándome las piernas encogidas y balanceándome, cuando escuché una voz de hombre.

–Niña, ¿y tú que has hecho para estar aquí?

«El encargado de pegarme», pensé. Quizá fuera un delincuente, un violador, o qué sabía yo. En realidad no sé que pasó por mi cabeza en ese instante. Empecé a chillar y a llorar como una loca. Los policías acudieron, seguramente, cansados de mis lamentos, porque no se dieron prisa. Me aclararon que era un detenido; que no pasaba nada. Estaba encerrado en otra celda, y se marcharon de nuevo sin haber encendido una linterna, una vela, algo que me permitiera ver dónde estaba metida.

Seguí llorando, ahora en silencio. Tenía la sensación de estar cruzando una frontera hacia el infierno. Ya echaba de menos mi pueblo, aunque nunca estuve bien mirada. Entre unos y otros, no me habían hecho la vida fácil. Pero no conocía otra cosa. Era todo mi mundo y, a mi manera de entenderlo, allí había sido medianamente feliz. Esto que empezaba era, a todas luces, mucho peor. Extrañé a mis amigas, a Manolín –de quien tampoco pude despedirme– a otra gente que me quería. Pensé en todos y en mi madre de verdad. ¿Dónde estaría ahora, cuando tanto la necesitaba? En la otra también pensé: «¡Dios mío! ¡Cómo se lo había propuesto y lo había logrado!». Al fin consiguió echarme de su casa como a un perro o, lo que es peor, como a una delincuente.

Al día siguiente, cuando me subieron de los calabozos, la pareja de policía era otra. Uno de ellos me dijo muy serio:

–Siéntate ahí. Ahora vendrá el comisario y hablará contigo.

Creo que entonces ya me daba todo igual. Había pasado la noche más terrible de mi vida, de modo que, cuando el comisario me llamó, pensé: «Que pregunte lo que quiera, no voy a contestarle». El hombre, lejos de preguntar nada, sólo tuvo palabras de ánimo.

–Muchacha, no te preocupes. Vamos a ir a un sito en donde vas a estar muy bien. Ya verás.

–¿Tiene usted un peine?

Se echó a reír.

–Pero bueno, ¿no se te ocurre otra cosa? ¿Qué quieres? ¿Un peine o desayunar?

–Las dos cosas. Si puede ser.

Me dio el peine. Yo tenía el pelo muy largo por entonces y la manía de cuidármelo mucho. Aquella melena era como un tesoro para mí.

Me llevó a una cafetería que había frente a la comisaría y, después de desayunar, subimos a un coche policía, de aquellos grises. Yo no conocía las callejas estrechas de La Judería. Me parecieron preciosas. También me impresionaron las puertas del colegio del

Buen Pastor, tan antiguas, tan grandes. Pero seguía asustada. El comisario llamó tocando una campanita, al cabo de un buen rato salió la monja con su parsimonia habitual. En los conventos es como si nunca hubiera prisas por nada.

–Madre, ésta es la niña –dijo el comisario–. Se llama Mari.

La monja me miró de arriba abajo y dijo:

–Aquí vas a estar muy bien y tienes muchas compañeras.

–Pórtate bien, niña –me dijo el hombre y se marchó.

La monja llamó a otra hermana. Le ordenó que me llevara dentro y me buscaran un uniforme. Yo enfilé detrás de ellas, quedándome con todo lo que veía. Había dos patios preciosos, varias fuentes, infinidad de puertas a cual más bonita, y la capilla y las escaleras, anchas, señoriales y sencillas a la vez; las típicas de los palacios y casas importantes de Córdoba, las de la gente rica. Estaba alucinando con todo aquello. No podía explicarme cómo había ido a parar a un sitio tan bonito. Pero también me preguntaba a quién tendría que conocer y aguantar allí; quién me pegaría o quién me insultará ahora. La monja me llevó al dormitorio. Era una sala muy grande, con más de veinte camas. La mía era la número dos y estaba junto a la celda de la hermana.

–Si eres buena y te portas como Dios manda, saldrás a la calle y verás a tus padres.

Otra vez la cantinela de ser buena. No dije nada.

Me pusieron un uniforme de color gris, a cuadros, muy largo y muy feo. Cuando me miré con él no me reconocí con aquella pinta de lacia. Después me presentaron a mis compañeras. Todas me preguntaban por qué estaba allí. Yo miraba a la monja. A ver si ella podía explicarlo. Ella hablaba por mí pero no me aclaraba nada.

–Dejad a la niña nueva. Ya os contará lo que ella quiera.

Esa noche no lloré. Desde ese momento dejé de llorar. Mis padres no me querían en su casa. No me faltaban razones para pensar que no me querían. ¿A qué llorar? Ahora estaba más a gusto.

Les conté a mis compañeras que mis padres, que no lo eran de verdad, no me querían en su casa. Les contaba y me contaba a mí misma. Así me convencí de que la gente del pueblo tenía razón. Debía ser de la casa-cuna, una recogida, una bastarda. Asumirlo era la única fórmula a mi alcance para explicarme lo que habían hecho conmigo. En la vida los perdoné.

En el colegio todas eran mayores que yo. Al principio pensé que estaban allí por la misma razón: no las querían sus padres. Pronto me di cuenta que la realidad era bien distinta. La mayoría tenían historias tremendas detrás. A algunas las llevaban sus propios maridos, para que las "enseñaran a ser mujeres de su casa"; a otras las habían casado a la fuerza y se resistían a "cumplir con el deber de esposa" o "con la procreación"; la mayoría estaban allí por "viciosas". Yo, al principio, lo del vicio lo entendía como que les gustaba empinar el codo o fumar. Así se pensaba en mi pueblo. En aquellos conventos y en aquel tiempo, además de beber o fumar en público, como hombres o marimachos, tenía otras acepciones. Vicio era también prostituirse como se adivina en el párrafo de una de las cartas que conservo, amarilleada por el tiempo, escrita por una de las monjas que conocí allí.

«Muy querida y recordada en el Señor: Paz y bien.

Hace unos días recibí tu carta... Qué pena me da ver que Angelines, se encuentra en esa situación. ¡Pobres hijas! ¿No podrán darles nada para quitarles ese vicio?».

Con frecuencia llegaban grupos de jóvenes menores –entonces la mayoría de edad estaba en los veintiún años– que habían caído en las redadas de la policía, mientras ejercían la prostitución en las calles o en locales. Las fechas de mayor movimiento, cuando entraban más nuevas, era en las ferias de mayo y septiembre, en Navidad y por Semana Santa. A esas chicas las llamaban "las de las redadas". Unas Navidades entraron dos, muy amigas entre ellas, a las que un día pillé fumando. No me sorprendió el hecho, sino el pestazo de los cigarros.

–¿Qué es eso? –pregunté.

Ellas se echaron a reír.

–Un porro, ¿quieres?

–Pero... ¿Qué es?

–Una cosa que alegra el cuerpo y quita las penas que no veas. Anda, prueba un poco.

Estuve un rato dudando si hacerlo o no. Mirando las expresiones de sus caras y su sonrisa, realmente parecía que aquello las hacía felices.

–Venga Mari. Anímate que esto se acaba y aquí dentro no pillamos más.

–No, yo no quiero. No quiero cosas que no conozco.

Empezaron a reírse.

–Anda, que no te queda “ná” que “pasá” hija mía.

En ese momento me sentí una tonta. Al fin y al cabo yo venía del pueblo y fui a entrar en un ambiente totalmente opuesto al mío, sin pasar por términos medios. Tenían razón. Me quedaba mucho por aprender. Salí de la habitación algo ofendida. Por los pasillos caí en la cuenta; sin comerlo ni beberlo, podía haberme metido en un lío presenciando aquella escena. De nosotras se esperaba que denunciáramos a quienes se saltaran las reglas y sabía bien el riesgo que corría no haciéndolo.

Cuando las muchachas cometían alguna tropelía las monjas llamaban a la policía. Había visto castigos ejemplares, “ejemplarizantes” les decían allí. Por escaparse del colegio o por sorprender a dos de ellas a solas podían meterse en un buen lío. El lesbianismo también era un vicio. Nunca vi nada en ese sentido, ni siquiera tenía idea de que aquello existiera. Sospecho que estaba más en la mirada sucia de las monjas que en los pensamientos de las muchachas. Pero las castigaban quitándolas de en medio, llevándolas a centros más duros; separadas, por supuesto, y de punta a punta de España. Era el mismo método que seguían en los colegios normales, cuando las monjas se liaban entre ellas.

La mayoría de las muchachas eran muy rebeldes. Las llevaban al

Buen Pastor a la fuerza y no querían estar allí. A veces, se asomaban a las ventanas y coqueteaban con los muchachos, jóvenes sobre todo, que iban a ver qué podían mirar. Desde las nuestras se veían los tejados de La Judería. No había pisos altos, sólo las tejas sobre segundas plantas y por encima de ellas las torres y las espadañas de las iglesias y conventos.

El callejón de Los Enterradores –lo que ahora es el Churrasco– casi se podía tocar con los dedos desde el Buen Pastor. Servía muchas veces para escaparse del colegio. Las dos que me habían ofrecido el porro tenían muy claro que no iban a estar mucho tiempo entre aquellas cuatro paredes. Cuando vieron que no había abierto la boca, para denunciarlas, debieron confiar en mí y me contaron sus planes. Iban a fugarse. Me propusieron ayudarlas. Yo sólo tenía que vigilar para que, desde dentro, su ausencia se notara lo más tarde posible. Aquella misma noche saltaron por una de las ventanas que daban a los tejados del callejón y yo cerré luego por dentro. Por lo visto, no llegaron ni a la plaza del Cardenal Salazar, donde estaba el Hospital de Agudos. La policía dio enseguida con ellas. Cuando las vi entrar en el convento, desde la ventana del dormitorio, me recorrió un escalofrío. Venían cansadas, con las piernas arañadas, los zapatos llenos de sangre y la cara descompuesta. No entendía cómo tenían tanto miedo; claro que yo no había visto ningún castigo en El Buen Pastor y no tenía idea de que pudieran ser tan duros.

A los veinte minutos nos llamaron a todas al patio, el que estaba más lejos de la calle, y nos pusieron en corro, de pie, alrededor de la fuente. En medio había una silla, ellas dos y varios policías, todos de pie. Uno llevaba una maquinilla de barbero, de esas de tenaza. La agitó en el aire haciendo sonar su clic, luciéndolas. Luego, empezó a rapar a la primera, desde la nuca a la frente. Dos manojos de pelo cayeron a ambos lados, sobre los hombros, dejándole una raya de unos quince centímetros en medio. Todas nos tocábamos el cabello, inconscientemente. Cuando la cabeza de la primera se quedó brillante y blanca empezó con la segunda e hizo la misma operación, con la misma parsimonia, con la misma sangre fría. Tuve la sensación de que disfrutaba haciendo aquello. Puede que ellas pensaran lo mismo, porque ninguna de las dos lloró ni hicieron ningún gesto de dolor.

A mí me quedó una angustia muy grande en el alma. Estaba harta de oír hablar en el pueblo de las historias de "las pelás" de la guerra. Pero una cosa era saber que eso había pasado y otra bien distinta presenciarla y comprobar que podían hacer lo mismo con cualquiera de nosotras. El miedo me duró varias semanas. Pero ellas fueron leales y ninguna me implicó en la escapada.

Me iba acostumbrando a la nueva vida y al ambiente, que sólo era hostil para quiénes no seguían aquellas normas estrictas. En cambio yo, acostumbrada a mi casa, me sentía la mar de bien. Por parte de las monjas no había broncas, no me pegaban. Estaba encantada. Cuando me ponía triste siempre había alguna monjita dispuesta a regalarme una sonrisa, a darme un beso. Era mucho para mí. No lo había tenido nunca.

Nunca dejé de echar de menos a mi pueblo y a Manolín, de quien no me había despedido ni sabía nada. La incomunicación me inquietaba con frecuencia. ¿Qué le habrían contado?

Al mes de estar en el Buen Pastor, me dijeron que tenía una visita en la portería. Me sorprendieron mis supuestos padres. Me quedé mirándolos sin saber qué pintaban allí. Él se acercó para darme un beso. Me eché para atrás. Lo vi muy cortado. Echó mano a un paquete y me lo extendió.

–Te hemos traído algunas cositas, ¿cómo estás? Nosotros te echamos mucho de menos. Esto lo hemos hecho por tu bien.

No respondí, ni alargué la mano ni los miré. Lo dejó sobre una mesa, mirando a mi madre, para ver si ella mediaba, pero tampoco decía nada. Temía dar un escándalo. Me conocía bien.

Estuvimos mucho rato en silencio. Hasta que ella rompió a decirme:

–Bueno, nos vamos. Otro día que nos dejen verte, vendremos.

Entonces no pude callar más.

–Un momento. Lo que has traído te lo llevas. No quiero nada de vosotros. No me hace falta. Aquí tengo todo lo que necesito. Tengo ropa, comida y, sobre todo, cariño. Aquí nadie me pega ni me hace

daño. Así es que, desde este momento, no quiero saber nada de vosotros.

Mi madre me volvió la cara y se dirigió a mi padre en tono de reproche:

–¿Lo ves Manolo? Te dije que a ésta no se le olvida nada y que nos lo iba a hacer pagar.

No quiero repetir cuánto salió por mi boca. Escupí todo lo que tenía guardado y no le había dicho a nadie, ni a las monjas. Recuerdo cómo terminé aquella conversación y cómo fui subiendo la voz.

–De momento habéis ganado vosotros. Pero esta no es la última batalla. Voy a ser una losa en vuestras vidas. La casa es vuestra, pero el pueblo no. Y cada vez que pueda voy a ir al pueblo, a vuestra casa...

Dije tantas cosas y tan acalorada que hasta la monja, que estaba en otra sala, tuvo que intervenir.

–Por favor, márchense ustedes. Su visita no ha sido grata ni aconsejable. Han puesto nerviosa a la niña y nosotras estamos aquí para ayudarla a tener una vida normal y medianamente feliz. Por favor, márchense y, mientras ella no decida lo contrario, no vuelvan por aquí.

Mi padre se sonrojó de vergüenza. Mi madre se encendió de ira. Si las miradas matasen no habría sobrevivido a ese día. No volví a verlos hasta un año más tarde, en que pude empezar a cumplir lo que les prometí.

También Manolín se presentó en el colegio, en los primeros tiempos de estar encerrada. Le dijo a las monjas que era primo mío. No le dejaron entrar a verme. Siguió insistiendo una vez y otra, hasta que decidió ir con su madre. Ella sabía la historia. Dijo que era mi tía. Las monjas, viendo que no tenía otra visita, empezaron a dejar que fuera a verme y que me escribiese cartas. Desde luego, las leían, pero no las entendían. La complicidad entre los dos era perfecta. Todo aquello me fascinaba.

Ver a Manolín con la monja siempre en el cogote era bastante rollo, y como además se suponía que era mi primo todavía lo teníamos peor. Decidí ponerme a trabajar, sirviendo de interna en cualquier casa. Se lo dije a la Madre Superiora y me respondió que debía consultar al Tutelar de Menores. Yo no tenía ni idea de quiénes eran esos personajes. Tardé poco en averiguar que ellos tenían mi guarda y custodia, puesto que ya no tenía padres. Ellos y la Diputación respondían por mí. Vaya faena. O sea que todos estaban dispuestos a mangonearme, pero ninguno había sido capaz de velar por mi seguridad y bienestar cuando me dejaron en manos de aquella víbora. Empecé a sospechar que, en lugar de pensar si las criaturas estábamos bien o mal, lo que les preocupaba era tener una boca de menos para la casa-cuna. Quizá por eso hacían la vista gorda o miraban para otro lado.

Hablé con el Tutelar de Menores. Qué remedio. Me autorizaron a ponerme a servir en una casa estable. La eligieron por mí. Pero tuve suerte. Estaba en la Avenida del Generalísimo, que con la Democracia se llama Ronda de los Tejares. El señor se llamaba Rafael y tenía un puesto muy importante en la Audiencia Provincial. Eran buena gente. Me contrataron para cuidar de sus tres hijos. Había otras muchachas, pero no se quedaban a dormir allí. Yo tenía mi propia habitación, con cuarto de baño y todo. Comía en la cocina. Por las mañanas me tenía que poner un uniforme azul de cuadros, para llevar a los niños a la parada del autobús del colegio. De vuelta, tenía que cambiarme para fregar los suelos, de rodillas, lavar la ropa en la pila y fregar los platos después de comer. Eso era todo. Un día a la semana me daban permiso para salir, siempre en domingo, desde la cuatro de la tarde a las nueve de la noche. Antes había que hablar con el Tutelar de Menores. Autorizar una salida era muy complicado. Dependía de las referencias que dieran los señores. Según cómo me portara durante la semana.

Otra vez tenía que ser buena. Me andaba con pies de plomo para no tener problemas. Estaba haciendo la cama, para cumplir mi promesa que no se me había olvidado: Ir a Almodóvar. La casa de allí era de mis padres, pero el pueblo no. De modo que, el primer domingo que tuve libre, tiré para allá. Llevaba un año sin saber nada de ellos. Pero sabía cómo estaban por Manolín. Al llegar al

pueblo me fui derecha a mi casa.

–O abres o llamas a la Guardia Civil y el pueblo entero se va a enterar de lo que me hiciste.

Y abrió, claro. A mi madre se le quedó la cara como a una muerta al verme. Yo estaba contenta. Volvía a estar en mi casa. Pero no había ya nada mío, ni ropa, ni fotos. Era como si nunca hubiese vivido allí, como si mi infancia no hubiera transcurrido en aquel sitio.

Mientras miraba la casa, ella me observaba callada.

–¿Y mi padre?

–No está.

–Bueno, pues habrá que esperarle.

Mientras, llamé a las casas de todas las vecinas para que me vieran. Unas parecían contentas, otras me preguntaban cómo era capaz de volver allí después de lo que me habían hecho.

–No pasa nada, no pasa nada –contestaba–. Ahora ella no puede hacerme daño ni puede pegarme. Tiene que pensárselo antes de hacer nada contra mí. ¿No era esto lo que quería?

Cuando mi padre me vio se puso muy contento. Me abrazó. Me dejé. Tenía dieciséis años y una gran necesidad de sentirme querida. Al fin y al cabo, él no era el más culpable de lo que pasaba. No sabía leer ni escribir y no tenía dos pares de pantalones para imponerse y hacerse notar en su casa. Nada más. Me preguntó cómo me iba la vida. Le conté, más o menos, todo; y donde trabajaba, para que fuera a verme cuando quisiera.

Ella nos miraba sin despegar los labios, con el gesto bruñido de siempre. Me marché sin volver a escuchar una sola palabra de su boca. Mi padre, al despedirme, me dijo:

–Ésta sigue siendo tu casa. Ven cuando quieras. ¡Pobre mío! La que debió caerle encima luego. Lo supe a los pocos días, cuando Manolín fue a verme a casa de la señora. Se lo había encontrado en Almodóvar.

–Si ves a mi hija dile que no venga al pueblo, si no quiere darme problemas con su madre. Dile también que ya iré yo por allí cuando pueda.

El pobre de Manolín venía a verme casi todos los días, en bicicleta. Sólo podíamos vernos un ratito, en la parada del autobús del colegio de los niños, cuando salía a llevarlos. Después, cuando llegaba a su casa, me escribía una carta, también a diario. Me encantaba aquello. Verle y abrir sus sobres eran mis mayores ilusiones entonces. Fueron nueve años de noviazgo y lo quise con locura.

Un mes después de haber estado en el pueblo mi madre se presentó en casa de los señores y les pidió mi paga por adelantado, con la excusa de que su marido estaba enfermo y no tenía para comprar medicinas. Le dieron las quinientas pesetas que ganaba al mes. Ni me dijeron nada ni la vi allí. Cuando llegó la hora de cobrar me extrañó que no me dieran el sueldo, como siempre, puntualmente. Esperé unos días y, al final, se lo planteé a la señora.

–Usted perdone, Señora, ¿me va a pagar el mes?

–Tu sueldo lo ha cobrado ya tu madre.

–¿Mi madre? ¿Y eso por qué?

–Pues porque es tu madre.

–Ahora mismo me deja usted ir al pueblo o…

–Eso no depende de mí, Mari –me cortó tajante–. Habrá que pedir permiso al Tutelar.

–Pues llame usted y le cuenta lo que ha pasado. A ver qué les parece.

La señora les informó de todo, pero ellos me denegaron el permiso. Me tragué la rabia porque sacándola y protestando a los señores sólo podía conseguir castigos y algún arresto con las salidas del domingo. Eso no me lo podía permitir. Decidí escaparme al pueblo en cuanto me dejaran una tarde libre. De modo que dejé pasar los días, como si ya no me importara, pensando cómo podría hacerlo

estando vigilada por el Tutelar.

Salí con mis amigas del Buen Pastor, trabajadoras de otras casas y vigiladas como yo. A la hora de recogernos, en vez irme a casa de los señores, cogí un taxi y me fui para el pueblo. Iba con intención de regresar, pero una vez allí cambié de idea. Paré en la puerta de la casa. Mi padre, al verme, entró hacia donde estaba ella. Creí percibir en él cierta satisfacción al decirle:

–Ahí tienes a tu hija, con ganas de guerra. A ver qué haces ahora.

No le di tiempo a pensárselo.

–Dame las quinientas pesetas que he ganado durante todo un mes, trabajando como una burra. Y que sea la primera y última vez que vas a casa de la señora a cobrar ese dinero, que es mío.

–Yo no tengo tu dinero. Además, me lo debes tú a mí y mucho más me debes, porque te he "criao" y he "pasao" mucho contigo. A ver si te enteras que eres una enferma. Deberían verte los médicos de la cabeza. Ya es hora que me vayas pagando todo lo que hecho por ti, sin tener ninguna obligación...

No la dejé terminar. No pude contener mi rabia. Gracias a Dios, mi padre se interpuso entre ella y yo. La hubiera matado.

Me tranquilicé un poco y me senté.

–Bueno, no tengo prisa. Aquí me quedo hasta que me lo des.

Ella sabía que le hablaba en serio y me lo dio.

Salí de allí, alrededor de las diez y media de la noche. Fui a buscar a Manolín y decidí quedarme en el pueblo. En aquel momento no me importaba nada de lo que pudieran decir el Tutelar o los señores. Ya de madrugada me fui a dormir a casa de una amiga y a las siete y media cogí la catalana para Córdoba. Me fui directamente al Buen Pastor. Así le ahorraba el trabajo al Tutelar de recogerme de casa de los señores y mandarme para allá. Le conté a la monja lo que había hecho. Como es normal, me echaron la bronca.

A los pocos días me llevé otra, de mi señora, que pasó por el colegio a verme. Me contó que no habían dormido en toda la noche, pensando que me había pasado algo. Los entendí y estuve callada; esa vez fue un silencio de arrepentimiento, porque sabía lo mal que lo había hecho y tenían toda la razón. Les pedí perdón de corazón. Pero perdí el trabajo.

Mientras tanto, la familia de Manolín decidió irse, a buscarse la vida al País Vasco. Tampoco aquello nos separó. Cada vez que podía, seguía viniendo a verme, llamaba por teléfono, me escribía a diario. Decidimos casarnos y lo preparamos todo para la boda. Cuando faltaba un mes para casarnos me rajé. Todavía no sé muy bien por qué. Seguramente por la reticencia de su madre hacia mí. Nunca me quiso para su hijo y el miedo a enfrentarme de nuevo con otra batalla, ahora con mi suegra, me echó para atrás. Lo dejamos todo. A partir de entonces apareció y desapareció de mi vida, igual que el Guadiana. De mi vida, y digo bien, porque de mi corazón no se ha ido nunca.

Volví a verle dos años después. Iba con su mujer y esperaban el primer hijo. Nunca hasta entonces había sentido envidia de ninguna muchacha. Envidia de ella; pena de mí y de él. En aquel momento pensé que lo había perdido para siempre.

Al cortar con Manolín seguía sin trabajo. Todo empezó a complicarse. El viaje a Almodóvar trajo consecuencias. El Tutelar había decidido castigarme. Una noche, pasadas las doce, llegó una monja.

–Arréglate, que te vas de viaje.

–¿Ahora? ¿Dónde me llevan a estas horas, Hermana?

–A otro colegio.

–Tendré que hacer la maleta.

–Ya la tienes hecha.

Me vi de nuevo saliendo de madrugada, precipitadamente, subida en uno de aquellos trenes de madera; otra vez con la maleta de

cartón, camino de San Fernando de Henares.

Viajamos toda la noche, en compañía de doña Manolita, la encargada que tenían mis tutores. Su trabajo consistía en llevarnos de unos colegios a otros y darnos consejos todo el rato para "que el día de mañana fuéramos personas normales y buenas trabajadoras".

El nuevo colegio me sorprendió gratamente. No tenía nada que ver con el de Córdoba ni con sus monjas. Dios mío, qué monjas aquellas. Eran más severas y tenían un carácter del demonio. Nada más entrar me propuse no decir ni pío y tener la fiesta en paz, para poder ganarme ciertos privilegios, como salir de vez en cuando.

Joder, qué mal lo pasé allí; sobre todo los primeros meses. Aún así, el lugar me encantó. Tenía una habitación con lavabo, armario e hilo musical para mi sola. Las duchas comunes estaban aparte, lo mismo que la sala de estar, con televisión y todo. Era una residencia de señoritas, Nuestra Señora del Pilar se llamaba, y había sido inaugurada hacía poco por los entonces príncipes, Juan Carlos y Sofía.

Estuve allí casi un año y me sentí bien. Me hinché de leer –algo que siguió fascinándome desde que dejaron de atarme la mano zurda– y por las noches veíamos la televisión. "Crónicas de un pueblo", el "Un, dos, tres, responda otra vez", "Curro Jiménez", que me encantaba, aunque me ponía triste todo lo que me recordaba a Andalucía y a mi pueblo.

Cuando más tranquila estaba me anunciaron mi regreso a Córdoba. Volví de nuevo al tren, a la maleta, a los consejos de doña Manolita, al Buen Pastor y, al poco tiempo, a casa de los señores de Cardona. Por lo visto, ya había cumplido mi castigo. Ellos volvieron a tratarme igual de bien y los niños seguían queriéndome; sin embargo, siempre eché de menos mi libertad. Me fastidiaba el control policial que había sobre mí, como si fuera una delincuente.

Corría el año 1971. Los señores me dijeron que debía sacarme el carné de identidad. Habían pensado que, aprovechando las vacaciones en Málaga, iban a cruzar a Melilla, Ceuta, Tánger y Tetuán y para el pasaje del barco necesitaba el documento. Como el señor era fiscal se ofreció a traer los papeles del Juzgado.

–Tienes que darme todos tus datos.

Le di nombre y apellidos. Al menos aquellos que entonces me parecían los míos; o sea, María Salud García Fernández, nacida el 20 de mayo de 1953. Todo normal, hasta el día siguiente en que llegó el señor diciendo que con esos datos no había nadie en el Registro. Había, eso sí, alguien con mi nombre y fecha de nacimiento, pero no con esos apellidos. Por más que buscó no había nada más que encontrar. Yo, por mi parte, tenía menos papeles que una liebre, porque, salvo las cartillas de la escuela y la estampa de la comunión, nunca me habían dado nada con mi nombre. Ya no tuve dudas. Definitivamente, no era hija de los del pueblo. La mujer del baile del Ateneo dijo la verdad. Eran los demás quienes me habían mentido. Los señores fueron sensibles con lo que aquello supuso para mí. En esta ocasión, me dieron permiso para ir al pueblo, después de leerme bien la cartilla, claro está.

–Vamos a confiar en ti –me dijeron– porque es un asunto para resolver entre tus padres y tú.

Llevaba casi año y medio sin verlos y sin ver Almodóvar. Ese pueblo, al que siempre he llevado en mi corazón, me pareció más triste sin Manolín y sus hermanas. Nada había cambiado en casa. Me recibieron con malas caras. Ya no sólo mi madre, mi padre también. En aquel momento su frialdad me importaba menos, porque la gran preocupación era descubrir la verdad. Muy dentro de mí, y a pesar de todo, deseaba y quería escuchar de nuevo la mentira. Mejor eso que imaginarme tener otra madre, quizá más mala que ésta; por más que, en los momentos malos, la había pintado a mi antojo.

Iba destrozada, no podía disimular la tristeza y el miedo. Parecía que nada quedara en mí de aquella joven contestataria y de su genio de mil demonios. Por primera vez iba a pedir, no a exigir. Le dije que sólo quería los papeles de mi nacimiento. No me sirvió de nada. Sabía bien que, en aquel momento, podía hacerme mucho daño y lo hizo. Fue como si todo el odio acumulado durante años explotara de repente en su boca, como si, al verme con la guardia bajada, hubiera querido saldar todas sus batallas perdidas frente a mí. Todavía me parece estar escuchando su voz.

–Eso no te lo crees tú ni muerta. Tú aquí ni eres nadie ni tienes nada. Así es que cuanto antes te vayas mejor. Si quieres saber lo averiguas.

Quizá quería hundirme más o verme reventar de ira, hacerme perder los nervios, que era lo último que yo deseaba en ese momento. Debía mantener la cabeza fría y esperar quizá otra ocasión. De modo que me volví a Córdoba y les conté a los señores cómo me había ido.

–No te preocupes –dijo don Rafael–, nosotros iremos a hablar con tus padres.

Cumplieron su palabra y, pasados unos días, fueron a visitarlos. No tuvieron más suerte que yo. Les dijeron que no era hija suya, que me habían recogido de la casa-cuna de Puerta Nueva y nunca me dieron sus apellidos.

–Pues ahora es un buen momento para hacerlo, ¿no les parece?

–Si no lo hicimos en su día, ¿a qué vamos a hacerlo ahora? Usted no entiende. Esa no es nuestra hija y no tenemos obligación de hacer nada más por ella.

Desde el 21 de enero de 1971 me llamo Salud Jiménez Luque. Después de tantos años respondiendo al nombre de María, cuesta un poco acostumbrarse. También tardé en curarme de aquel descubrimiento. Supe que estaba mejor cuando, de nuevo, me entraron ganas de volver al pueblo. Decidí que sería después de las vacaciones de verano.

Unos meses antes de irnos para Málaga, la niña mayor de los señores hizo la primera comunión. Lo celebraron en el Círculo de la Amistad, en la calle Alfonso XIII.

–Mari, no puedes faltar. Date por invitada.

–Gracias, señora.

Y allí estuve yo, invitada a cuidar de los niños, vestida con el uniforme azul marino, el delantal, los guantes blancos y, para colmo, la cofia. No me gustaba nada pero... ¿a ver?, ¿qué remedio

quedaba? Así eran las cosas.

Soñaba que algún día acabaría con todas las prendas, vestimentas, uniformes y obligaciones que los demás me echaban encima y se empeñaban en hacerme cumplir.

Pasamos el verano en Benalmádena, dos meses, como siempre, en el apartamento de los señores. Allí lo pasaba muy bien aunque no iba a la playa a diario, salvo que bajara sola. Lo prefería así. Tenía más libertad de movimiento, con los niños no ganaba para correr detrás de ellos.

Hicimos el viaje al norte de Marruecos. Qué gozada montarme en el barco y qué distinto es aquello, tan blanco, con tanta luz y con los campos sin contaminar, tan iguales a los de Almodóvar, por donde corría de chica, en el cortijo de La Torre o en las huertas. Disfruté de lo lindo. Nos hospedamos en los mejores hoteles. Nos lo daban todo hecho y sólo tenía que ayudar a la señora con los niños. En ese sentido, tenían toda la confianza en mí. Sabían que por aquellos chiquillos era capaz de darlo todo. Nos entendíamos muy bien.

Volvimos unos días a Córdoba y nos marchamos de nuevo, a Linares. Allí tenían un cortijo, en una finca preciosa. Se llamaba Santa Eulalia. También me recordaba mi infancia. Había unos caseros que lo tenían todo muy cuidado y, además, ayudaban a los señores cuando iban. Lo pasé bien, pero me di cuenta de que el campo me gustaba como en Córdoba, para echar un perol y volverse a casa. Nada es igual cuando una crece.

Al regresar a la capital, me entraron ganas de volver a ver a mis padres. No lo digo bien; en realidad, me apetecía joderles la vida, como ellos habían hecho con la mía. Ahora era por lo de los apellidos. Ya sabía a ciencia cierta que no eran mis padres y entendía que no me quisieran. ¿Cómo me iban a querer si no llevaba su sangre? Ella tenía razón con aquello. “Donde no hay sangre no hay morcilla”. Pero... ¿y mi madre? Si a ella, que me tuvo en sus entrañas, no le importó dejarme abandonada, ¿qué podía esperar de esta otra que nunca tuvo el mínimo instinto maternal? ¿A quién de las dos debía pedir cariño? Sólo sabía que, por culpa de dos mujeres, mi vida era un infierno, que no me dejaron ser una niña normal. Nunca podré entender con qué derecho nos maltrata

esta sociedad hipócrita, llamándonos ilegítimos y convirtiéndonos de por vida en bastardos, en los de la cuna, en los hijos de prostitutas o hijos de nadie, mientras los responsables de esos apodos siguen en el anonimato, protegidos por las leyes. ¿Para qué tantos golpes de pecho?

He pasado media vida haciendo reverencias. Había que ser humilde, tener respeto a los señores a quiénes se servía, ser buena. Si no me portaba bien, me amenazaban con mandarme de nuevo al colegio. Aprendí sus reglas pero no las asumí. Me daba igual estar encerrada o no. Cuando me castigaban me consolaba diciéndome: «Estoy aquí no por falta de padres, sino por no besarle el culo a una sociedad que me tiene hasta el moño».

En Córdoba, la sociedad que manda siempre ha sido la misma. Los apellidos se repiten, en la política, en las empresas y hasta en la Iglesia que, como estaba tan "apegada" al banco que más pitaba, también tiene muchísimo poder. En ese tiempo todos se mezclaban y no ha cambiando mucho. Cuando salen trabajos nuevos son para los hijos y los nietos de los que tenían los buenos puestos cuando Franco. A los pobres ni con democracia ni con la madre que los parió nos dejan sacar la cabeza. Que manda Franco, son franquistas; que mandan otros, pues son de los otros. Tengo para mí que eso nos pasa porque la gente aquí es demasiado buena, aunque encima les gusta llamarnos pasotas y cosas peores.

Me hubiera gustado ser matrona o abogada. Nunca tuve esa oportunidad. Sólo me quedaba dar caña y decir lo que me diese la gana. Quienes lo tienen todo en la vida aprietan a los débiles, pensando desde sus posiciones y sus posesiones. Su error es no ser conscientes de que en los débiles no existen posesiones ni posiciones y, por lo tanto, no hay nada que perder. Yo ya lo había perdido todo y eso tiene mucho peligro, para una y para los demás. Sabía que, legalmente, aquellos dos señores no eran mis padres. Sólo me quedaba dar caña. Y volví al pueblo.

El encontronazo fue muy fuerte. Ellos me reprocharon no haber reconocido todo cuanto les debía, lo que habían hecho por mí. Yo les eché en cara su falta de cariño, la ausencia de un beso, de una caricia, de algo que me hiciera sentirme querida. Nada nuevo salvo porque aquella fue la última visita a su casa. Estaba cansada y supe

que acababa mi historia con ellos. ¿Para qué seguir con esa lucha? A lo peor todo lo que hice fue sólo para llamar su atención. Ellos, por ser mayores, debían haberlo entendido o haber intuido que, en el fondo, les quería y era mi modo de reivindicarlos.

No me quisieron ya ni a la hora de su muerte. Yo entendí aquella tarde que les había querido siempre. Por esa razón no volví. Se lo conté a los señores. Había ido escapada. Me gané una bronca, pero, dentro de eso, me hablaron y me aconsejaron.

–¿Cuándo vas a olvidar el pasado? Eres muy joven y tienes un futuro precioso por delante.

–Pero... señora, ¿cómo se puede olvidar el pasado con diecisiete años? A mi edad, no debería ni tenerlo.

–Pues quizá tengas razón, Mari, quizá.

Aquella charla con la señora acabó en despedida.

–Estoy cansada, señora. Me voy de su casa. No quiero seguir trabajando.

–¿Y qué piensas hacer?

–Vuelvo al Buen Pastor. Esa es mi verdadera casa. Mi familia. Si algún día me necesita, con los niños sobre todo, no dude en llamarme. Siempre estaré aquí para ayudarla.

Sí, quería mucho a esos niños y a sus padres. Se habían portado muy bien conmigo.

Ella me miraba sin poder creer lo que estaba oyendo. Ahora no me encerraban los señores, ni el Tutelar de Menores, ni las monjas; me encerraba yo sola, por voluntad propia. Era la única verdad. Estaba cansada de escuchar broncas, de estar asustada por no ser buena, de que todos me dijeran qué debía hacer, mientras yo luchaba por hacer lo que me diera la gana.

Cuando las monjas me vieron entrar supieron que no estaba en mis mejores momentos; pero también sabían que, en un par de semanas, volvería a ser la misma, inconformista con todo aquello que no

entendía. Yo sabía que respetarían mi estado de ánimo. Así fue. Cuando estuve mejor hablé con la Superiora.

–Estoy harta de servir, Madre. Quiero aprender un oficio.

–¿Qué oficio, hija?

–Peluquería o hacer punto a máquina; algo, no lo sé.

–Dentro de unos días te daré alguna respuesta.

Mientras tanto, volvía a hacer mi vieja maleta de rayas para el nuevo colegio. A la semana me comunicó que el centro estaba en Baeza. Allí se podían hacer cursos de peluquería, punto y otros. También salí de noche, con mi protectora del Tutelar. Al llegar me reencontré con chicas que ya conocía de otros colegios. El centro me marcó más que ningún otro.

Todavía sigue allí, ahora en manos de la Junta de Andalucía, y, a pesar del tiempo transcurrido, parece un edificio moderno. La cancha de baloncesto; la verja, que para mí era una cárcel, está intacta al igual que el jardín. Baeza era el campo abierto, no la planicie de mi Almodóvar, pero había algo de esa misma magia en los perfiles de la sierra que tenía ese nombre. Mágina era verde todo el año, sembrada de olivos que se asomaban a las ventanas de mi habitación como queriéndome recordar de dónde venía: mis olivares, la bruma en las mañanas de invierno y el sol chirriante y cegador del verano que sólo es posible en el Sur.

Las monjas, en cambio, eran auténticas estacas, unas siesas, todas más “estirás” que un cuello duro. Supe ganármelas. A pesar de mis problemas, nunca me faltaba una sonrisa. En honor a la verdad, tampoco peleas con otras chicas. Era mi carácter.

A los pocos meses me dijo la Superiora que empezaba el curso de máquina. Eran sólo unas cuantas horas por la mañana. Le pedí trabajar por las tardes, pero no sirviendo. Me propuso el ayuntamiento o la casa del cura, cuando pidieran muchachas para limpiar. Me pareció bien y así lo hicimos.

De aquel colegio conservo una gran amiga, desde hace treinta y

cuatro años. Somos como hermanas. Con el tiempo hemos vuelto a Baeza juntas. Recorrimos el colegio. Está un poco cambiado en el aspecto y mucho en la forma de llevarlo. Todas teníamos detrás alguna historia terrible. Aún así, dejé buenas amistades en aquel colegio. Incluso regresé unas Navidades para estar con las monjas y con las amigas. Pedí permiso para alojarme allí y, por supuesto, me dijeron que sí. Cada año recibo una felicitación navideña de la Superiora de aquel colegio. Era un hueso, nunca la vi reírse, tenía un carácter muy difícil; pero a pesar de todo, fui capaz de ganarme su afecto.

–Si no fuera porque eres muy peleona –me decía siempre– otro gallo te cantaría.

Algo de razón tenía. A lo largo de mi vida, siempre he estado peleando con alguien, empezando por la vida misma. No aguanto una mosca. Creo que me viene desde chica. Tuve que aprender a defenderme y a las primeras de cambio enseño los dientes.

Debo reconocer que les di mucha lata. Se debe tener en cuenta que, le llamaran como quisieran, no dejaban de ser reformatorios y correccionales; llenos de jóvenes con muchos problemas. Cuando oía alguno de esos dos términos me sentía fatal, como si yo misma me creyese mala; un despojo.

Yo quería sentir que el colegio era mi casa, el sitio en donde había encontrado respeto y felicidad; mi burbuja. Me creé un espacio en donde cabía yo y nadie más, ayudándome a sobrevivir; sola con una coraza entre el pecho y la espalda. No dejaba entrar a nadie entonces y, probablemente, todavía.

Cuando regresé de Baeza, volví al Buen Pastor con un título en las manos. Había aprendido a tricotar a máquina y me hacía ilusión poder ganarme la vida con aquello, dejar de servir. Tenía un buen recuerdo de los señores de Cardona, pero ni quería volver a aquella vida ni tenía ganas de aguantar más niños, ni de seguir en los colegios.

Nada salió como esperaba. Volví a servir.

Por recomendación de las monjas, entré con el Deán de la Catedral.

Su casa estaba muy cerca del colegio, en la calle Deanes, lo que me permitía estar cerca de ellas, cosa que me agradaba bastante. Seguían siendo mi única familia. Conocía al cura de verlo con las monjas, con lo cual tenía medio camino ganado. Entré con buen pie en su casa; no me obligaron a llevar uniforme y podía salir a la calle todos los días, siempre que dijera adónde iba. En eso no tenía problemas pues, a pesar de todo, yo era responsable, sólo que cuando te prohíben y te repiten una y otra vez cómo tienes que ser, esto o lo otro es pecado, se hace o no se hace, está mal o bien..., pues creo que el ser humano tiende a hacer lo contrario o, al menos, conmigo pasaba así.

Eran tres personas mayores: él, su hermana y una sobrina a quien también conocía, porque era la novia de un muchacho de Almodóvar. Aquello era diferente a cuanto había conocido; un ambiente muy tranquilo, sin niños y con una muchacha de mi edad, salvando las distancias, claro está.

Eran curas, al fin y al cabo, pero ya estaba acostumbrada a esos ambientes de persignarse hasta para sentarse en el váter. No me sentí descolocada, ni siquiera en los primeros días. Me entendí bien con todo el mundo e hicimos muy buenas migas. Sólo tenía que limpiar y cuidar, sobre todo, que las batas blancas de la sobrina, que era enfermera, estuvieran siempre listas. Ella trabajaba en un hospital y pasaba casi todo el día fuera, de modo que yo estaba allí para cuidar de sus tíos mientras tanto.

Todos los días, sin faltar ninguno, venían dos curas de visita y tenía que servirles café y pastas. Yo no sabía quiénes eran, pero sí que eran menos importantes que el Deán, porque eso se notaba de lejos, en el trato. Se metían en el despacho y pasaban allí las horas muertas, decidiendo el montón de cosas que tenían que hacer al día siguiente. Tanto iban y venían y tantos días, que acabé tomándoles cierta confianza, hasta el punto que, un día, les espeté a los dos curas:

–Oigan, ¿ustedes no tienen otra casa donde tomarse la merienda?

Se echaron a reír con mucha gana, pero la verdad es que me pasé tres pueblos y la cosa ya no tenía arreglo.

Esperé a que se fueran temiéndome una bronca, pero no fue así. El cura me dijo:

–Se llaman don Gabriel y don Pelagio y vienen porque tenemos asuntos que tratar, de trabajo.

–Sí señor.

Ahí quedó todo, de momento. De don Pelagio no supe nada más cuando me fui de aquella casa; pero don Gabriel subió como la espuma. Lo veía luego en los periódicos, un día sí, otro también y el de en medio, presidiendo primero el Monte de Piedad y luego Cajasur, cuando se juntaron las dos cajas. Siempre tuve para mí que allí lo colocó el Deán. ¡Quién me lo iba a decir! Dónde ha llegado aquel hombre al que le gustaban tanto las pastas y, en aquel tiempo, parecía un simple cura de parroquia, de parroquia de pueblo, más que nada.

Allí conocí también a otra monja, Sor Pilar. Era muy popular en el Campo de la Verdad. Siempre iba por las calles pidiendo algo para sus pobres; y sobre todo una casita para ellos. Yo creo que muchas de las personas que tienen casa hoy allí se la deben a ella. Tanto es así que hay una guardería que lleva su nombre, pero no se la recuerda como se merece. Tampoco al Deán, que tantas cosas buenas hizo y fue una gran persona. Sin embargo tuve alguna discusión con él, porque era cura, más que nada, y como la cabra tira siempre al monte, me daba rabia su costumbre de criticar siempre mi manera de ser. Para los curas y las monjas todo era pecado. Cuando cogí confianza con él, le dije:

–¿Por qué no me ayuda a encontrar a mi madre? Al fin y al cabo, usted pertenece al entorno en donde me dejaron.

Pensé que iba a tener otra reacción, pero cuando le conté mi historia –un poco por encima, claro está– me pareció que no le sorprendía. Hasta me atreví a pensar que le fue muy conocida y no porque fuese una historia común a la de otras niñas de las monjas, sino porque sabía exactamente de qué le estaba hablando.

Se quedó muy serio. Pensó mucho rato y respondió:

–Ya veremos.

Otra cosa que tienen los curas y me sacan de quicio: lo de guardárselo todo o soltarlo, si acaso, después de darle muchas vueltas y, encima, a medias. «Pues ya veremos..., si no vemos nada», pensé.

Como pasaban los días y no me daba respuesta, tuve que preguntarle si iba a ayudarme o no. Me dio un montón de explicaciones que me sonaron a excusa. Saqué ese mal genio mío y, como hasta entonces había tenido una conducta aceptable, le sorprendí. Fue el choque de dos puntos de vista dispares. El suyo era idéntico al de todos los representantes de la ley y los funcionarios que he encontrado en esa búsqueda, el mío el que mantendré hasta la muerte.

–Mari, tú no eres nadie para destrozar la vida de una mujer que, lo más seguro, estará ya casada y con familia. Probablemente no tendrá ganas de que nadie le arruine su vida, porque en un momento de debilidad no supiera guardarse.

–Pero Padre, aquí la culpable no soy yo, sino ella. Si, como dicen ustedes, no supo o no quiso guardarse, debe ser responsable de lo que ha hecho.

Me hizo sentir, por vez primera, que yo era una mancha en la vida de mi madre, su vergüenza. Ya no estuve cómoda allí. Pasados algunos meses, insistí.

–Padre, ¿piensa usted ayudarme o no?

–¿Ayudarte en qué?

–Que si me va a decir algo de mi madre.

–Pero... ¿todavía andas con eso?

–Y andaré mientras me quede vida. Hasta que dé con ella no pararé.

–Pues a mí no me vas a sacar ni media palabra. Ante todo soy sacerdote y me debo al secreto de confesión.

–Pues yo me debo a mi derecho a saber quién coño es mi madre.

Supe que era inútil. No volvimos a hablar del tema. Estuve allí más tiempo, en total, un año y medio.

Un día decidí irme. Me estaba obsesionando. Cuando llegaba el periódico a la casa buscaba en las esquelas, a ver si veía un nombre que me trajera algún recuerdo, algo de mis primeros años. También leía los anuncios solicitando muchachas para servir. Encontré uno: «Se necesita muchacha para ayudante de cocina. Buen sueldo. Imprescindible informes...», eso no me echó para atrás, «Dos pagas extras al año. Disponible para viajes». No necesité leer más. Para viajar siempre estaba dispuesta. Eso era lo mío. Llamé por teléfono y me dijeron que me entrevistarían en un banco. No recuerdo el nombre, pero estaba en la Avenida del Generalísimo y el encargado de hacerla era el director. No hubo problema.

–Dentro de tres días te vas para Madrid. Vienes aquí, recoges los billetes y la dirección de la casa. ¿Traes los informes?

–No –contesté–, pero no se preocupe. Ya se los doy a los nuevos señores.

Él no se preocupó. Yo sí. No tenía informes, de momento. Pero tenía claro que debía conseguirlos y así lo hice. Me fui en busca del Tutelar de Menores y les dije que dejaba al Deán y me iba a Madrid. Me echaron una bronca descomunal. Desde luego debían estar hasta el gorro de mí. Aguanté el chaparrón de su charla e insistí hasta que me dejaron por imposible.

Cuando aquel señor se levantó para despedirme –lo estaba deseando– ni me moví.

–Necesito una carta de recomendación –le dije– que no ponga que soy de Protección de Menores.

–¿Entonces qué ponemos? ¿Que eres la reina de los problemas?

Aquello me supuso una nueva bronca. Me dio igual. Callé y no escuché. Cuando dejé de oír la retahíla, intenté explicarme.

–Mire, tengo diecinueve años y creo que puedo valerme por mí

misma. Ya lo estoy haciendo.

El hombre se iba para la puerta y yo seguía apalancada. No pensaba moverme y lo supo. Al final me comprometí a estar en contacto con ellos y decirles en cada momento dónde estaba. Los dos sabíamos que no tenía más remedio que hacerlo. Mi carné de identidad estaba en su poder y sin él poco se podía hacer. Me dieron la carta, quizá por cansancio. Me sentí bien con aquel papel en las manos.

Al día siguiente fui al banco a recoger los billetes. Supe que mi nuevo trabajo sería en la calle Ferrel, 27, con los señores de Ferrer. Eran naturales de la Coruña, tenían un hijo y mucho prestigio; al parecer, pertenecían a la alta sociedad madrileña.

Dos días después de tener el billete me marché de casa del cura. Él lo sabía, porque le había comentado hacía tiempo mi intención de cambiar de trabajo. Al salir de su casa, en la calle Deanes, me sentí triste. Al fin y al cabo, había estado bien y nunca me negaron la libertad para salir y entrar cuando quisiera. Yo era así. No calentaba un cojín en ningún sitio.

III. CÓRDOBA–ATOCHA

Viajé toda la noche en el tren de Madrid. Era lo que más me gustaba y llegar de día al destino. Los trenes habían ido cambiando. Ya no eran los de madera que conocí de niña, cuando iba a San Sebastián. Los asientos estaban tapizados y llevaban reposacabezas; en los compartimentos había puertas metalizadas; el frío y la carbonilla no se colaban por los cristales. Atocha, sin embargo, seguía casi igual. Era cerrada, oscura, inmensa para una muchacha del Sur, hecha a tanta luz y a ver los cuatro apeaderos de los pueblos. Incluso Córdoba, que siempre se me antojó grande, se quedaba en nada comparada con aquello.

Cuando llegué había amanecido. Me sentía una hormiga en medio de Nueva York, porque Madrid era mucho Madrid. Donde me había criado todo el mundo hablaba de lo inmensa que era. Para viajar hasta allí era preferible que nos esperara un familiar o un conocido. Yo no tenía ninguna de las dos cosas. Así que apreté bien mi maleta y mi bolso, por si aparecía algún ratero o carterista de los que tanto había oído hablar y respiré hondo; disimulando el despiste. Vamos, que iba como si me hubiera criado en Chamberí, mismamente. O al menos, eso me parecía a mí; quizá para darme seguridad.

¡Cómo impresiona Madrid a una niña de pueblo! Por su inmensidad, por la indiferencia de tanto desconocido, por sus grandes distancias, por la soledad. Representa la cara opuesta a la vida de los pueblos; de sus círculos pequeños; de lo único que yo había conocido hasta entonces, por más que a esas alturas tuviera ya más kilómetros encima que el baúl de la Piquer.

Tomé un taxi y le di la dirección. Al llegar, en la portería, me recibió un señor muy estirado. Me miró de arriba abajo. «¡Osú, osú! ¡Qué sieso es el buen hombre!», pensé.

–¿Qué? ¿La criada nueva? ¿No?

–Pues sí. Ya ve usted.

Y de ahí no pasó. Era como si le fuera a cobrar algo por hablar o sonreír un poco. Él mismo me abrió el ascensor, subió conmigo y me dejó en el rellano. Llamé al timbre y me abrió el mayordomo –así lo llamo ahora, en aquel momento no tenía ni idea de qué hacía allí, con aquella pinta–. Al verlo tan tieso me pareció un judas de Semana Santa o un monigote de Carnaval. No pude aguantar la risa y me tapé la boca. Pero él no pareció molestarse.

–¿Eres la nueva?

–Sí. Me llamo Mari.

–Yo soy Manolo, el mayordomo. Aquí tienes otra compañera que se llama Milagros. Anda, pasa –dijo moviendo la mano "pá llá" y "pá cá", como si se hubiera dejado el abanico en algún sitio.

–¡Ay, señor! –pensé–. El otro un sieso y este mariquita. ¿Qué me quedará que pasar aquí?

En mi vida había visto un mariquita. No es que en mi tierra no hubiera, sino que, como con Franco eran así las cosas, lo disimulaban, por la cuenta que les traía. Claro que también había quién se ponía el mundo por montera e iba por ahí con sus meneos y sus bromas. En Córdoba vería yo luego a La Paquera, enjalbegando las "fachás" de las casas. Ése, lo mismo piropeaba a los hombres que se ponía como un pavo real cuando lo piropeaban a él. Daba un poco de pena, porque servían de cachondeo, y ahora –quién se lo iba a decir– presumen de esos amaneramientos. Yo no entiendo mucho, pero me parece que si tanto han peleado porque los consideren normales, no es muy lógico que quieran ser distintos. Claro que han pasado mucho y ellos sabrán lo que tienen en sus cabezas. Lo de los mariquitas era fuerte en aquel tiempo: o se quedaban solterones y se morían solos, o se casaban sin gustarle las mujeres y las hacían "desgraciás", o se metían a curas. No había otra.

En fin, que yo no había visto nunca a un mariquita y mucho menos vestido de mayordomo. Pensaba que esas cosas sólo pasaban en las películas.

–¿Y la señora? ¿No la voy a conocer?

Manolo volvió a ponerle el ventilador a su mano y respondió:

–Tú no te preocupes de ella para nada, chica. Ya la verás algún día, si se tercia.

Pues mejor para mí. Estaba muy cansada del viaje y no tenía ganas de reverencias ni protocolos.

Cuando Manolo abrió la puerta de la habitación me agradó el sitio y, especialmente, saber que tenía un cuarto para mí sola. Esperaba que me dejaran acostarme. De eso nada.

–Venga, suelta la maleta y ven.

–Bueno –pensé– primero me van dar de comer.

Ni un pedazo de pan. Me pusieron a fregar los suelos y a lavar a mano. Al llegar la hora del almuerzo estaba hambrienta y rendida. Me quejé a Manolo.

–Yo he venido aquí de ayudante de cocina, no a fregar suelos.

–Ay, chica; no te equivoques. Aquí hay que hacer lo que se tercie.

Pasados lo primeros días, empecé a coger confianza con él y con la otra chica, Milagros. Era de Trujillo y Manolo de Cádiz. Las habitaciones del servicio estaban muy cerca unas de otras, pegadas a las cocinas. Yo le veía salir todas las noches, después de la cena. Los señores le habían dejado un piso. Allí dormía y volvía temprano para despertarnos a nosotras.

Llevaba quince días en la casa y no conocía a la señora. Conocía el pijoteo que se traían. Milagros le servía la comida de uniforme, con cofia y guantes, y el servicio comíamos en la cocina, después de ellos. Conocía también la mierda que echaba la señora cuando estaba allí, sus vestidos y hasta su ropa interior. Las ricas, que tanto presumen de educación, tienen cosas muy feas y contradictorias, que una pobre no haría nunca, como dejar que otra les limpie ciertas porquerías. En aquel tiempo, por ejemplo, no había compresas. Nos poníamos paños de felpa y hasta eso me traían en la

canasta de lavar a mano –por supuesto–, aunque otras cosas fueran a la lavadora.

Una mañana la señora entró en la cocina. Era temprano. Estábamos desayunando. Debía haber dormido en el palo de un gallinero, porque a esa hora estaba la mar de emperifollada y con cada pelo en su sitio. Me quedé muy quieta mirándola. Ella se dirigió a mí, con la cabeza alta, apenas sin mirarme y desde luego no a los ojos. No me gusta la gente que te da la mano lacia o no te mira a los ojos y, con aquel gesto, me puso de mala leche.

–Niña, ¿tú eres la nueva criada?

–Sí.

Le contesté con el mismo despotismo y sin el "señora" detrás, a cosita hecha, pues a esas alturas sabía bien cómo se debía tratar a las señoras. En ese preciso momento supe que no duraría mucho en la casa. ¿Cómo es posible que los grandes señores, a quiénes se les supone estudiados y con mejor cultura, puedan ser tan despectivos y "esollaos" con nosotros? No lo entendía entonces, ahora tampoco, y creo que nunca lo entenderé. Estaba claro, ni yo le gusté a ella ni ella a mí. Pero, de momento, no me habían entrado ganas de salir corriendo y aguanté unos días más.

Con Manolo me llevaba cada día mejor. Era genial, divertido; un gaditano de pura cepa con un arte "pá reventá". Nos reíamos mucho juntos. La otra chica era más sosona, estaba siempre como "asustá". Los jueves o los sábados salíamos de paseo dos de nosotros. Allí empecé a hacer mis primeras exploraciones por Madrid, sola o con Milagros. Prefería lo primero porque siempre me distraje mucho leyendo el periódico o una revista –por entonces había perdido la costumbre de las novelas y leía cosas más ligeritas–; me gustaba sentarme en la terraza de un bar, sola, sin nadie que me mandara ni me vigilara, o pasar las horas muertas en un parque, respirar y mirar los árboles y la hierba, aunque no olieran tan bien como los de Almodóvar.

Manolo tenía su ambiente en Madrid. Un día le pregunté:

–Oye, ¿cuándo me vas a llevar a ver Madrid, a solas o con tus

amigos?

–Chiquilla, ¿qué vas a hacer con mis amigos si son todos como yo?

–¿Y a mí qué más me da? Más tranquila voy, ¿no?

–Eso sí, tranquilidad puedes tener.

Y nos reímos mucho. Como siempre. Pensé que no se decidiría. Me equivoqué. Salimos un sábado. Lo pasamos muy bien. Todo me impresionó: el metro, los palacios, las tabernas, los jardines y sus amigos. Eran como él; simpáticos, buena gente y muy mariquitas. Me hicieron sentirme como una reina, mimada y respetada. Tengo de aquella tarde un recuerdo imborrable.

Un sábado me tocó quedarme sola. La buena señora me tuvo toda la tarde planchando. Cuando terminé, o se suponía que había terminado, volvió a presentarse.

–Niña, hay que plancharle dos camisas al niño.

Yo no sabía nada de su niño ni lo conocía. Se ve que no vivía en la misma casa. «Bueno, Mari. Planchas las camisitas y te vas», pensé. Pero la buena señora se presentó con unos "peazos" de camisas que no se las saltaba un galgo. «Leche, con el niño. Debe ser más viejo que un "núo"». Las planché y esperé a que las recogiera. Pero cuando llegó la señora, las tocó y me las tiró en una silla.

–No están bien planchadas. Les falta almidón. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Me lo tomé con filosofía. Las mojé otra vez, las sequé y les eché más almidón. Volvió a rechazarlas. A la tercera, las metí en el baño –con más mala leche que un rezno– y le eché todo el almidón que encontré en el lavadero. Después de plancharlas, se quedaban de pie en el suelo, como una escultura. Me daba la risa viéndolas. Cuando la buena mujer vino a por las camisas era una leona. Mientras ella rugía, yo me imaginaba al niño metido en la camisa, tieso como un ajo. No podía aguantar la risa. Me puso en la calle, claro ésta.

Al llegar Manolo se lo conté y se fue a buscarla. Él era el único capaz de tranquilizarla y lo consiguió. Me dieron otra oportunidad,

que también tiene narices. Otra oportunidad, como a Platanito, para fregar suelos y lavarle las bragas. Ya era imposible. Comenzaba a sentir el gusanillo que me entraba cuando necesitaba volar de un sitio. Sólo estuve un mes más, aguantando la risa cada vez que la veía y me acordaba, hasta el fin de semana en que nos llevaron a su chalet de Galapagar, a limpiar.

Yo iba delante, con el chofer; Manolo, Milagros y la señora, detrás. Me dio por hacerle señas a él, por el retrovisor, señalándome el cuello de la camisa. Los dos nos moríamos de la risa. Ya no aguantó. Aquello estaba justificado, decía Manolo.

–Es que le hemos perdido el respeto a la señora.

Se lo habíamos perdido los dos, pensaba yo. Pero me tocó a mí irme. Me sacaron el billete para Córdoba. Les dije que quería viajar de noche y me dijeron que no había problema. Había estado dos meses y medio allí. No tengo mal recuerdo, salvo del último día en Madrid. Se convirtió en una pesadilla.

Manolo había organizado todo muy bien para mi regreso. Por la tarde, cuando tuve hecha mi maleta de rayas, me prepararon la cena y llamaron a Juan, el chofer. Vino a recogerme a las nueve y media.

–Bueno, Mari. ¿A qué hora sale el tren?

–A las once.

–Vale. Tenemos tiempo.

No le entendí muy bien. Cuando vi que no iba en dirección a Atocha pensé que querría darme una vuelta por Madrid. Estuve tranquila, recreándome en la ciudad, hasta que me dio por mirar el reloj.

–Oye, Juan. Tenemos tiempo, ¿verdad? ¿No perderé el tren?

–No te preocupes.

Me pareció que el paseo se alargaba demasiado e insistí varias veces, todavía tranquila, hasta que me contestó:

–No te preocupes, niña, si lo pierdes te quedas en casa de un amigo mío.

–Un momento. Yo no me quedo en casa de nadie. Me voy a Córdoba.

–Verás, si yo no tuviera mujer e hijos te quedabas en la mía.

–¿Es que no te enteras? Que no me quedo en Madrid. Me voy a mi tierra.

Aquello, y la forma de decirlo, me puso muy nerviosa. Al notarlo, viendo que levantaba la voz, paró el coche. Habíamos entrado en un sitio solitario, no sé dónde.

–Anda, baja y tranquilízate, que vamos a echar gasolina y de paso a saludar a un amigo mío.

Miré a mí alrededor. Habíamos salido de la ciudad. Allí no había ninguna gasolinera; sólo una especie de caseta, aislada y oscura. Comprendí que el tío quería hacerme daño y me derrumbé. Empecé a llorar como una loca, a decirle que tenía que llegar a Córdoba a mi hora, que no podía perder ese tren, que en Córdoba había personas esperándome. Él seguía delante de la puerta abierta, esperando a que bajara, sin hacerme ni caso. De repente se me encendió una luz. Me acordé del justificante de Menores. Busqué en el bolso. Me temblaban las manos.

Lo puse boca abajo sobre el asiento. Todo se me caía y no veía nada. Por fin di con el papel, lo desdoblé y se lo alargué.

–Mira, mira. La Guardia Civil me tiene que recoger en Atocha, para llevarme a Córdoba y entregarme en Menores. Si no te lo crees, lee esto o llama por teléfono.

No sé si me creyó o no, pero dio un portazo, subió al coche y me llevó a la estación a toda leche. Aún así, perdí el tren. Cuando bajamos del coche, buscaba a los Civiles como una loca. Quería perder a aquel hijo de puta de vista lo antes posible. De repente cambió de actitud.

–Mari, perdona. Yo no hubiera sido capaz de hacerte daño. Le has

dado mucha importancia...

–En cuanto llegue a Córdoba te denuncio a tus señores.

–Oye, tú eres muy mal pensada. Yo no iba a hacerte nada...

Di media vuelta y entré en la estación. Me siguió unos pasos. Miré hacia atrás y, en la manera de hacerlo, debió pensar que allí ya no le tenía miedo y se marchó. No me sentí segura hasta que no le vi perderse por el andén oscuro de Atocha.

Me recorrió un temblor frío y supe que no debía pensar mucho en aquello, pero era como una pantalla delante de los ojos. Bajo los hierros negros del techo y el reloj redondo, que marcaba las doce de la noche, tuve sensaciones muy extrañas. Quizá podría buscar una pensión pero, ¿dónde? ¿Y si al salir a la calle me encontraba con otro asqueroso como aquél? Me daba miedo salir y me asustaba quedarme. Pasé la noche en un banco, abrazada a mi maleta de rayas, sin pegar ojo ni tumbarme siquiera en el asiento. Tuve tiempo para pensar. ¿Y si en lugar de tirar para Córdoba tiro para Huelva? Allí estaba Marisa, mi mejor amiga, la compañera de colegio de Baeza. Se había casado, tenía un hijo y yo unas ganas locas de conocerlo.

IV. EL SUR

Aquella mañana salí para Huelva. Lo había decidido yo sola. Me gustó marcharme así, sin darle explicaciones a nadie. Me sentí libre. Hice el viaje de día, mirando los paisajes, las estaciones pequeñas de los pueblos, los apeaderos, la gente que subía y bajaba, los que decían adiós y los que recibían a los viajeros. A mí nunca me esperaba nadie para darme un abrazo, en ningún sitio. Sin embargo, durante todo el trayecto, me venía a memoria la canción de Nino Bravo, que tanto me gustaba: «Libre, como el sol cuando amanece... como el mar».

Llegué a Huelva a las seis, casi amanecía. El sol aún no había salido. El mar y su olor lo inundaban todo. Respiré aquel aroma a sal, a ese otro mar que en nada se parece al del norte. Éste me gustaba más, era cálido, más azul, más intenso. Intensas, así me parecen a mí todas las cosas en Andalucía. Pedí un taxi y me fui a casa de mi amiga. Marisa vivía con sus suegros. Me recibieron muy bien, me conocían de cuando habíamos estado juntas en el colegio y era como si fuera una más de la familia.

Aquello duró diez días. Fueron entrañables, fantásticos. Cuando dije de marcharme los suegros me propusieron quedarme.

–Busca un trabajo por aquí. En esta casa estarás como en familia.

–No puede ser. Todavía dependo del Tutelar y, con lo que he hecho, a ustedes sólo les causaría problemas y a mí... ¡Quién sabe si me he jugado mi libertad!

Sabía que lo había hecho mal y siempre he sido mujer de dar la cara, aunque me costara salir con ella partida. Pero me vine de Huelva con la sensación de tener gente que me quería y me respetaba. Con la alegría de saber que, si volvía, ya tenía a alguien, en el andén, dispuesta a darme un abrazo. Lo había notado en sus gestos, en sus conversaciones, en sus miradas, esas cosas que una no

puede explicar con palabras, porque son del alma.

Al llegar a Córdoba mi intención era ir al colegio. Tal vez porque sabía que me esperaba una buena. Al final me hospedé en el Hostal Montes, que estaba frente a la estación. Allí estuve dos días, encerrada y sin hacer nada, salvo leer y descansar. Apenas bajaba al bar porque, a ciertas horas, era el sitio donde se recogían los que venían de los cabarés de Cercadilla o de otras juergas. Quizá debí buscarme otro sitio, pero cuando bajé del tren temí que me pillaran y fue lo que encontré más a mano. Al fin y al cabo, Córdoba era como un pueblo grande y en cualquier momento te das de cara con quien menos esperas. Unos días después me pasé por el Tutelar.

–¿Qué vamos a hacer contigo, Mari?

Luego vinieron las broncas, los reproches, las preguntas. Yo les conté, con pelos y señales, todo lo que había pasado en los últimos tres meses. Sabía que no era la última vez que me vería frente a ellos, en la misma situación.

–Bien, ¿y ahora? ¿Qué quieres hacer ahora?

–Irme con las monjas. Y a ver qué casa me buscáis para servir.

–Pues nada, hala, ya te puedes ir. Pero hagas lo que hagas, estarás bajo nuestro mando hasta que cumplas los veinticinco años. ¿Entendido?

«Bueno, pues el que pueda más que achuche», pensé. Las monjas no me hicieron preguntas. Lo sabían ya todo. Me recibieron con cierta guasa.

–¿Otra vez, Mari? Viajas más que la maleta de El Fugitivo.

Tenían razón. Siempre estaba con la maldita maleta de rayas, de un lado para otro. Yo tenía mucha culpa. Me encantaba conocer otros sitios y otras gentes y leer; aprender todo eso que enseña mucho.

En Córdoba leía otra vez la prensa. Seguía con mi manía de las esquelas. En una de ellas descubrí un día que había muerto la esposa de don Rafael, la primera señora que tuve en Córdoba. Fue un 23 de septiembre de 1973 y hacía ya una semana, porque

siempre leía periódicos viejos. Ese mismo día era la misa en San Nicolás de la Villa y me fui para allá, a darle el pésame a su marido. Sentí mucha tristeza. Habían sido muy buenas personas conmigo, a pesar de los quebraderos de cabeza que les di. Llevaba mucho resentimiento encima y, a veces, hacía y decía cosas sin sospechar que las personas que había a mi alrededor no eran culpables de lo que me tocaba vivir. Entendí que ellos quisieron ayudarme a seguir adelante y yo no había sido capaz de verlo. Estuve mal algunos días hasta que, como suele pasar, la vida me arrastró a otros asuntos.

De nuevo tenía trabajo. Me lo buscaron las monjas, en casa de un médico, don Rafael. Era especialista en enfermedades de los huesos y tenía la consulta en la calle Claudio Marcelo.

El trabajo consistía en cuidar a los niños, que eran nada menos que seis. Pero yo tenía buena mano con ellos. Los primeros días fueron como siempre: ir conociendo la casa y la familia, tenían a una persona de confianza, a quien llamaban Ama, eso, creo, era porque había criado a la señora con sus propios pechos, o algo así. Era muy buena y muy mayor. Pero al final no acabó muy bien con su niña –como ella la llamaba–. La señora tenía un genio muy difícil. No es que fuera mala, era el pronto. Cuando entré allí, habían comprado un chalet en El Brillante y al poco tiempo se lo terminaron de hacer. Tuve que limpiarlo todo de cabo a rabo. Ahí sí trabajé, y bastante. También me lo premiaron; no con dinero, sino con un par de pendientes, que me regaló ella, y otro par con una sortija a juego, de parte de sus padres. Lo hicieron un día que juntaron a toda la familia en la inauguración del chalet.

Recuerdo cada rincón de aquella casa y a don Rafael, sobre todo. Era la mejor persona que había allí: respetuoso con todo el mundo y sin hacer distingos entre la clase trabajadora y los otros.

A los pocos días de hacerme los regalos me dijeron:

–¿Ves lo pronto que te los han dado? Pues igual de rápido te los quitarán el día que te vayas. A no ser que salgas de aquí para casarte.

Fue el lechero, que llevaba muchos años yendo todos los días a repartir y conocía bien a la familia.

El chalet era la residencia de verano. Cuando llevaba ocho meses trabajando para ellos decidieron volverse allí. A mí no me hacía gracia estar fuera de la capital. Era el año 1974 y El Brillante, en aquel tiempo, estaba en el quinto pino y me parecía que era como estar en mitad del campo. Pero me fui conformando aunque sabía que me tocaba limpiar más, además de cuidar a los seis niños, porque era la única criada.

Salía los jueves por la tarde y domingos alternos. Así me puse en casi año y medio trabajando allí. Los lunes eran los días peores, para la señora y para mí. Las dos nos levantábamos con el pie izquierdo y en uno de esos días, cuando faltaban cinco para acabar el mes de julio, tropezamos. Yo había salido el domingo y tardé un cuarto de hora más en llegar –por eso, porque aquello estaba en la otra punta de Córdoba y había que echar merienda para llegar–. Ella se enfadó, pero no dijo nada. Al día siguiente, limpiando una mesa de cristal, se me cayó un cenicero sobre ella y me dio un grito.

–¡Como la rompas...!

–Pues eso... El que rompe paga y se lleva los trastos.

No tuve tiempo de más. Me dio una "guantá" que me dejó lista. Yo, con las mismas, la agarré de los pelos y, mientras tanto, nos dijimos de todo, menos bonita. Lo peor que pudo hacer fue amenazarme con denunciarme a Menores; me dolió más que la bofetada y no me lo pensé.

–Me da la cuenta. Que me voy.

–No te pienso dar ni un duro.

–Pues no me muevo de aquí hasta que no me pague.

Llamó por teléfono a su marido, a Protección de Menores, pero no encontró a nadie. Yo también hablé con su marido.

–Anda Mari, no hagas caso, cuando llegue yo te pago. Mientras tanto, recoge la casa y ayúdale a la señora.

Y estuve dispuesta a hacerlo, por el señor, pero ella siguió dale que te pego y aguanté hasta que me dijo:

–Cuando hagas tu maleta me la enseñas y, sobre todo, los dos pares de pendientes y la sortija me los das.

No estaba dispuesta. Me fui a mi cuarto, hice la maleta y me acosté, a esperar que llegara el marido, a las cuatro de la tarde, nada menos. Ella se pasó la mañana gruñe que te gruñe, repitiendo que si no le daba lo que me había pedido no me pagaba. Cerré la puerta con llave. No quería escucharla. Cuando llegó el marido estuvimos hablando. Cada una daba su versión. El pobre señor no sabía qué hacer. Hubo un momento de silencio entre los tres y, de pronto, me dijo la buena moza:

–Venga, olvida lo que ha pasado y no te vayas.

Fue la primera vez que pensé que alguien me necesitaba, en su propio beneficio desde luego, pero podía darme el placer de decirle que ni muerta me quedaba ya allí. Y lo dije.

Su marido me pagó. Ella no quería que me diera el mes entero, porque faltaban cinco días. Pero al final cobré mi sueldo completo, las dos mil quinientas pesetas que me daban.

Al salir me dijo que le enseñara la maleta. Lo hice tranquilamente, aunque de buena gana le habría dado con ella en la cabeza.

–Bien. Ahora, dame los regalos.

Y yo que había pasado toda la mañana acordándome de las palabras del lechero, cogí los pendientes y la sortija, los puse en el suelo y los aplasté una y otra vez con los tacones. No paré hasta verlos hechos piscos.

–Ahí los tiene usted.

Luego, agarré otra vez mi maleta de rayas y me fui a la parada del autobús. Eran las cinco de la tarde, en pleno mes de julio y en Córdoba. El calor se hacía insoportable. Estuve allí un buen rato, hasta que pasó don Rafael y me abrió la puerta de su coche.

–Anda, Mari, sube y te llevo adonde me digas.

–Lléveme al Buen Pastor –contesté.

De vuelta al colegio todo transcurrió tal y como esperaba; las monjas no me dieron la razón. Pero volví a sentirme en casa y tuve la posibilidad de descansar durante quince días y hartarme de leer, cosa que no pude hacer antes porque en aquella casa se me cerraban los ojos solos en cuanto daban las doce. Estuve tranquila, hasta la mañana en que la Superiora me llamó al despacho. Apenas intercambiamos un saludo antes de entregarme una cajita.

–¿Qué es esto Madre?

–Ábrelo y lo verás.

Pensé que quizá mis padres se hubieran acordado de mí. Al abrirla ese calor entre la ira y la rabia me subió del estómago a la garganta. Era el aderezo que había pisoteado antes de salir de El Brillante, arreglado. Era la manera de tenderme la mano, de invitarme a volver. Quizá hubieran encontrado a otra tonta o a otra necesitada, dispuesta a sacar adelante niños, cocina y cuerpo de casa en aquel chalet grandísimo, pero una cosa era la disposición y otra la capacidad para trabajar como una burra de carga.

–No, Madre. Ni muerta me quedo con esto. ¿Quién lo ha traído?

–La madre de tu señora.

–Yo no tengo señora.

–Anda, no seas así. Si tú, en el fondo, eres buena gente y muy trabajadora. Los niños te quieren y te echan de menos. Me lo han dicho ellas mismas.

–Si soy tan buena, ¿por qué me han humillado así? ¿Por qué me han tratado como a una ladrona? No, Madre. Aquí no hay nada que hacer. De momento no trabajo más y menos con ella. Y usted, haga el favor de devolverle su preciosa cajita y lo que hay dentro.

Pasados algunos días volvió a llamarme al despacho. Sospechaba las razones y se confirmaron. Llevaba un mes y medio en Buen Pastor y no había dicho de buscar trabajo y eso, además de extrañarles, les estaba costando el dinero. Nadie como las monjas para decir lo más duro o descarado con las mejores palabritas. Son expertas en decirlo

todo sin decir apenas nada. En aquella ocasión fui por delante. De algo tenían que servirme los años que llevaba con ellas.

–Mire, Hermana. El Tutelar me ha dicho que, me guste o no, tendré que estar bajo su custodia hasta que cumpla los veinticinco años. De modo que, tanto a ellos como a mí, debería darnos igual que trabaje o no. Así que de momento me quedo en el colegio.

Aquella respuesta la descolocó. Cuando salí del despacho sabía que había ganado una batalla, pero la guerra estaba declarada. En adelante no desaprovechaban la mínima ocasión para lanzarme esas puyas sutiles que tan bien dominaban. En realidad tampoco les sobraba el dinero. Dos días a la semana se tiraban a la calle a pedir para darnos de comer. Un día de aquellos me presté voluntaria para acompañarlas y ellas recibieron la propuesta con gratitud y sorpresa. En honor a la verdad, debo decir que llegué al colegio en 1969 y, hasta esas fechas de 1974, nunca me había prestado voluntaria para ayudar en nada.

–¿Tú sabrás pedir?

–Yo no sabría robar, pero... ¿Pedir? ¡Bueeeno!

–¿Cómo lo ves así de fácil si no lo has hecho nunca?

–Sí lo he hecho, Madre, llevo toda la vida pidiendo, aunque nadie se haya dado cuenta.

–Pidiendo, ¿qué?

–Que me quieran un poquito. Por eso no me quiero ir de aquí, Madre, porque éste es el único sitio donde me han dado algo de cariño, aunque sea un poquito.

Toda la tensión se disipó. La monja me habló entonces con mucha ternura.

–Venga hija, no te pongas triste.

–Yo sé que ustedes sienten algo por mí y eso hace de este sitio el único en donde me siento segura. Además, estoy cansada de rodar de un lado para otro.

La primera vez que salí con las monjas fuimos a la lonja de la Fuensanta. No sabía qué debía hacer. Siguiendo las órdenes de una de ellas me puse a su lado, a mirar, a escuchar y a callar. Enseguida comprendí que pedir no era tan fácil como yo pensaba. Nos levantábamos a las cinco de la mañana para aprovechar el movimiento de la lonja. Los martes y los viernes eran los mejores días. Llegábamos mucho antes de amanecer. Sin embargo, el madrugón no era tan duro para mí como lo era para mi orgullo tener que andar rogándole a los tenderos, para que nos dieran una caja de pescado, de verduras o de fruta. La segunda ruta era la de los hornos. No siempre conseguíamos pan del día, pero nos daban recortes de los dulces en grandes bolsas y nos sabía a gloria. Al final, cuando volvíamos al colegio, llevábamos la furgoneta llena. Claro que, la mayoría de las veces, los tenderos nos daban lo que nadie quería o les sobraba de días anteriores. Allí entendí cuántas cosas tiran unos que a otros les vendrían de perlas.

Así transcurrió el año hasta finales de noviembre en que volvieron a preguntarme si quería trabajar. Ellas no habían vuelto a pensar en la posibilidad de que dejara el colegio, pero el Tutelar ya me tenía una casa preparada. Les dije que iría siempre que no tuviera que criar niños. No tenía ganas de aguantar criaturas. El 3 de diciembre llegó una señora a Buen Pastor. Preguntó por mí y me llamaron. Me pareció demasiado joven para estar casada y se lo hice saber. También le pregunté si tenía hijos. Me dijo que no, pero en su casa vivían sus padres y trabajaría para ellos. Me decidí. La casa estaba en la calle Pedro López, frente al Ayuntamiento, a la espalda de La Corredera. Era una casona grande, de dos pisos. En el de arriba vivían los padres de la joven, doña Pastora y su marido don Rafael. Cuando la señora y yo nos bajamos del coche, ella misma empezó a ayudarme con mi maleta y algunas bolsas más que llevaba, porque mi equipaje había aumentado un poco. La madre salió al balcón del primer piso y le dijo:

–Pastorita, hija, ten cuidado y no te cargues.

–¿Por qué no se puede usted cargar? –le pregunté.

–Es que... creo que estoy embarazada.

Hice ademán de volver a guardar mis cosas, pero puso la mano

entre el coche y yo.

–Espera, espera. Verás... No estoy segura. Sólo llevo dos meses casada.

–Bueno pues, si lo está, cuando para usted, me voy.

No hablamos más.

Desde el primer momento me sentí muy a gusto en aquella casa, entre otras razones porque me trataron muy bien y fui como una más de la familia. Al principio trabajé para los padres. Pero no había una separación entre pisos y aquello fue una trampa en el trabajo. Lo comprendí enseguida, pero no importaba. Me sentía realmente bien. La señorita Pastora era una persona excelente, como sus padres. Aunque en realidad les gustaba aparentar ser más pijos de lo que eran en realidad. Pastorita era dos años mayor que yo y una tía del diez, hicimos muy buenas migas. Se convirtió en mi confidente y me hizo recuperar las sensaciones de amistad de la adolescencia, con las hermanas de Manolín, en Almodóvar del Río.

A los cinco meses de estar allí me dijo que, ahora sí, estaba embarazada. Le repetí lo mismo que el día que llegué a su casa. No me creyó. Me dio lo mismo. Era su problema.

Fue una época tranquila. Todas las mañanas iba a comprar. No tenía problemas para salir y entrar. Cuando no hacía falta nada siempre buscaba una excusa. Me encantaba el ambiente de la Espartería y La Corredera a esa hora en que bajaban las mujeres por la Calle Nueva, con los cestos de mimbre o los primeros carros de comprar que empezaban a verse en Córdoba. La gente se paraba en la esquina de la calle de la Feria a comprarse lotería. No había semáforos, sí un guardia con un casco y un correaje blancos; y cuando llegaban las fiestas le llenaban de regalos la especie de peana donde se subía. Había de todo: botellas, dulces y hasta pavos vivos. La plaza estaba llena de puestos ambulantes y montones de ropa barata; había también cajas de ajos, de frutas, verduras, gallinas y pájaros vivos. Mucho antes de llegar se oían el piar y el cacareo y las voces de los vendedores pregonando sus gangas, y las de las gitanas sobre todo. El olor de las manzanas y los membrillos del tiempo se percibía desde lejos, como se veían las montañas de

plátanos, tan amarillos, que una se embelesaba mirándolos. Siempre que veía las montañas de plátanos pensaba en cómo serían las Canarias, de donde decían que venían. Qué gozada, viajar hasta allí, ver de nuevo el mar subida en un barco –que me parecen cunas o mecedoras sobre el agua– y llegar a las islas y comprobar si eran tan bonitas como decían los libros. Leía pocos libros entonces. Pero el periódico seguía siendo mi debilidad y sus esquelas mi obsesión; tampoco se me iba la cosa de mi madre aunque, en esos momentos, no podía hacer nada.

Bajo los portales había una pequeña librería, polvorienta y vieja, en donde cambiaba mis fotonovelas de Corín Tellado por una peseta. Me "enjoté" con ellas y no leía otra cosa por las noches, después de recoger los últimos cacharros en la cocina. Disfrutaba leyendo historias de amor. Me parecían tan reales como los cuentos de hadas que leímos de niñas y soñaba una historia de amor –que nunca imaginaba mejor que la de Manolín– con un final feliz. ¡Dios mío! Qué imagen más distorsionada de las relaciones nos metieron en la cabeza los cuentos de hadas y las fotonovelas.

Los domingos me los daban libres. Me reencontraba con las amigas del Buen Pastor. Íbamos al "Tontódromo" de la calle Cruz Conde, donde paseábamos las muchachas, o a Marrón, o a Brasil 70, o a Casa Pepe a comer churros. También íbamos a la calle Osio a ver el cine. En cuestión de amores estaba tranquila, todavía con el recuerdo de Manolín en el corazón y sin muchas ganas de sustituirlo por ningún otro.

En aquella época conocí a un chaval y tuve la sensación de que podríamos ser amigos. Al menos, por mi parte, nunca hubo intención ninguna de tener otra relación. Todo el tiempo que llevaba rodado no me sirvió para advertir que era una mala persona. Cuando me preguntó dónde vivía le dije la verdad, que estaba sirviendo, de momento. Tampoco le engañé con respecto a mis padres –a mi falta de padres, quiero decir– y a mi nacimiento en la casa cuna de Puerta Nueva. Le conté mi paso por Buen Pastor, aquel colegio del que tan buen recuerdo tenía. Fue mi perdición. Para una gran cantidad de gente de Córdoba era el sitio de las muchachas perdidas; donde iban a parar las "jóvenes caídas", según los comités franquistas, y la morralla, según la opinión de los

cordobeses. Él también debía pensar así porque fue nombrarle el colegio y cambiar de actitud conmigo. Pensó que todo el monte era orégano y se columpió. Se esfumó el interés y la amistad en cuanto vio que no había nada que rascar.

Desde lo de Manolín no había tenido relaciones de noviazgo con nadie. Eso era un lujo que una muchacha de la casa cuna no se podía permitir. Todas llebávamos el estigma de ser hijas –cierto o no– de mujeres de la vida y, por consiguiente, podíamos salir a la madre. Puede que fuera a eso a lo que se refería la madrastra de Almodóvar cuando decía que yo "no era buena".

El muchacho, que creí mi amigo, estuvo desaparecido en combate un tiempo. Una tarde vino a buscarme por La Corredera. Coincidimos en la plaza del Tambor, que lindaba con la casa de mis señores. No me pilló en el mejor momento. Había ido a comprar una Casera y venía con ella en la mano, cuando un viejo baboso –de los muchos que andaban por ahí en aquellos años– quiso meterme mano al pasar por su lado. No se tragó la botella de puro milagro. Bendito sea Dios, la que le estaba dando yo al viejo y la que le estaba liando a todos los santos cuando nos encontramos. Mi ex amigo no venía sólo. Con él estaba Antonio, su mejor amigo –así me lo presentó–. Iban a invitarme a un guateque que hacía su pandilla en una casa de vecinos de la calle Barrionuevo, en Puerta Nueva, precisamente. Ni el sitio ni ir con él me apetecieron, pero el mejor amigo sí me agradó. Antonio insistió en que fuera y, aunque con el otro no lo hubiera hecho ni muerta, me decidí, quedamos para el domingo siguiente.

Siguiendo la costumbre los muchachos habían comprado refrescos y frutos secos. Llevaban un pick-up y, cada cuál, los discos que les parecía. Yo no bailé, nunca lo hacía. Me gustaba escuchar música, mucho, pero no el baile. Llegué un poco cortada. No conocía a nadie y tenía la impresión de que todos me miraban como a un bicho raro, como si llevara la marca de la casa cuna en la frente. Me puse a ver los discos y estuve un rato así mirando la portada azul de "Mis manos en tu cintura" y a Adamo, sentado en el suelo con su melena de la época y muy trajeado; estaba también Cecilia que cantaba tan bien aquello de "Dama, Dama", pero la pobre tenía unos dientes que le daba dos "bocaos" a una esquina y hacía una

plaza de toros. Esas cosas pensaba, me partía de la risa yo sola, mientras sonaba el “Yesterday” de los Beatles o “Satisfaction” de los Rolling Stones. En realidad me gustaba todo lo que fuera música.

Antonio se acercó a mí con una muchachita muy joven y me la presentó como su hermana. Estuvo muy amable, se interesó por mí, charlamos y me comentó que su amigo salía con una de las chicas que había por ahí. Aquello me desconcertó bastante. Me preguntaba por qué me había invitando y qué se traerían los dos entre manos. Desconfié y empecé a sentirme incómoda. Sin embargo, a medida que la tarde avanzaba empecé a relajarme. Antonio me pareció encantador. Aquella noche me acompañó a casa. Era el 25 de abril de 1975 y desde entonces no dejamos de vernos a diario.

Don Rafael y doña Pastora estaban al tanto de la relación porque empezó a recogerme y a dejarme en la puerta de su casa. Me propusieron que Antonio subiera y hablara con ellos, para que no pensara que estaba sola. Asumieron el papel de los padres que no tuve. Fue uno más de aquellos detalles de los Hoces, que me hacían sentirme tan a gusto a su lado. Nunca les dije lo importante que eso y otros detalles similares fueron para mí, la importancia que tuvieron en mi vida y lo agradecida que les estaré eternamente. Nunca se lo dije porque confesárselo hubiera sido un signo de debilidad por mi parte.

Faltaba una semana para el parto de Pastorita. Cogí otra vez la maleta de rayas y mis bolsas y volví al Buen Pastor. Ahora con novio era más problemático, porque las salidas no iban a ser tan frecuentes; de modo que hablé con las monjas y les pedí que me dejaran verlo de vez en cuando. No tuve problemas.

Antonio venía al colegio sólo los fines de semana. Nos sentábamos en el zaguán o en el patio y la monja allí, al loro, dando paseíllos. Un día les pedí permiso para ir a conocer a mis suegros. Al principio se negaron, pero, al final, por no oírme –supongo– accedieron. Era el mes de agosto y las monjas no volvieron a verme el pelo hasta tres meses después.

Antonio vivía junto al antiguo estadio del Arcángel, cuando el barrio era casi un descampado, con cuatro bloques de pisos. Era un sitio agradable. Se veía el campo, pero a unos doscientos o

trescientos metros estaba también la ciudad, los restos de la muralla que tanto me gustaban y, un poco más allá, Puerta Nueva. Cuando Antonio y yo llegamos a su casa no esperaba encontrar a tanta gente. Mi suegra tenía nueve hijos, unas pocas de cuñadas y demás familia. Todos, sin faltar ni uno, estaban allí en patulea, a ver cómo era la novia del niño. Yo no lo supe entonces. Luego supe que el amigo, a quien bauticé como "el Marqués de la Ruilla" –porque, aunque era un "esmayao" tenía aires de haberse criado en El Pardo–, ya les había hecho su informe personal sobre mí. No acababa de aceptar que le hubiera dado calabazas.

A la familia no le gustaba una inclusera, medio criada en el Buen Pastor. Hubieran preferido otro tipo de muchacha. Lo mío "no era normal". Mientras no lo supe, me sentí bien, muy bien, hasta el punto de que, al terminar el día, le propuse:

–Oye, ¿qué te parece si me quedo unos días aquí?

Él estuvo encantado. Sólo puso la pega de sus padres. Le pidió permiso y no le pusieron inconveniente. Los días siguientes fueron estupendos. Dormíamos separados, pero vivíamos y comíamos en familia. Por las tardes salíamos a pasear como cualquier pareja, sin tenernos que esconder o pelear por vernos, como debieron haber sido las cosas en Almodóvar.

La figura de Antonio empezaba a crecer en mi corazón disipando el recuerdo de Manolín. No puedo decir que fuera la joven más enamorada de Córdoba, pero tuve una ilusión y albergué la esperanza de quedarme con él, cerca de los suyos y encontrar en su familia la que a mí me faltaba.

Acabó de presentarme al resto del clan, incluida la metepatas, que nunca falta cuando una está más gusto. En este caso fue una tía suya. Vino a espetarme con todo descaro que yo no era de su agrado.

–Mira, te voy a ser sincera: no me gustas para mi sobrino. Mi Antonio se merece algo mejor.

–Bueno, pues yo también me voy a sincerar contigo: como a ti no tengo que gustarte... ¡te jodes!

Por suerte todos no me trataron igual. A pesar de ella, aquello fue una luna de miel. Pero desde ese día empecé a sentirme incómoda.

Después que "el Marqués de la Ruilla" pasara al ataque, en cuanto supo mis orígenes, me había puesto más en guardia y había decidido que no debía decirle a ningún muchacho lo de la casa cuna ni el Buen Pastor. Bien es verdad que nunca había tenido problemas en ese sentido. Cuando algún amigo o pretendiente se pasaba un poco de la raya, se le paraban los pies y listo. Así había sido hasta que llegó Antonio. Me parecía distinto. A él no le importaba nada, me trataba con respeto y me hacía feliz. Así fue, al menos, hasta aquel 13 de agosto de 1975. No era la primera vez que estábamos a solas, pero, en aquella ocasión, las cosas vinieron así y no me importó. No sentía miedo con él. Sí por la situación. Siempre había oído decir a las muchachas que la primera vez era muy dolorosa y, con frecuencia, no había modo de parar la sangre. Cuando me pasó de una forma tan sencilla y placentera, sin dolor ni hemorragia, me sorprendió a medias. Una de dos, o aquello era otra mentira más de los antiguos o Antonio no había atinado. En cualquier caso, me fue realmente bien, hasta llegar a casa de mis suegros.

Mi novio empezó a mostrarse un poco raro. Me miraba y movía la cabeza a uno y otro lado.

–Antonio. ¿Qué te pasa?

Él volvía a mover la cabeza, agachaba la mirada y guardaba silencio. Así una y otra vez.

–¿Tiene que pasarme algo? –contestó al final.

Se marchó a su cuarto sin darme las buenas noches. Pensé que al día siguiente se levantaría de mejor humor. Me equivoqué. A la hora de nuestro paseo llegó "el Marqués"; se marcharon juntos esa tarde y las siguientes. Nada era ya lo mismo. Su madre trató de mediar y habló con él a solas. Le dijo lo suficiente como para que el padre se sentara conmigo un momento y, como pudo, balbuceó:

–Verás, Mari. Mi hijo es todavía muy joven para tener novia formal. Quizá más adelante, no sé. Si quieres, mañana, te llevo yo al colegio. Pero no me armes una bronca, por lo que más quieras.

–No se preocupe. Me voy esta misma noche. Necesito algo de dinero. No se preocupe que se lo devuelvo, yo no quiero "ná" que no sea mío. Es para coger un taxi y marchame de Córdoba. No puedo volver al Buen Pastor.

–Es mejor, niña. Al fin y al cabo, entre vosotros no ha pasado nada irreparable.

Y así, a las nueve y veinte de la noche del 20 de agosto, fue como mi suegro, muy educadamente, me puso de patitas en la calle.

Me quedé con sus últimas palabras: entre su hijo y yo no había pasado "nada irreparable", y deduje que o bien Antonio no le había contado nada o no habíamos hecho lo que yo imaginaba. Por eso debió encontrarse con la libertad de echarme. Lo del padre me dolió bastante menos que la cobardía del hijo, aquel que unos meses antes –¿qué digo unos meses antes?, ¡dos días antes!– bailaba en la palma de mi mano y después de utilizarme me daba una patada. Sentí que él no fuera también mujer, para arrastrarlo por los pelos y vernos las caras de igual a igual. En cualquier caso, no podía irme de su casa sin saber qué había pasado.

Entré en su cuarto y le pedí una explicación. No fue capaz de levantar la cara. No se movió. Él era una balsa de aceite, tranquilo, quieto, callado; yo un volcán lleno de rabia y mala leche.

En mi lógica no entraba que hubiera alguien capaz de hacer tanto daño, poniendo los sentimientos de por medio. ¿Cómo se puede querer y dejar de querer a alguien, así, de la noche a la mañana? ¿Qué podía haber pasado entre nosotros que pudiera justificar su modo de actuar? Me marché esa misma noche. Ni pensé en el colegio. No tenía ganas de soportar lo que me esperaba. No tenía ganas de aguantar a nadie. No llevaba más ropa que la puesta: un jersey y un pantalón verde, los zapatos y el bolso negros y las mil quinientas pesetas que me había prestado el padre de Antonio. El resto se había quedado en el Buen Pastor la tarde que salí dispuesta a no separarme de aquel muchacho y a jugarme lo poco que tenía por estar a su lado. Mi otro equipaje, el que llevaba por dentro, era más pesado: un dolor tan grande, tan intenso, que todavía me sorprende.

No deja de ser curioso que, llevando ya pasajes tan duros a la espalda, me ahogaran de esa manera los sentimientos.

Caminé hasta Las Lonjas, en busca de un taxi. Al fondo, en el río Guadalquivir, se reflejaba el puente Romano y la Mezquita, los tonos dorados de cobre, que son únicos cuando llega la noche; y yo, que había mirado tanto ese paisaje desde el Arcángel, entusiasmada por su belleza y su magia, lo veía ahora como la postal más triste del mundo.

Me costaba tirar de mi propio peso. Todo ese brío, que nunca me permitió rendirme, se había disipado. Todo mi mundo se volcó, se me puso boca abajo. De repente nada era igual. Cuando vi recortarse el campanario de la capilla del Carmen, en el hospital de Puerta Nueva, asocié el recuerdo al de mi madre, saliendo de allí sin mí después de parirme, vacía, como yo tras el abandono de Antonio. Lo que pasó debió marcar el resto de mi vida, pues en otras circunstancias, bien distintas, me han venido a la cabeza las sensaciones y las escenas de esa noche.

Camino de la estación de Córdoba, las palabras de los curas, de las monjas o de algunos señores estudiados a quiénes serví, me martilleaban las sienes: «Hay que poner la otra mejilla», «Y una mierda, para que me la partan también» pensaba yo; «Perdonar y olvidar..., perdonar pero no olvidar...».

Allí en el taxi, entre el Arcángel y la estación, acuñé la mía propia: «Ni perdono ni olvido, aparco».

Me vi otra vez frente al triunfo de San Rafael de la estación. Detrás los postigos de cristales, con sus dinteles arqueados, me parecieron la puerta hacia algún lugar impreciso. No me importaba mucho a donde iría, pero el futuro lo intuía mejor que el presente. Decidí el destino en la misma ventanilla.

El reloj marcaba las once de la noche y el tren al que subí, o el que recuerdo, era todavía de los de madera, con luces cenitales y ambiente gris. Me acurruqué en el vagón, me dejé mecer por el traqueteo de la máquina y, cuando las luces de los últimos edificios de Córdoba dejaron de pasar por los cristales, me eché a llorar. Tres meses antes había cumplido veintitrés años. Se me ocurrió pensar

en eso y en la cantidad de palos que la vida me había dado ya. Seguía sin entender cómo me dolía tanto. Quizá porque a todo lo demás, antes o después, le había encontrado alguna explicación. Para esto no tenía excusa, por más vueltas que le daba. La llantina me duró todo el trayecto, hasta Madrid. Llegué a las ocho y media de la mañana. Hasta este momento no había pensado o no había querido pensar adónde iría. No tenía ni idea. Sabía sólo que debía buscarme una pensión, una casa, algo para cuando llegara la noche.

Bajo los arcos metálicos de Atocha se adivinaban las primeras luces del día. La claridad me animó. Me reconcilié con el recuerdo de aquel espacio en donde, un tiempo atrás, había pasado otra noche, recuperándome del temor que me produjeron las intenciones del chofer de los señores de Ferrer, el coche negro por las calles de aquella ciudad –inmensa para una joven de provincias–, el viejo baboso, la gasolinera inexistente, la casucha solitaria. Mi miedo; miedo a su fuerza, a perder el único tesoro que tenía en mis manos, el de la virginidad, de forma tan asquerosa. Entonces salió mi instinto de supervivencia o esa cosa que tenemos los andaluces, de ponerle al mal tiempo buena cara o... ¿yo qué sé? La cuestión es que pensé que ni aquel baboso había podido conmigo, ni con Antonio había pasado "nada irreparable". Del viejo no quería saber nada y del otro ya llegaría el día de tomarme la revancha.

Empecé a sentir hambre, porque ni había cenado en casa de mis suegros, ni hubiera sido capaz de echarme nada al estómago en toda la noche. Menos mal, porque no llevaba ni un mal bocadillo. Desayuné, poco como siempre, un café y media tostada, que no fui capaz de terminarme. Nunca fui de comer mucho. Ese era un valor a la hora de servir, porque había señoras a quiénes no les gustaban las criadas comilonas. Suponíamos más gasto.

Empezaba a clarear en el cielo y en mi cabeza, que comenzó a funcionar con algo más de lucidez. Parecía que tanta lágrima como eché por el camino me había ayudado a embotarme los ojos y a desembotarme la mente. Otra vez me sentía fuerte. Ya era la Mari de siempre. Madrid me pareció una ciudad para sobrevivir medianamente bien o llevarse el más estrepitoso de los fracasos. Yo de lo segundo llevaba ya "pá dá" y "regalá", de modo que ahora me tocaría un poco de lo otro.

Lo primero era buscar un piso o una habitación; algo para pasar la noche. Mis antiguas salidas con Manolo, el mayordomo, y su pandilla, me sirvieron para controlar un poco el centro de Madrid y llegar a los Jardines de Oriente sin problemas. Me senté allí y esperé a ver a alguien que me inspirara un poco de confianza. Desde luego no sería ningún tío. Ya había tenido bastante con el chófer, con "el Marqués", con Antonio y hasta con su padre. Al rato de estar allí sentada, mirando las musarañas, vi a una señora y la abordé.

–Por favor, señora, ¿sabe de alguna pensión por aquí?

Y ella, con esa amabilidad de la gente de Madrid, contestó:

–Sí, hija, sí. Mejor te vas hacia allí, para la Plaza de la Marina Española. A la altura del número 7, hay una y es buena.

En realidad era un piso, pero enorme. Los dueños eran un matrimonio de mediana edad que alquilaba habitaciones para estudiantes. Tuve suerte de encontrar alguna libre.

–¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

–Dos o tres días; hasta que encuentre trabajo como sirvienta.

–Pues mira, dentro de unos días volverán de sus vacaciones los señores de Cosano, unos conocidos míos. Seguro que necesitan a alguien que cuide de sus hijos.

Pasaron ocho o diez días antes de conocer a los señores de Cosano, a sus cuatro niños y al perrito. Todos, menos el animal, eran muy educados –eso se nota rápido–. Llegamos a un acuerdo, porque no me quedaba otra, y entré en la casa el día 3 de septiembre de 1975, debiéndole a la casera los diez días que había estado en la pensión, lavándome la ropa de noche y con tres pares de bragas. Era todo mi ajuar.

V. LA CORREDERA-CALLE PRECIADOS

A la semana de entrar a trabajar tuve que pedir un anticipo, para comprarme un par de pantalones y otro jersey. A Virginia, David, Marica y Óscar no les faltaba de nada. Carecían sólo de alguien que estuviera todo el día pendiente de ellos; de sus juegos, de sus salidas, de sus comidas y sus demandas. Yo, que lo percibí en cuanto les vi, estuve dispuesta a dárselo desde el primer día. Enseguida me hice con el control y con su confianza. También le di la mía; y los padres estaban encantados.

Los señores de Cosano sabían cómo tratar al personal de servicio. Con ellos me sentía a gusto y tan contenta como pocas veces en mi vida. El trabajo, a pesar de la casa y los cuatro niños, no me agobiaba. Los electrodomésticos habían hecho su aparición, allí no faltaba ninguno, y ayudaban mucho en todo. Me conocía los dibujos y las series infantiles de la tele; las aventuras de Miliki, Fofó y Fofito, que le encantaban a los niños. Como en aquella casa no faltaban libros ni periódicos, volví a leer a diario a lo largo del día y por la noche, antes de dormirme, me "enjoté" otra vez con las novelas y las historias que me ayudaban mucho a no darle vueltas a la cabeza.

Empecé a sentirme más tranquila, aunque a veces me entraba una cierta ansiedad; sobre todo, cuando me daba por escuchar los consultorios de la radio de Elena Francis, pues aunque yo me engañaba diciendo que lo de Antonio no merecía la pena, en realidad, ponía atención a cada consulta, a ver si alguna tenía el mismo problema que yo. Cuando me entraba esa ansiedad la calmaba comiendo. Como siempre había sido un pajarito para eso del yantar empecé a ganar peso. Me puse tan gordita que nada me quedaba bien y, claro, con aquellas ropas tan estrechas todavía se notaban más los kilos. Yo se lo achacaba a la tranquilidad que respiraba en mi nuevo trabajo; el señor, en cambio, no lo tenía tan claro.

–Mari. Ese cambio tan raro en usted... ¿No estará embarazada?

Aquello me enfadó muchísimo.

–¿Yo? ¡Como no sea del perrito!

El 15 de octubre, a los pocos días de cobrar mi primer sueldo, la señora me propuso irnos las dos de compras. Fuimos a Galerías Preciados de Callao, junto a la Gran Vía. Al rato de estar allí empecé a sentirme muy mal; la vista se me nubló y cuando quise darme cuenta me había caído redonda al suelo. Desperté rodeada de gente y con la cara de la señora, muy agobiada, frente a mí. Yo no recordaba haber estado tan mala en mi vida. Cuando salimos de allí, ella, más que preguntar afirmó.

–Oye, tú estás embarazada.

–Sinceramente, no lo sé.

–Pero chiquilla. ¡Tienes que saberlo! ¿Qué has hecho?

–Es que tampoco lo sé, señora.

Le conté todo lo que había pasado con mi novio. Yo ni había querido pensar más en aquello, ni podía imaginarme que pudiera traer esas consecuencias. No me había dolido, no había sangrado, ni había pasado nada de lo que siempre se decía entre las chicas y, como, según mi suegro, no era “nada irreparable”, para mí la única preocupación era el desprecio de Antonio. La señora comprendió que estaba siendo sincera con ella y no daba crédito a lo que oía.

–Bueno, vamos a comprar un Predictor y te hago la prueba.

Yo no tenía ni idea de qué era aquello. Me explicó cómo iba la cosa; había que poner la orina y esperar, sin moverlo. No quería ni pensarlo. Pero no tuve más remedio que hacerlo cuando vimos el resultado. Había sido llegar y besar el santo. Desde luego, el nombre me venía que ni pintado. Era una María pupas. Me tocaban todas. Sentí otra vez el agujero negro en el estómago, la soledad, esa angustia por dentro que conocía tan bien de otras veces y que, por algo más de un mes, tuve la esperanza de haber dejado atrás. Pero no. De nuevo la vida se me echaba encima, para putearme otro

poquito más.

–Y ahora, ¿qué hago? –me preguntaba para mis adentros y para mis afueras.

La señora trataba de calmarme. Cuando llegó el marido, por la noche, se lo contamos.

–Pero chiquilla. ¿A ti nadie te ha explicado los riesgos y las consecuencias que estos asuntos pueden tener?

–Desde luego que no. A mí nadie me ha dicho media palabra de esos temas.

No dejaba de pensar en lo que hice con Antonio. Si no había sangrado era que seguía siendo virgen, y si era virgen ¿cómo me había quedado embarazada? Dándole vueltas a aquello, recordé el accidente que tuve en Hendaya, cuando la criada de la marquesa me llevaba al colegio en la bicicleta. Me vi de nuevo con los muslos llenos de sangre y me subió un escalofrío de las ingles a la garganta. De modo que llevaba media vida guardando aquello y resulta que lo había perdido en el accidente. Así se explica que mi madre adoptiva no quisiera hablar nunca de eso. Ella debía saber que lo había perdido entonces. Y claro, si no estaba, ¿cómo iba a encontrárselo Antonio? Y encima los bichejos esos del embarazo tuvieron el camino libre. Fue llegar y topar. Todas aquellas cavilaciones mías: el cacao mental con la virginidad, los espermatozoides y demás, debí contárselas a la señora; pero me dio corte y se me quedaron en el alma, como una sombra, treinta años más; hasta la mañana en que enseñé mi diario a Matilde, en una cafetería de Ronda de los Tejares, en Córdoba. Hasta entonces –y ya tenía yo más de cincuenta años en lo alto del lomo–, nadie me había explicado que muchas mujeres no sangramos con la pérdida de la virginidad; que hay hímenes llamados “complacientes”, muy elásticos por lo visto, que se abren con la relación y vuelven a su ser luego. No sabía ella, ni nadie, cómo hubiera agradecido yo esa explicación con veintitrés años, cuando tanto y tanto me comí el coco.

Después de contarles a los señores la papeleta que tenía encima, fui a llamar a quien era tan responsable como yo del embarazo. Me llevé una gran sorpresa. Me dijo que él no era el padre, que fuera a

buscar al verdadero. Si le llego a pillar en esos momentos, lo dejo sin dientes de una "bofetá". Procuré mantener la calma.

–¿Cómo que no? Yo no he estado con nadie nada más que contigo... No te calles, di algo, responde de lo que has hecho.

–Mari, antes que yo hubo otros.

Ahí fue donde me dio el puyazo definitivo. Ahí fue donde empecé a entender parte de lo que no entendí cuando me echaron de su casa. De pronto pensé en su amigo, en "el Marqués de la Ruilla" y en las mentiras que habría podido contarle o quizá no; quizá fuera posible que aquel accidente... Volví a recordarme en el suelo, con el vestidillo y los muslos manchados de sangre. Debía ser eso, sí.

–Antonio, hay que ser muy poco tío para hablar así de una mujer. Tú, si te has creído eso, eres un cobarde. Eso me lo vas a decir a la cara. Mañana mismo me planto en Córdoba. O me esperas en la estación o me planto en tu casa. Tú verás.

Dicho y hecho. Hablé con los señores. Les prometí que en dos días daría la vuelta. A las once de la noche cogí el tren y a las ocho de la mañana ya estaba en Córdoba, pero él no me esperó en la estación. Había ido "el Marqués". Me habían mandado al desgraciado ese para taparme la boca.

–Yo contigo no tengo nada que hablar, sino con el padre de mi hijo.

No le di más explicaciones ni esperé a escucharlas. Tenía que pensar dónde me quedaría y, como ya me había acostumbrado a echarle valor a las cosas y tenía la cara más dura que el cemento armado, llamé a la señora Pastora. Me recibieron con los brazos abiertos. No les dije que estaba en estado, sino que había venido a recoger mi ropa del colegio, pero no quería quedarme a dormir en el Buen Pastor y agradecería mucho si me permitieran pasar una noche y un día en su casa. No hubo problemas. Luego llamé a Antonio. Después de insistir mucho, y comprender que no iba a dejarlo en paz, conseguí que habláramos. Seguía en sus trece. Le juré y perjuré que había sido el único, pero no me creyó.

–Yo sé que ha habido, al menos, otro.

Tuve muy claro a quién podría referirse. Había muchos tipejos así. Curaban su orgullo de cazadores burlados presumiendo de haber cazado la pieza. Sólo me quedó decirle:

–Me vuelvo a Madrid. Quiero estar tranquila. Pero cuando nazca mi hijo, nuestro hijo, tendrás noticias mías. El niño no puede ser sino tuyo, porque no habido otro y porque las fechas cantarán cuando llegue la hora. O lo admites o te destrozo la vida.

No quería una criatura sin padre en el mundo, aunque su madre no iba a faltarle nunca. Desde ese momento, sólo pensé en mi hijo. De regreso, en el tren, cavilé mucho la situación. Al final, sólo tenía una fijación: conseguir mi libertad, lograr que el Tutelar de Menores me diera la independencia. Tenía veintitrés años, me había buscado muchas veces la vida y no podía seguir de un lado para otro, sujeta a terceros –encima– y dando explicaciones. También era cierto que, al final, había hecho lo que me daba la gana; sin embargo, en esos momentos, tenía que centrarme en lo que se me venía encima. Así se lo planteé a los señores de Cosano.

Les conté toda mi vida, incluido el problema con el Tutelar. Ellos me dijeron que su casa sería la mía y la de mi hijo, cuando naciera.

–Por lo otro debes tranquilizarte –me dijo la señora–, nosotros te ayudaremos...

–Buscaremos un buen abogado –interrumpió el señor–, y ¡quién mejor que mi hermano!

Sólo la criatura que pasa por una situación como aquella es capaz de calibrar lo que significó su apoyo. En poco menos de un mes me llamaron a los juzgados de la Plaza de Castilla para firmar la libertad. Dicho así, parece que saliera de la cárcel. Para mí no era otra cosa. Fui muy feliz cuando supe que no tenía nada que ver con ellos y podía ir y venir dónde y cómo me diera la gana.

Así llegamos al 20 noviembre de 1975, la fecha en que Franco murió. Madrid estaba tan rara como las noticias de los periódicos y los telediarios. Había huelgas y misas. Mientras unos le lloraban a Franco, otros veían el cielo abierto. Se escuchaban muchos comentarios sobre la situación y el futuro del país: preocupaba la

sucesión y los cambios, la reacción de los sectores más carcas de España. Eran muchos los problemas y eran muchos mis recuerdos de la niñez, del pueblo donde la guerra había dejado tantas heridas que sin vivirlas conocí de alguna manera, porque seguía, como tatuada, en la memoria y en las lenguas de la gente. Tal vez me asusté o me entró la nostalgia de la tierra o el miedo o... no sé. Desde luego si pasaba algo quería que me pillara en mi tierra, aunque estuviera allí más sola que la una.

–Señora, mañana tiro para Andalucía.

Ella no podía salir de su sorpresa y yo no sabía cómo explicárselo. Quizá porque, primero, tenía que explicármelo a mí misma y no sabía la razón.

–Verá... Tengo que recoger las cosas del colegio y creo que es momento de quedarme allí, a trabajar. Al fin y al cabo es mi tierra.

Aquello no nos convencía a ninguna de las dos. Ante mí misma no dejaba de preguntarme qué me estaba pasando. Estaba en estado de cuatro meses, tenía una familia que me daba todo su cariño y seguía haciendo las mismas locuras.

Llamé de nuevo a doña Pastora y don Rafael y me ofrecí para trabajar en su casa. Me acogieron de igual manera que el primer día. Tenía suerte al encontrarme con personas así. Ahora reconozco que no respondía de la misma manera, no estuve bien la mayoría de las veces. Con la madurez he buscado muchas explicaciones a esos prontos míos. Creo que todo era fruto de una inestabilidad como la copa de un pino. No me daba cuenta. Prefería imaginar que tenía un alma libre, como las aves que pasan la vida emigrando. En los trenes, muchas veces, lo pensaba así.

Ya en Córdoba, cuando me instalé de nuevo en aquella casa, tan hermosa, junto a la Plaza de la Corredera, sólo pensaba en trabajar y juntar dinero para la canastilla. Quise darle otra oportunidad al padre de mi hijo. No acababa de creerme, o no quería asumirlo. Quería que recapacitara y aceptara su paternidad. Pero él... "naranjas de la china", "que si quieres arroz, Catalina". Y como no me quedo con "ná" de nadie, un día me levanté con los cables cruzados y le dije a la señora Pastora:

–Me voy al juzgado a denunciar al padre de mi hijo.

Y, ni corta ni perezosa, lo hice.

A las dos semanas fuimos al juzgado a hacer un careo, por orden de un amigo de la señora, abogado. Yo iba sola; Antonio se presentó con cinco personas: su padre, sus hermanos y sus tíos. Era de risa verlos allí, en patulea. Delante del juez seguía en sus trece: que él no era el padre del niño, y yo cada vez más encendida. El juez decidió dejarlo para cuando naciera la criatura y, dirigiéndose a mí, dijo:

–Entonces, con una prueba de paternidad, será todo más fácil.

El caso quedó aparcado. Sin embargo, al salir a la calle, me fui para la pandilla familiar y le dije a Antonio:

–Desde este momento voy a hacerte la vida imposible. No permitiré que seas tú quien diga la última palabra. A mí nadie me humilla. No te permito el lujo de decir que no has estado conmigo y que no has hecho nada.

Y me marché sin darle tiempo a abrir la boca.

Estaba ya de cinco meses. Desde ese momento, me concentré en el parto y en preparar la ropa de mi hijo. Así, cuando llegó la hora, no le faltaba nada a la canastilla. Con mi sueldo, que no era mucho, iba a los puestecillos ambulantes de los gitanos de la Plaza Grande. De vez en cuando me topaba con “el Marqués”, a quien nunca le faltaba una palabra desagradable para mí. Un día, estando yo bastante gorda, tuvo la osadía de escribirme una carta preguntándome por qué quería echarle “el muerto” de mi embarazo a Antonio. Le contesté diciéndole que si tanto quería a su amigo yo podía echarle la culpa a él, puesto que se había tirado tantas “fanfarronás” a mi costa. A partir de ahí me dejó en paz.

Mis cosas seguían en la calle Buen Pastor. Antes de ir a recogerlas tenía que dar la cara en el Tutelar. Ya estaba libre de ellos, pero seguía haciendo las cosas a mi manera. De modo que una mañana me planté en la nueva dirección de la calle Cruz Conde, 22, a hablar con ellos. No les hizo mucha gracia verme con ese “peazo” de

barriga ya en la boca. Hubo un cruce de palabras poco amables, pero cuando la cosa se calmó, me brindaron toda su ayuda.

–Estamos aquí para cuando nos necesites. ¿Qué hay del padre?

Les conté lo que había y se brindaron a hablar con él. A mí me pareció estupendo aún en la seguridad de que sería inútil; pero la cuestión era molestarlo, no dejarlo en paz tal y como le había jurado. Ellos, por su parte, me propusieron recogerme la ropa, muy gentiles.

–No te preocupes por nada, te la mandamos, te la mandamos –decían.

Yo sabía la razón; no querían que las otras muchachas me vieran con aquel barrigón y sin "marío". Iba a ser madre soltera. Ahí estaba el gran estigma de las mujeres de mi generación. Madre soltera y puta venía a ser lo mismo. Los padres solteros no. Eso era otra cuestión. En caso de admitir serlo se rodeaban de un halo de masculinidad. Ellos, entre bromas y guiños de complicidad, podían jactarse de ello, mientras nosotras debíamos avergonzarnos de nuestro pecado y asumir que, por alguna razón incomprensible para mí, éramos las culpables de aquello. La gente se permitía mirarme con desprecio, como si supieran algo de mí. Yo, por mi parte, desde el momento en que acepté que me había equivocado, cuando los señores de Cosano me contaron que era posible embarazarse sin haber tenido síntomas de perder la virginidad, asumí aquello, me hice responsable, entendí que había metido la pata y me lo había buscado yo solita. Por una vez en mi vida, no podía culpar a nadie.

A lo hecho pecho –me dije– y no me avergoncé de mi estado por más que los demás se empeñaran en que bajara la cabeza. Y así, con la cabeza bien alta, me presenté en el colegio y recogí mis cosas. Al salir supe que ya no tendría las puertas abiertas allí, como siempre, y me sentí un poco más sola.

Ya metida en los siete meses decidí dar una vuelta por mi pueblo, para ver a quienes me habían criado. Digo mal, para joderlos un poco. Tenía otras cosas más prioritarias, como conseguir que mi hijo no se criara sin familia, como yo; pero no me había olvidado de ellos, ni de buscar a mi verdadera madre. De momento, esto último,

no estaba olvidado ni perdonado, sino aparcado. Me presenté en Almodóvar, muy temprano, dispuesta a que me viera todo el mundo. Sabía bien que, aquello, era lo peor que podía hacerles. Para ellos sería vergonzoso; para mí, la vergüenza era lo que ellos habían hecho conmigo y encima reclamaban justicia y respeto. Al verme en el umbral de su casa se quedaron mudos. Me preguntaron que cuándo me había casado y cómo ellos no se habían enterado. Me eché a reír.

–¿Por qué tenéis que enteraros? ¡Si no soy vuestra hija! No, no me he casado. Estoy soltera y soltera voy a tener a mi hijo. No se lo daré a nadie para que lo críe y me lo maltrate, como hicieron conmigo.

–¿Soltera? –dijo ella–. ¡Qué vergüenza! ¡Qué dirá la gente...!

–¿La gente? Eso es lo que quiero, lo que más me importa es que lo sepa todo el mundo. Me importaba mi reputación cuando me echásteis del pueblo como si fuera la más mala y más golfa del mundo. Y era sólo una niña. Tirásteis mi honra por los suelos y me separásteis de un muchacho que me quería. Ahora, ni la gente del pueblo ni vosotros tenéis ningún derecho a opinar de mí, porque no me habéis dado nada, salvo disgustos.

Cuando les dije todo lo que necesitaba soltar me sentí más feliz, más decidida a salir adelante con aquello. Iba a tener a mi hijo y, con todos los problemas y la soledad, me sentía feliz como pocas veces en mi vida. Con esa misma felicidad me fui a visitar a los pocos amigos que había dejado en mi pueblo y me volví a Córdoba.

VI. EL HOSPITAL

DE LA MADRE

Unos días antes de cumplir los ocho meses de embarazo, decidí que mi hijo no iba a nacer en Córdoba. Quería que fuera de Madrid. Se lo dije a Pastora. Como otras veces, como otras personas que me habían ayudado, ella no salía de su asombro, no podía explicarse cómo no era capaz de estar quieta en un sitio; yo tampoco. Otra vez me sentía la maleta del Fugitivo y no había forma humana de hacerme cambiar de idea. Y ahora, cuando había empezado a sentirme libre del Tutelar, me fui a pedirle ayuda para mi viaje. Al fin y al cabo se había ofrecido unos meses antes. Con los años lo he reconocido; estuvieron muy pendientes de mí, a pesar de la rebeldía y falta de madurez, a pesar de ser tan joven y tan difícil.

Supe que había residencias para madres solteras. Era lo que necesitaba. Así que les pedí que intercedieran, para poder irme a una de ellas, a media pensión.

–Quédate tranquila. Algo haremos –me dijeron.

Y como de costumbre lo hicieron. Me buscaron una plaza en Pozuelo de Alarcón, en la calle García Martín, 25. Allí me marché a últimos de febrero. Esa noche no viajé sola. Me pusieron un señor de acompañante. Vino conmigo hasta la misma residencia y les entregó una carta de recomendación. Al despedirnos me estrechó fuerte la mano, puso la otra en mi hombro y dijo:

–Niña, cuídate y cuando tengas al hijo pásate por Córdoba y nos lo enseñas, ¿vale?

Recuerdo aquellas palabras, textualmente, como la primera vez en que alguien me decía algo bonito, con cariño, de verdad. Me acerqué a él, le di dos besos y un “gracias” que me salió de lo más hondo del corazón.

–Pronto nos veremos, señor.

–Claro, niña. Seguro que sí.

Cuando se marchó, y miré hacia el fondo de la casa, tropecé de bruces con mi nueva realidad. Otra vez a vivir con monjas y con otras chicas, cada una de su padre y de su madre. A ver qué tal. De todas formas, ahora me sentía más segura; la experiencia debía servirme de algo y tenía la seguridad de tener poco por aprender de esos ambientes. ¡Dios mío, qué equivocada estaba!

Aparentemente todo era de lujo. La residencia se dividía en dos plantas. Abajo estaba la nuestra y arriba una de ancianos. Las primeras cuidábamos de los segundos, sobre todo las que estaban más avanzadas en el embarazo, no todas, claro, cosa que me llamó la atención. En un principio fueron las preguntas de tanteo clásicas: de dónde vienes, sabes quién es el padre, qué piensas hacer luego, si hay medios o no hay medios, etcétera.

Cada una de las chicas llevaba sus tragedias y sus miedos personales, y en medio estaba la Hermana Clara, responsable de todas. Tenía una cara muy dulce y era tremendamente agradable. Ni me gustó ni le gusté. Apenas habían transcurrido tres o cuatro días me abordó.

–Mari, ¿piensas trabajar? Verás, mi deber es recordarte que, de alguna manera, tendrías que pagar la estancia aquí. Sabes que, de momento, son mil quinientas pesetas mensuales y cuando nazca la criatura será el doble.

–Pues sí, claro que trabajaré. Pero cuidando a los de arriba no.

Primer encontronazo.

–¿Entonces?

–Había pensado contactar con mis antiguos señores, en Madrid...

Segundo encontronazo.

–¿Y?

–Y bajar todos los días a trabajar con ellos.

Ahí llegó el tercero. Pero no perdió la sonrisa ni los papeles.

–Es que eso no va a poder ser, porque te falta muy poco para dar a luz. No va a poder ser.

De momento me callé. Pensó que había ganado. Pero llamé a los señores de Cosano y fueron a hablar con ella. Asunto resuelto para mí y consiguiente mosqueo para la Hermana Clara.

Al día siguiente empecé a trabajar. Me levantaba todos los días laborables a las seis para coger el autobús y luego el metro. Así lo estuve haciendo durante un mes, tiempo suficiente como para darme cuenta de los tejemanejes de aquella residencia. Entre las madres y las embarazadas había clases; pero no como ahí afuera, no por nivel cultural, social o económico. Lo era por decisiones.

Aquello era una cantera de niños recién nacidos que venían de puta madre a las mujeres ricas que no servían. A las que decidían entregar a las criaturas se les daba un trato diferente; procuraban hacerlas trabajar menos y alimentarlas lo mejor posible, para que el "producto" saliera en las mejores condiciones. Recuerdo a una muchacha, guapísima, muy joven; debía ser india o mora. Había tenido una niña tan preciosa como ella y a mí, que estaba ya a punto de dar a luz y andaba especialmente sensible, se me abrían las carnes con la criatura. Una mañana, al entrar en su habitación, le estaba poniendo un vestido amarillo. Estaba para comérsela, tendida encima de la cama. Empecé a piropearla y, como la chiquilla era tan simpática, se tronchaba de la risa. De pronto vi cómo la madre sacaba un bolso del armario y empezaba a guardar toda su ropita. No me dio tiempo a preguntarle qué estaba haciendo. Entró la monja y preguntó:

–¿Qué? ¿Está lista?

Me puse como una fiera.

–¿La vas a dar? ¿Vas a tener valor de abandonarla? Hermana, no lo consienta.

Por la mirada que le echó la madre supe que la monja no sólo iba a consentirlo, sino que había tenido mucho que ver en aquella decisión.

–Hermana, por el amor de Dios. ¿Usted sabe lo desgraciada que puede llegar a ser esta niña? ¿Y si no la quieren? Niña, no la des que "donde no hay sangre no hay morcilla".

Nadie me respondió. La madre la besó, la monja la tomó en brazos, cogió el bolso y cerró la puerta tras de sí. Me puse a despotricar como una fiera. A la muchacha se le humedecieron los ojos. Se sentó en la cama, con los brazos extendidos y lacios, las manos juntas entre las rodillas. No quise darle más caña y me quedé callada, frente a ella, mirándola. Pensé en mi madre, ¿sería posible que ella se hubiese sentido también así? Hubiera querido pensar que esa desgracia era sólo de las mujeres pobres. Pero no. También conocí allí a señoritas de postín que soltaban a los hijos, como quien suelta un costal de bellotas, y luego a presumir de vírgenes, que hasta los hímenes se recomponen en habiendo dinero. De pronto, la muchacha corrió hacia una ventana y yo detrás. Descorrió el visillo. Vimos un coche negro, grande, brillante e impresionante, con chofer de uniforme y todo. Metió el bolso en el maletero y abrió la puerta a una muchacha con un uniforme negro, guantes, puñetas y delantal blanco. Del interior del coche salieron unos brazos femeninos y la criada dejó caer a la niña en ellos. Eran los de la señora, a quien no le vimos la cara.

Después de aquello entendí muchas de las cosas que pasaban allí. A veces me despertaba sobresaltada. Soñaba que me quedaba dormida en el parto y, al despertarme, no estaba el niño; otras me daba por pensar si sería verdad que, en algunos hospitales, les robaban los niños a las madres pobres para dárselos a los ricos, diciéndoles que se habían muerto. En el pueblo se comentaba mucho, e incluso que, si preguntaban por ellos, le sacaban un lío de ropa u otro niño, muerto y más frío que un témpano, que si se les ocurría besarlo daba no sé qué. Me consolaba pensando que esas cosas se decían de después de la guerra; pero también lo de las "pelás" eran cosas de entonces y seguían haciéndolo en el Buen Pastor.

Decidí quedarme a dormir en casa de los señores, aunque seguí pagando la residencia. Yo estaría más tranquila y ellos también,

porque no se fiaban de que, con tanto trajín, me pusiera de parto en el camino cualquier día; y porque, además, me sentía muy sola y si a matrimonios como Dios manda les hacían esas "jangás"... ¿qué podría pasarme a mí?

El 27 de abril de 1976, al año de conocer a su padre, nació mi hija en un hospital conocido como de La Madre; tenía un nombre oficial, no lo recuerdo; sí sé que era el sitio en dónde iban a parir las mujeres sin "marío", las madres solteras, como yo, como mi propia madre, tal vez. Ese día fui la mujer más feliz del mundo. Hubiera querido tener un varón. Siempre pensaba en un niño, porque ellos lo tienen más fácil y me daba miedo que, al ser niña, pasara por las cosas que había tenido que pasar yo. Pero cuando la vi no me importó nada. Sólo pensé en que teníamos que salir adelante –por primera vez éramos dos en mi vida–, que aquella criatura era mía, sólo mía y dependía sólo de mí. Cuando la vi lloré mucho; primero de emoción y de ternura, por ella y por mí; y al final de pena.

El mismo día que parí, por la noche, tuve también una ventolera y, llena de rabia, llamé a Antonio para decirle que era padre de una niña.

–Que sepas que ya me ha llegado la hora. Así que... prepárate.

Y le colgué sin darle tiempo a contestar.

La niña, como tantas veces en estos casos, era una fotocopia de su padre y pensé: «Es verdad que Dios es muy justo y no se queda con "ná" de nadie». Quería pensar que sería una victoria cuando la viera su padre, tan igual a él. Sin embargo, nadie puede imaginarse cuánta rabia, cuánto dolor, cuánta soledad sentía; allí, con mi hija en los brazos, sin que nadie, salvo los señores de Cosano, fueran a vernos. A ellos, que tanto me estaban ayudando, les propuse ser los padrinos. María Eugenia se bautizó en el mismo hospital sin más compañía que el cura, los padrinos, un matrimonio amigo de los señores y su madre. Me costó un berrinche con las monjas, que acostumbraban a celebrar una fiesta, como si estuviéramos en el palacio del Pardo y fuéramos marquesas. No me dio la gana.

A mi niña le puse María Eugenia Jiménez Luque, hija de madre soltera y donde había que poner el nombre del padre puse Antonio.

También con ese detalle tuve que pasar mi “entripao” en el Registro Civil.

–¿Está segura de que el padre se llama Antonio?

Y yo, como era tan borde, contesté:

–Yo sé con quién me he acostado. ¿Y usted?

¡Bendito sea Dios! ¡La que se armó! Salí por pies, no sin antes escuchar algunas palabras mal sonantes, como si la indiscreta e irrespetuosa hubiera sido yo. ¡Había cada sieso por ahí...!

Volví a la residencia. No tenía más remedio que presentarle la niña a las monjas e incorporarme a mi vida laboral; bajar diariamente a Madrid, mientras mi María Eugenia se quedaba en la guardería del centro, salvo los fines de semana en que nos íbamos con los señores. Estaban como locos con ella. Nunca agradeceré lo bastante lo queridas que fuimos en aquella casa.

Todo iba aparentemente bien. Pero yo sólo pensaba en poder pasar la cuarentena cuanto antes, para poder viajar a Córdoba. Sin embargo, la señora insistía en que esperase.

–Cuando yo me vaya de vacaciones, coges tú las tuyas también.

No me gustaba la idea de esperar tanto. Pero ahora, con la niña detrás, no podía imponer mi voluntad como otras veces y accedí, de mala gana y porque no me quedó otra.

A mediados de julio cogí el camino, para instalarme en casa de los señores de Hoces. Debo reconocerlo; tenía mucha suerte. Viajara donde viajara siempre tenía una casa disponible en donde quedarme. Antes había llamado al padre de mi hija.

–Mañana quiero verte en la estación, cuando llegue. Procura estar allí porque me planto en tu casa con la niña. Así que tú verás.

Cuando llegué a Córdoba no estaba esperándome. No me sorprendió conociendo su cobardía. Me dio igual. Yo tenía mis planes y nadie iba a cambiarlos. Llegué a casa de doña Pastora y don Rafael y, después de la alegría de volver a vernos y sus cariños para con mi

hija, les conté mi intención de ir a ver a los abuelos y al padre. Pensaron que estaba loca, que corría el riesgo de que no me recibieran. Eran sensatos, me aconsejaban bien; pero como yo no hacía caso de nadie, aquella tarde arreglé a mi niña, la coloqué en el portabebés y me planté en casa de sus padres. Allí, se me ocurrió de pronto ponerla en la puerta y esconderme. Fue mi suegra quién abrió. Se puso blanca como la pared.

–¡Por Dios! ¿Esto qué es? ¡Jesús! ¿Qué es esto?

Salí de mi escondite. Nos miramos un instante.

–¿Qué? –dije–. ¿No va a besar a su nieta? Porque es su nieta.

–Por supuesto que sí –y la besó. –¿Está su hijo? –No, no está. Pero pasa. –No, gracias. Dígale a su hijo que vaya adonde vivo –él lo sabe– porque tenemos que hablar. Si no va, esta misma noche me presento en su trabajo. Él verá lo que hace.

–Espera, Mari. Tengo que darte la razón. La niña es igual que mi hijo. Pero "para saber, Dios".

Levanté aún más la cara y me fui con una sonrisa de oreja a oreja. El primer asalto lo había ganado. Estaba a punto de coger un taxi, cuando me alcanzó un hermano de Antonio. Pensé que venía a ver a mi niña. Nada más lejos de su intención. Me puso como un ropón, e incluso, se atrevió a decirme que no se me ocurriera acercarme a su hermano. Su tono, verdaderamente amenazante, no me amilanó y como le planté cara casi me pega. Aún así, tuve fuerzas para decir las últimas palabra entre los dos:

–Ahora soy yo quien tiene la sartén por el mango. Y si él no quiere no me verá, pero yo no dejaré de darle la lata hasta que lo consiga.

Aquella misma noche cogí a mi niña y me presenté en el trabajo de Antonio, que era panadero. Había un par de compañeros echando un cigarro a las puertas del horno. Noté cierto nerviosismo entre ellos, como si estuvieran ya al tanto de lo que había. Pero me saludaron con educación y se interesaron por la niña. Al verla empezaron a llamar al padre a voces, desde afuera. Pusieron el portabebés en el capó de un coche, mirando hacia la entrada de la

panadería.

–Anda, Antonio, sal. Verás qué cosa más bonita de niña.

Él no quería aparecer. Al final lo hizo, quizá porque entendió que no tenía otra. No pudo mirarme a la cara. A la niña sí, se le clavaron los ojos en ella mientras sus compañeros, mucho más mayores que él, le reprochaban o seguían bromeando:

–El que decía que no era suya –decían. Te has "pasao" tres pueblos...

Cogí la niña del capó y le dije que quería verlo al día siguiente, por la mañana, que teníamos que hablar. Pero en lugar de ir él, me mandó a su amigo del alma. Llegó lo mismo, como siempre, en plan salvavidas, en plan matón y mirando desde arriba, como si estuviera por encima del bien y del mal.

–Me han dicho que tienes una niña muy bonita. ¿Me la enseñas?

Saqué a la chiquilla y sabía que aquello serían problemas para mí y, de momento, un berrinche.

–Vaya –dijo–, de madres guapas, hijas guapas, ¿no?

–No, perdón. De padre feo, hija guapa.

No quería perder mucho tiempo en protocolos y fue directamente al grano.

–Mari, ¿por qué haces lo que estás haciendo? Molestar así a una familia y ponerlos nerviosos...

–Eso, ¿a qué viene? A no ser que tú sigas manteniendo que puedes ser el padre de esta niña.

Sabía que aquello le hacía daño. Estaba por encima de todo el mundo y no le era agradable recordar que una mujer lo había rechazado. Él sí, él podía ofender y jactarse de haberme despreciado, incluso convencer a Antonio de lo contrario, convirtiéndose en el mayor culpable de lo que tuve que pasar. Todo por una cuestión de orgullo mal entendido. ¿Cómo iba a permitir

que su amigo lograra lo que él no pudo? Ese, el tonto el haba de su amigo, lo habría mandado a verme. Vaya dos patas “pa” un banco.

Ya no hacía nada en Córdoba. En cuanto pude llamar a Antonio lo puse como un ropón y me marché a Madrid. Seguía de vacaciones y sólo iba a mantener limpia la casa de los Cosano, que permanecía cerrada hasta el invierno. Tenía poco trabajo y muchos deseos de que a mi hija no le faltara de nada.

Busqué una casa por horas, cerca de Pozuelo, en Caravaca de la Cruz, y así me planté casi en septiembre. En esas fechas, de forma inesperada, recibí la visita del padre de mi hija. Me sorprendió verle allí, y mucho más saber que había venido a ver a su hija y estaba decidido a venirse a vivir a Madrid. Ni podía creerlo ni me lo creí, naturalmente. Pensé que estaba pasando algo y yo me lo estaba perdiendo, pero desde luego la versión de Antonio no era la original. ¿De dónde sacaba ese interés por una criatura que, aunque fuera su hija, había cumplido cuatro meses sin saber nada de su padre? Hablamos durante mucho tiempo y, al final, me confesó su intención de reconocer a la niña.

–Bueno, vale –contesté–. ¿Y yo? ¿Tú te piensas casar conmigo?

–Sí, claro. Pero cuando tenga un trabajo en Madrid. De momento, mañana nos vemos en los juzgados de Atocha, para registrar a la niña.

–¿Dónde vas a dormir esta noche?

–Estaré en una pensión hasta que encontremos algo.

Se supone que debía estar dando saltos de contenta y, sin embargo, no fue así. Algo en mi interior me decía que había gato encerrado y no tardé mucho en comprobarlo.

Antonio me esperaba en la puerta del Registro. Era temprano todavía. Me invitó a desayunar, y cuál no sería mi sorpresa al descubrir que no había venido solo; su amigo del alma nos esperaba en el bar.

–Aquí está pasando algo –dije– y quiero saberlo ya o cojo el petate y

me largo.

Al principio me tacharon de mal pensada pero, ya metidos en harina, se descubrió el pastel. Le habían comido la cabeza a Antonio para reconocer a la niña, primero, y poder reclamarla luego, ya que, según su opinión, yo no podía mantenerla ni tenerla siempre de un lado para otro. Me iba indignando por momentos. Sobre todo porque me estaba juzgando como a una imbécil, incapaz de darse cuenta de lo que estaban tramando. Con las mejores palabras del mundo, insistían los dos, atropellándose uno a otro:

–Si quieres, pues nos llevamos a la niña con los abuelos...

–Hoy mismo, si quieres. Luego, cuando puedas vas a por ella...

–Sí, claro, cuando quieras. Así estás más tranquila.

–Eso si quieres, por supuesto...

Yo me iba encendiendo por momentos. Sintiendo que no fueran un par de mujeres para pegarme con ellos, a la vez. Sobre todo por el padre de mi hija, que no tenía ni idea del "fregao" en que lo estaban metiendo.

–Mira, Antonio. A mí no se me engaña, porque tengo más tablas que tú de aquí a Lima. Así que coge el caminito y da la vuelta por dónde has "venío". ¡Hala! ¡Con tu madre!

No pensaba despegar más los labios. Ellos sí se despacharon a gusto, sobre todo el amigo del alma. Harta de escuchar que podían quitármela cuando quisieran, que si esto o lo de más allá, me puse de pie, los miré y les pregunté:

–¿Es posible que haya gente tan cortita en este mundo?

Me marché dando gracias a Dios porque no se me ocurrió llevar a la niña conmigo. A punto estuve, para que su padre disfrutara un poco de ella.

María Eugenia había cumplido seis meses, la residencia había subido mucho, la señora Cosano pasaba por una mala racha, no podía pagarme más y yo seguía pasándolo fatal cada vez que veía

salir un recién nacido por las puertas de aquella casa, con la complicidad de las monjas, que las tenían entre algodones, mejor miradas que ningunas, cebándolas y dejándolas reposar, para que las criaturas salieran a gusto del cliente. Cada vez que había una entrega de niños me ponía enferma. Sobre todo cuando las madres eran las típicas que se iban de rositas, como si no hubiera pasado nada. Aquello me provocaba grandes peleas con las monjas. Ellas eran las primeras que, cuando nos veían llegar, lo primero que preguntaban era qué pensabas hacer con la criatura cuando naciera. Si pensabas darla todo era más sencillo; si no empezaba el continuo comedero de cabeza a la madre: que si muy joven, que si no estás preparada, que si pitos y que si flautas.

En realidad, mi problema era mi propia historia. Aprendí a respetar a todo el mundo y que cada cual es dueño de hacer su vida como le venga en gana. Pero, al mismo tiempo, estaban también mis orígenes. Hubiera cogido a todos los chiquillos para mí. Aquello me producía una pena grandísima. Era como tener delante, un día sí y otro también, la imagen de mi propio abandono en la casa cuna de Puerta Nueva.

VII. HIJAS DE NADIE

Decidí que debía volver a Córdoba. La casa de doña Pastora y don Rafael estaba abierta, como siempre, y yo la sentía como mi propia casa. Volví para trabajar como antes. Y mi hija conmigo. Mientras hacía las faenas de la casa la propia señora cuidaba de la niña, sin olvidar que ella tenía la suya, nueve meses mayor. Yo estaba encantada. Tenía mi cuarto, una cuna, que ellos mismos me regalaron, y un ratito, todos los días, para salir con mi hija. Sentía que, por fin, había encontrado la tranquilidad que nunca tuve.

Llevaba un mes y medio así, cuando me encontré con la madre de Antonio. No supo qué hacer.

–Señora –dije–, acérquese, que tengo aquí a la niña.

Ella, al verla, se puso a llorar. Luego, cuando recuperó un poco el ánimo, preguntó:

–¿Yo podría venir a verla algún día?

–Sí señora, sí. Pero usted sola. No quiero que nadie más de su familia, incluido el padre, se acerque a la niña.

A partir de entonces, iba a verla casi todos los días, a la misma hora. Hasta que lo supo el hijo. Cuando le pedí explicaciones, me confesó que en su casa empezaban a extrañarse de tantas salidas y tuvo que decirlo. Así fue como Antonio empezó a ver a la niña de vez en cuando. Nunca me dio un duro para ella. Nunca. Recuerdo que en una ocasión entramos en la farmacia a comprar una lata de leche materna y crema para el culito. Se gastó mil pesetas. Eso fue todo. A veces tenía que llevar a la niña al médico. Solía llevarla a un amigo de mis señores, a don Ramón Cañete. Iba de pago, pero a veces no tenía dinero y tenía que esperar. Tampoco en esas situaciones se rascaba el bolsillo. De pronto caí en la cuenta. La familia de Antonio se estaba acostumbrando a esa situación. Podían

ver a la niña cuando les daba la gana, ¡qué cómodo! Decidí cortarles el rollo. Esperé que pasaran las Navidades y los Reyes. Su abuela le echó reyes a mi niña; él no. Yo le compré unos pendientes y una medalla. Un día, me encontré con su amigo del alma y me preguntó –más que preguntar lo dio por hecho– si los pendientes de la niña eran un regalo del padre. Llegué a casa encendida. Le dije a Pastora que me iba otra vez.

–No hay quien pueda contigo –contestó la señora resignada–. A ver, ¿dónde vas esta vez?

–A Valencia. Me han dicho que allí hay una casa para madres solteras. Pero tengo que darle un encargo, Pastora. Le voy a dar una dirección para que se la haga llegar al platero, al que le compré la medalla y los pendientes de la niña. Le dice usted que cobre allí los recibos de las tres mil pesetas que faltan por pagar. Todos juntos.

–Pero, ¿y eso?

–Aquí nadie se apunta medallas a costa mía, señora. ¿Quiere presumir de regalar? Pues que lo pague.

Sentía una satisfacción malévola imaginándome la cara que pondría cuando llegara el cobrador, y yo para entonces lejos de Córdoba. Ya había hablado con la directora de Valencia. En unos días tuve preparado el viaje. Salí el 9 de febrero de 1977 y tardé doce horas en llegar. Fue muy largo y muy penoso. Ya no viajaba con mi vieja maleta de rayas. Me había comprado otra más grande, pero llevaba también a mi niña y esa cantidad de bártulos que necesitan los chiquillos. Era una barbaridad seguir como la maleta del Fugitivo, con una criatura en el mundo.

Llegué, por fin, a la residencia. Era una casa inmensa en la calle José Antonio de Godella, 85. Decían que en otro tiempo había sido cárcel de mujeres o de prostitutas. La mayoría de las muchachas habían conocido otros colegios. Algunas estaban embarazadas, otras tenían ya los niños con ellas. La directora me agradó mucho. También eran monjas, pero seglares y muy modernas, hasta fumaban y todo. Me exigían el quince por ciento de lo que ganaba. Eran mejores condiciones que en Madrid y además –me anunciaron nada más entrar– había llegado en tiempos de Fallas, conocería algo

bonito y en verdad lo son.

No me dio tiempo a ver mucho. Enseguida me coloqué en una casa. Pero antes de nada, acordé con la señora que si ganaba cinco tenía que decir que eran tres, porque debía empezar a ahorrar.

A los pocos días de estar allí me llamó Pastora poniéndome al tanto. El padre de mi hija llegó hecho una fiera cuando le reclamaron el dinero del platero; y saber que me había ido fue el acabóse.

Yo había decidido que tenía que empezar a vivir la vida. Volver a recuperar la felicidad, esta vez, lejos de Córdoba. Debía cerrar el capítulo de mi vida que se había abierto cuando conocí a Antonio y me quedé embarazada. En la residencia la mayoría trabajábamos. Yo lo hacía sólo por las mañanas. Por las tardes estaba pendiente de mi niña y los sábados salíamos todas, después de dejar a los niños durmiendo al cuidado de las monjas.

Cuando María Eugenia cumplió su primer añito las monjas le hicieron una tarta y tuvo una fiesta muy grande, con muchos regalos. Pero, claro, le faltaba lo principal, a mi modo de ver: su padre.

En verano, cogí las vacaciones y volví a Córdoba. Eran los primeros días de julio. La niña había cumplido ya quince meses. Estaba preciosa. Llamé a su padre por si quería verla. Esta vez no me falló. Pasaba casi todo el día allí. No esperaba verla tan grande, andando. Se le caía la baba.

Por primera vez no me quedé en casa de la señora Pastora, sino en una pensión de la calle Morería. Quería estar sola con mi hija, sin tener que darle explicaciones a nadie, si salía o entraba. Además, en mi cabeza estaba clara una resolución. Había venido a arreglar las cosas definitivamente. O el padre se portaba como un padre o me ponía a hacer la vida con otra persona que, por cierto, ya había conocido en Valencia. Se llamaba Víctor y era un chaval estupendo. Sólo tenía una pega, que era viajante y se pasaba toda la semana fuera. Los sábados y domingos los dedicaba íntegros a la niña y a mí. No hubo un sitio en Valencia que no conociéramos en aquellos días. Íbamos a la playa o a comer por ahí y él siempre pendiente de la niña, de que no nos faltara nada a ninguna de las dos. Y eso que

le había dicho desde el principio que, si no me casaba con el padre de mi hija, no me casaría con nadie. Le resultaba difícil de entender, después de cómo se había volcado con la chiquilla y conmigo, sin verme nunca a solas y sin ninguna esperanza. Tenía razón. Yo era así de difícil. Decidimos que yo viajaría a Córdoba, a darle la última oportunidad a Antonio y dependiendo de lo que pasara se decidiría el futuro entre él y yo. Era tan buena gente que, en uno de los viajes que hizo aquí, vino a conocer a Antonio y le dijo que pensara bien lo que hacía, porque no iba a permitir que me siguiera haciendo daño, que él me quería y estaba dispuesto a reconocer a María Eugenia. De todo esto no me enteré hasta mucho después.

Pasé diez días en la pensión de la calle Morería. Entre Antonio y yo la relación no fue más allá de sus visitas a la niña. No quería rollos de cama, ni con él ni con nadie. Después de lo que había pasado, que fue llegar y besar el santo, cualquiera se fiaba de acercarse a un tío. Las cosas fueron tan bien que llegué a pensar que todo se estaba arreglando. Sólo había un inconveniente: el miedo de Antonio a su familia. No lo entendía. Había cumplido veintitrés años y lo mismo que tenía edad para trabajar y para haber traído a una criatura al mundo, debería tenerla para enfrentarse a ellos y decirle que quería casarse y formar su propia familia. Al final, cuando había previsto volver a Valencia, se presentó en la pensión y me dijo:

–Mañana empezamos a averiguar los papeles para casarnos.

–¿Estás seguro?

–Más que nunca.

Quedamos en vernos al día siguiente para arreglar el papeleo. Esa misma mañana, a las siete, me fui para Valencia, sin darle explicaciones a nadie. Fue una chulería de las mías, lo confieso. Quería saber hasta dónde estaba dispuesto a llegar por nosotras y me lo jugué todo a una sola carta.

Antonio me buscó en la pensión, en casa de Pastora –que seguía siendo mi cómplice–. Iba como loco. Llegó incluso a llamarla alcahueta y se pasó el día telefoneando a las monjas, a Valencia. Nadie sabía nada.

Cuando llegué allí me calentaron la cabeza: que si no podía jugar así con un hombre, que si esto o lo otro. Yo pensaba en lo que había prometido hacía tiempo: quien ríe el último ríe mejor. Me estaba riendo por todo lo que había llorado, por lo que Antonio me hizo pasar, por el estigma de madre soltera que había llevado colgado en la espalda, por los muchos momentos de mi vida en que me vi con la soga al cuello, por la veces que hube de acudir a Cáritas para vestirme, o tuve que vender mi propia ropa, o empeñar los cuatro anillos que tenía para comprar medicinas o comida para la hija. No siempre tuve ayuda, ni siquiera cuando estaba en las residencias de madres solteras. Allí también se pagaba por estar. A veces llegué a pesar cuarenta y cuatro kilos. No porque fuera mi constitución, sino porque estaba tan obsesionada con darle a mi hija lo que yo no había tenido, y la sentía tan sola en el mundo, que me olvidaba de comer.

Ahora me reía, sí, a carcajadas, como una loca. Me reía por todo eso y porque no me parecía mal fastidiarle un poco la vida a alguien que no tuvo riles para afrontar su responsabilidad. Estaba recogiendo la cosecha, haciendo realidad mi sueño de que pagara precisamente él, el culpable. Nada más llegar a Valencia, me llamó. Dijo que en una semana estaría allí, a recogernos. Estaba inquieto, pero suave.

–No deshagas las maletas, que te vienes.

–¿Lo sabe tu familia?

–No. Pero eso no importa.

Otra vez mentía. Estaba segura. Me equivoqué. El 27 de julio se presentó a hablar con las monjas. Ellas le dijeron que era cosa mía, que era yo la única que podía tomar la decisión. Y decidí volverme con él. Todavía en el coche, le pregunté:

–¿Has pensado adónde iremos cuando lleguemos?

–Claro, de momento, a una pensión, los tres. Hasta que arreglemos los papeles.

–De eso nada. Yo contigo no me voy a una pensión sin estar

casados.

–¿Y eso? ¿A qué viene?

–Mira, muchacho. Parece mentira que pienses que voy a caer en tu trampa otra vez. Eso fue una y no más, Santo Tomás. Mira por dónde me salió la cosa. Así que coge tu caminito y a dormir con tu madre. Y, de paso, le llevas a la niña, que la bañe y le dé de comer y se quede con ella mientras arreglamos todo. Yo sí me voy a una pensión. Pero sola.

–¿Pero? ¿Tú estás loca? Mis padres no saben nada de esto.

–Pues ya es hora de que se enteren, digo yo.

Tiró para la barriada de la Fuensanta. Cuando estábamos bajándonos del coche, con los bártulos y la niña, se presentó uno de sus hermanos.

–Antonio, ¿y esa niña?

–Es la de la Mari –dijo apenas en un susurro.

El hombre la tomó en brazos y le dijo:

–Yo soy tu tío Pepín. Anda, vamos a ver a la abuela.

A mí no me dijo ni por ahí te pudras, pero no me importó porque a mi hija la había tratado con cariño y eso era lo único importante para mí. Me quedé tranquila. Por primera vez estaba rodeada de familia, de gente de su sangre que podría quererla de verdad.

Había sido yo quien la puso en manos de sus abuelos, después de haber montado en cólera al lado de los juzgados de Madrid. Esta vez era distinto. La decisión era mía. Nadie me lo había propuesto, y menos por boca de un amigo y después de ponerle los apellidos del padre. María Eugenia seguía teniendo los míos. Estaba preciosa. Y acostumbrada a tratar con mucha gente desde que nació, no extrañaba a nadie. La “joía” niña se echó al bolsillo a toda la familia. Allí se quedó, mientras su padre y yo andábamos entre la iglesia y los juzgados, arreglando una boda que, sinceramente, no tenía tan clara como mis sentimientos. Al tercer día, me di de cara

con mi suegro. Me invitó a subir a su casa, a comer. Según él, teníamos que hablar.

–Usted y yo lo tenemos todo hablado. Si acaso, hable con su hijo.

Al final, subí. Allí estaba mi hija, encantada de la vida, llamando a su abuela María Pilar con la lengua de trapo. Entonces entendí que no tenía derecho de privar a mi niña de aquello, del cariño de su propia familia y, sobre todo, de una vida tranquila, sin viajes y sin cuarenta casas, cuarenta pueblos, cuarenta tierras y ninguna.

Aquello fue lo que me hizo sentar la cabeza. Fue esa criatura llamando a su abuela María Pilar; eso fue lo que me hizo casarme. Yo, en el fondo de mi alma, no me quería casar. Me había acostumbrado a estar sola, a vivir como me daba la gana. Y reconozco que no me casé enamorada, a ver, ¿a qué voy a negarlo? si no sentía nada por él; si acaso, resentimiento, y mucho, por todo el daño que me había hecho él y su familia.

Todas esas cosas pensaba cuando, aguantando el sol de justicia de Córdoba en verano, andábamos Antonio y yo, de arriba para abajo, arreglando papeles. El día estaba cada vez más cerca y yo, que no miro “pá tras” ni “pá” tomar impulso, me dije: «¡Hala! A casarse y que sea lo que Dios quiera». Y me casé, un 2 de agosto de 1977, en la iglesia de la Fuensanta. Mi suegra se encargó de ponernos un pequeño banquete. Pasamos tres años, un mes y dieciocho días viviendo en su casa. Uno por uno los tengo contados, con sus noches y sus días. ¡Como para olvidarse de ellos!

Fueron tiempos muy difíciles. Entre la poca gente que tenía a mi favor y, mi “marío” que seguía como si estuviera soltero, no había quien lo soportara. Yo no trabajaba fuera y Antonio se guardaba el sueldo entero para sus salidas y sus cosas, salvo una cantidad que le daba todas las semanas a su madre para la comida. Yo no entraba en el reparto y cuando necesitaba algo, para la niña o para mí, tenía que pedírselo. Eso de poner la mano, una mujer acostumbrada a ponerla sólo para coger su sueldo, era humillante. Cada vez que tenía que hacerlo era un palo a mi orgullo. Y él, según estuviera de carácter me lo daba o no. Lo pasé realmente mal, porque sabía que podía ganarlo, pero no me habría consentido ponerme a trabajar. Teníamos muchas broncas y de vez en cuando se escapaba alguna

“guantá”. Entonces, en lugar de encontrar apoyo ante aquella salvajada, tenía que apuntar ciertas sugerencias a Antonio, en el sentido de que me partiera la boca de gordo. Contra el machismo que padecíamos las mujeres de aquella casa, sólo se les ocurrían ideas así de brillantes. Mi suegra, de quien guardo un grato recuerdo, no podía decir nada. No había ley de divorcio; yo tenía las de perder y, sobre todo, la misma cabeza cuadrada de siempre. El día que me casé fueron muchos los que apostaron porque aquel matrimonio no duraría más de un año. Tenía que aguantar como fuera y aguanté, no se iban a salir con la suya.

En 1978 nació mi segunda hija y en plena cuarentena tuvimos la primera bronca. Entendí que a él sólo le importaban las niñas. No era la primera vez que me hacía saber que, si no estaba a gusto, podía irme; pero las niñas se quedaban en su casa. Se había equivocado otra vez conmigo. Estaba visto, no se enteraría nunca. Qué poco me conocía.

Desde ese momento empecé a buscar un piso de alquiler. Tardé dos años en dar con él, en la otra punta de Córdoba, en el Sector Sur. Él no quería marcharse de casa de sus papás, pero se lo dejé bien clarito:

–O te quedas o te vienes. Yo me voy con las niñas.

Aceptó a regañadientes y con la condición de buscar algo cerca de su familia. Pensaba que lejos de la influencia familiar sería otra cosa. Nada de eso. Después de ocho meses me volví a vivir al bloque de al lado de los padres. Al estar solos parece que las broncas fueron a menos. Sólo parecía. En realidad era que yo empezaba a cogerle el tranquillo. Ya no le plantaba cara cuando se ponía bravo; luego cuando se le pasaban las ganas y se venía abajo, ahí sí lo esperaba. Esa era la mía. Así pasó una y otra vez.

Creo que Antonio se dio cuenta de todo el rencor que guardaba contra él y empezó a temerme. Sin embargo, no dejó sus avenates hasta aquel día en que, de verdad, le enseñé los dientes y se acabó. Estábamos en nuestro cuarto. Fue a darme una patada. Lo volteé con tanto genio que traspuso al otro lado de la cama. Desde ese día no se atrevió a tocarme. El carácter también le fue cambiando, en la medida que fue cambiando su relación con el alcohol y la influencia

de su familia.

El 26 de mayo de 1982 nació mi tercer hijo, un niño que me volvió loca de alegría. Cumplía la ilusión del varón y ya no quise tener más. Me dediqué a cuidar de ellos y, día a día, a ganarme el respeto de toda la familia. A él le fui inculcando, poco a poco, que, aunque no nos hubiéramos casado enamorados, teníamos que aprender a ver las cosas buenas de ambos. Aprendimos a querernos de otra forma. Llevamos veintinueve años de casados. Cuando cumplimos los veinticinco volvimos a casarnos. Nuestros hijos fueron los testigos. En el brindis pude decir que lo sentía por aquellos que habían pasado tanto tiempo esperando nuestra separación, viendo pasar los años sin que llegara. En realidad nos hicieron un favor. Porque aguanté y, al final, acabé queriendo a Antonio y él, a su manera, también a mí. Ahora el discurso ha cambiado. Todavía tengo que escuchar de vez en cuando, en boca de algún miembro de su familia, qué le habré dado a mi marido para que me tenga en los altares. Él se conforma con decir que en mi casa mando yo. No creo que sea así. He sustituido a su gente. Sigue siendo como antes. No es capaz de resolver. Todo me lo deja a mí, sea cual sea el problema.

VIII. EL LIBRO

DE LAS PARTURIENTAS

En 1990, después de estabilizarme, volvieron los deseos de saber sobre mí. La búsqueda de mi madre; aquello que no perdoné ni olvidé, sino que dejé aparcado, cuando hube de ocuparme de su nieta. Decidí que tenía que ponerme a ello en firme, aunque no tuviera muy claro por dónde empezar. Tenía que saber de dónde había venido, cuáles eran mis orígenes. Empecé por escribir a un programa que estaba de moda, de Paco Lobatón, en el que se localizaban a personas desaparecidas. Se emitía en la primera con el nombre "¿Quién sabe dónde?". Le conté que quería saber quién era mi madre. Contestaron que no podían ayudarme, porque no había una foto de ella y ni siquiera sabía su nombre. Aquel fue mi primer fracaso.

Pasaron varias temporadas y apareció otro programa, ahora se llamaba "Derecho a saber". También escribí. En esa ocasión la respuesta fue más esperanzadora. Me pedían, sobre todo, paciencia y que le enviara todos los datos de mi nacimiento. Aquella carta fue fundamental. Me veía encontrando a mi madre y no se me escapaba un programa. En uno de ellos escuché a Lobatón decir que se había creado una asociación de ayuda a personas en mis circunstancias y, puesto que el programa estaba ya cumpliendo parte de la función, se llamaría también "Derecho a saber". Me quedé un tanto descolocada, porque ni me gustaban las asociaciones ni tenía mucha confianza en ellas. Aún así, escribí; les di mi historial y me dieron el número noventa y cinco de socio. Luego hubo una asamblea en Madrid. Allí se presentó con toda la parafernalia del mundo y estuve yo; también el propio Lobatón y muchas cámaras, una cantante y un montón de socios. En fin, que aquello prometía apoyos de todo tipo. Nos iban a ayudar mucho, para reclamar derechos y, verdaderamente, hubo quien encontró a su familia. La sensación que me quedó es que era verdad; aunque todos los

derechos del mundo y todas las puertas abiertas eran más bien para las delegadas y las presidentas de cada provincia; contaban con todas las facilidades para poder averiguar lo suyo, y cuando lo iban arreglando se marchaban. A los de abajo, como siempre, nos dieron morcilla. A pesar de todo, yo seguía mandando cartas y ellas mandándome su revista, para que viera la de cosas que hacían con mi cuota, que para eso son las revistas de las asociaciones. Un día me encontré al par de dos en Crónicas Marcianas, y es que no había programa en donde no estuvieran. Yo me fijaba mucho en aquello y se me ocurrió que si ellas iban en nombre nuestro aquí y allí, ¿por qué no podía ir yo en el mío propio? Así era más directo, pensaba yo. De manera que un día llamé a la asociación y les dije que estaba dispuesta a ir a cualquier programa, sola o con ellas, que me recomendaran. Puse mucha confianza; ellas menos. Debieron pensar que, si me dejaban, era capaz de tirar de la manta. Poco iba a tirar yo de nada, porque poco sabía; salvo que cada Navidad me mandaban una felicitación; de vez en cuando su revista y cada año a pagar la cuota. A menos que dijera públicamente la suerte que tenían todas las que estaban arriba, al ir encontrando a su familia una a una.

Un día, sin saber por dónde venía, me llamaron de un programa de televisión y me preguntaron si quería contar mi historia. El 6 de junio de 1998 fui al programa de Ana García Lozano, en Tele 5. Conté todo lo que sabía, pero no hubo respuesta. Después vinieron otros, con Ana Rosa Quintana en Antena 3 o Irma Soriano en Canal Sur. Iba con la esperanza de hallar alguna respuesta; sin mucha suerte, pero con mucha esperanza. A medida que pasaban los días, la idea de encontrar a mi madre me iba comiendo por dentro. A veces me preguntaba si sería tan difícil lo que quería; las más, me decía, que, si había sido capaz de luchar toda mi vida para salir adelante, sería capaz de dar con quién me trajo al mundo.

Cada noche, cada día, pensaba en ella. Era como si, al tener resueltos otros problemas, volviera a recordar cuántas veces, a lo largo de mi vida, la había necesitado. Pasó de ser una idea a una obsesión. Recordaba los colegios. Aquellas Navidades tan frías; tantos cumpleaños sin nadie que me regalara, aunque fuera, un caramelo o un beso de corazón. En esos momentos, siempre pensaba si mi madre se estaría acordando de mí; si sabría que era

mi cumpleaños o habría olvidado el día que me parió, incluso que me parió. No, no podía ser.

No decía nada a nadie. Para las personas que me rodeaban, yo era feliz. Nunca hablaba de mis sentimientos ni de mis deseos; me lo guardaba para mí.

No me gustaba dar a conocer mis secretos. De nuevo, como en la adolescencia, me obsesionó la idea de verla algún día y pedirle una explicación de todo; de toda mi vida, que pasaba como una película por mi cabeza cada vez que pensaba en ella. Al fondo, la banda sonora era siempre la misma: «Soy rebelde... porque el mundo me ha hecho así, porque nadie me ha tratado con amor...», era de Janette, me parece. Me encantaba en los años setenta. Ahora me pone triste.

¿Por qué no tendría yo una niñez como la de otras niñas? Debía preguntárselo a mi madre. Claro que mi padre, aquel a quien nunca he nombrado porque nunca está en mi pensamiento, también puso su parte.

Tenía una cuenta pendiente y estaba dispuesta a saldarla cuanto antes. Pero, ¿cómo? Si después de tanta televisión y tanta carta –y tanta revista y tanta cuota– nadie daba con la persona que quería.

Como otras veces en la vida, pasó cuando menos lo esperaba. Un día, viendo el programa de Juan Imedio, en Canal Sur, salió un rótulo en la pantalla: «¿En qué podemos ayudarle?» –decía– y debajo un teléfono. Al terminar el programa, llamé. Salió un contestador y dejé el mensaje. Sabía que, aunque tardaran, me llamarían. Así fue. En los últimos días de noviembre de 2003 se pusieron en contacto conmigo. Llamó una chica, Raquel Ruiz. Quedamos en mi casa, al día siguiente, para hacer un reportaje. Le conté todo cuanto sabía de mi nacimiento, que era bien poco, y decidió que fuéramos a la Diputación de Córdoba, a ver si sacábamos algo de allí. En los archivos nos recibió una señora, al parecer encargada de la documentación. Desde el primer momento me pareció un hueso duro de roer. Supe que no estaría por la labor de ponerme las cosas fáciles. De entrada, me dijo:

–Aquí no tenemos nada, porque las madres no dejaban rastro.

Raquel no se conformó.

–Algo tiene que haber...

–Aquí no hay nada. Puede que en el Parque Figueroa, en caso de que haya algo.

Aquello eran los colegios de la Diputación, en la otra punta de Córdoba. Subimos y tampoco encontramos nada. De modo que volvimos al archivo de Diputación. La archivera seguía en sus trece.

–Aquí no hay nada –insistía.

–Algo tiene que haber –contestaba Raquel.

Al final, quizá viendo que aquello podía ser el cuento de nunca acabar, terminó diciendo:

–Para empezar, tendría que solicitarlo por escrito.

–Y eso, ¿cómo se hace?

Rellené un formulario con lo que querían saber; de momento, el nombre de mi madre biológica, y se lo entregué.

–Dentro de unos días viene a por la respuesta.

Raquel y yo acabamos el reportaje en los Jardines de Colón. Al marcharse, quedó en avisarme de la fecha en que debía ir a ver a Juan Imedio y el 3 de diciembre vinieron a recogerme. Estuve tranquila. Raquel andaba todo el tiempo pendiente de mí y me había preparado muy bien toda la información que tenía, que no era mucha.

Desde entonces, todos los días, a las ocho de la mañana, cogía el autobús y me iba a la Diputación y casi todos los días escuchaba lo mismo:

–Rellene usted estos papeles.

Eran instancias. Y así, casi al terminar el mes, me entregaron un manojo de fotocopias. La primera página era la portada de mi

expediente, fechado en el año 1954. En el objeto, señalado con el número 37, se podía leer:

«Prohijación de Salud Jiménez Luque. Prohijantes: D. Manuel García Requena y Doña Heliodora Fernández Gómez».

Yo no sabía qué puñetas era aquello. Le eché un breve vistazo; eran un montón de cartas, informes y expedientes. Escritos con las letras puntiagudas de los funcionarios antiguos y los escribientes de antes; otras estaban a máquina. En apenas treinta folios, las letras borrosas de una antigua Olivetti resumían cuanto podría saber de mis orígenes. Era, en definitiva, mi historial, desde el nacimiento, en la casa cuna de Puerta Nueva, hasta mi salida de Almodóvar.

Ya tranquila, en casa, me puse a leerlo. En octubre de ese año, el administrador de la Casa Provincial de Maternidad e Infancia informaba que el día 26 del mismo mes habían llevado a cabo mi entrega. Todo mi cuerpo se inundó de rabia. Había cosas en aquella historia mía que me sonaban mucho; lo que no me sonaba de nada era la cantidad de mentiras vertidas en los expedientes. Según la solicitud a la casa cuna, los respetables señores, don Manuel García Requena y su señora, doña Heliodora Fernández García, exponían, el 21 de mayo de 1954, que «no teniendo sucesión alguna de nuestro matrimonio, con lo que pudiera hacer más llevadero nuestro hogar, y deseando prohijar una expósita de las acogidas en la Casa Provincial de Maternidad e Infancia...».

O sea, no era la persona indeseable, no apta para criar niños ajenos, que yo había conocido. Por los informes que llegaron a la Diputación nadie podría decirlo; eran inmejorables. Según estos, gozaban de una envidiable reputación y una buena economía.

Deseaban tener una hija, para hacer más llevadera su vida conyugal. Aquello les quedó bordado, tan precioso como lo de los ingresos. Según los papeles, el esposo ganaba veinticinco pesetas diarias en el año 54, a pesar de ser faenero; vamos, que no tenía oficio y trabajaba en lo que podía.

De modo que yo fui un instrumento para hacer más llevadero un hogar, para que su matrimonio no se fuera al traste. Nadie se planteó qué podía pasar conmigo. Apenas dos años. ¡Por Dios

Santo! Ni se querían ni se habían querido nunca, ¿qué podría solucionarles yo?

Entre los documentos había varios oficios, fechados en abril de 1956. El primero, dirigido al alcalde de Almodóvar, estaba firmado por el Presidente de la Diputación; el segundo era la respuesta de éste; ambos eran también la explicación al vago recuerdo que tenía de las monjas, en el cortijo de La Torre, cuando todos reñían, la mañana que tanto me asustaron.

«Habiendo llegado a conocimiento de esta Corporación que la niña SALUD JIMENEZ LUQUE, acogida que fue en la Casa Provincial de Maternidad e Infancia, no recibe buen trato por parte de sus prohijantes, Manuel García Requena y Heliodora Fernández Gómez, vecinos de esa localidad, con domicilio en Cortijo de La Torre, ruego a V.S. informe a esta Presidencia sobre la veracidad de lo anteriormente expuesto».

La respuesta del Alcalde de mi pueblo disipaba todo duda sobre el presunto mal trato.

«De acuerdo con lo interesado en su escrito núm. 215 de fecha doce del actual he de manifestarle que según la averiguaciones practicadas resulta que la niña SALUD JIMENEZ LUQUE de tres años de edad y que fue proahijada por Manuel García Requena y su esposa Heliodora Fernández Gómez que viven en este término en el Cortijo de La Torre tienen dicha niña desde hace dos años a la cual quieren y tratan bien.

Que hace unos días se personaron en dicho cortijo unas religiosas pretendiendo llevarse a dicha niña a lo cual se opusieron los padres y el dueño de dicho cortijo mientras estas no presentaran documentos acreditativos para proceder de dicha forma.

Lo que pongo en conocimiento de V.I. a los efectos interesados».

Me pareció que aquí todos habían hecho la vista gorda y el expediente, a mi modo de ver, estaba lleno de irregularidades. De modo que hubo una denuncia por malos tratos, a los dos años de estar yo en Almodóvar, y hubo también varios escritos solicitando información al Alcalde del pueblo. Pero los más sangrantes eran los

que se escondían detrás de otro expediente, fechado en 1967, y cuyo objeto rezaba textualmente:

«Escrito del Sr. Alcalde Presidente del Ayuntamiento de Almodóvar del Río, dando cuenta de la mala conducta seguida por la menor Salud Jiménez Luque, procedente de la Residencia Infantil de El Carmen, la que se encuentra prohijada por Don Manuel Gracia Requena y Sra.».

La primera solicitud debía corresponder a la primera vez que mi padre me llevó a Puerta Nueva, cuando no quisieron quedarse conmigo y volví al pueblo tan contenta. En los papeles, mi padre figuraba como instigador de todo, y aunque entonces las mujeres no figuraban en nada, yo sabía que ese garbanzo no se había cocido en su olla, como sabía quién partía el bacalao en la que fue mi casa. Sentí pena por él, por todo lo que esa víbora le obligó a hacer con tal de perderme de vista.

La primera solicitud del expediente estaba fechada el 30 de diciembre de 1967. Tenía el membrete del Ayuntamiento de Almodóvar y estaba dirigida al Presidente de la Diputación.

«Como resultas del expediente instruido por esta Alcaldía, a instancia de DON MANUEL GARCIA REQUENA, en el que se acredita que de los informes adquiridos por los Agentes de mi Autoridad, resulta que la niña SALUD JIMENEZ LUQUE, de 14 años de edad, con domicilio en calle Morería número 7, donde vive con el matrimonio compuesto por el citado Don Manuel García Requena y su esposa Heliodora Fernández Gómez, quienes la tienen prohijada de la Casa de Maternidad Provincial de Infancia de esa capital; y debido a su mala conducta, pública y privada que impide toda relación normal en dicho hogar, a pesar de los innumerables consejos y advertencias que a la mencionada menor se le ha hecho por diferentes conductos.

Esta Alcaldía ante estos hechos considera, como única solución para reforma e integración social de la mencionada menor, que V.S.I. ordene el reingreso de dicha niña en la Casa de Maternidad u Organismo adecuado.

Dios guarde a V.S.I. muchos años».

«Innumerables consejos y advertencias» –decían–, incontables palos y castigos era lo único que yo recordaba. La carta del Presidente no se hizo esperar. Estaba fechada el 5 de enero de 1968.

«Correspondo a su attª comunicación nº 1087, fecha 30 Dicbr ppdo, en la que da cuenta de la mala conducta de la menor Salud Jiménez Luque, la que se encuentra prohijada por el matrimonio vecino de esa localidad D. Manuel García Requena y Sra. y le participo que sería conveniente antes de decidir sobre el particular, informara e esta Excma. Corporación, en qué consiste la mala conducta seguida por la misma, para que a tenor de ello poder decidir lo que corresponda en derecho».

Ahí se lo habían puesto a tiro y aprovecharon para ponerme como un ropón. Tardaron en contestar; seguramente porque debieron maquinar muy bien cómo lo hacían y, el 16 de enero, mandaron el siguiente escrito:

«En contestación de lo interesado en su oficio de la Sección 1º, Negociado B.O.S. número 13 de fecha 5 del actual, y como ampliación del oficio de esta Alcaldía número 1.087 de fecha 30 de diciembre pasado sobre la menor SALUD JIMENEZ LUQUE, participo a V.S. lo siguiente:

a) Que en la actualidad la citada niña tiene 14 años aproximadamente y desde enero del año 1967 viene observando mala conducta tanto pública como privada, dando contestaciones violentas al matrimonio ante las represiones que por su conducta le hacen.

b) Que la situación ha llegado al extremo de que la niña llega a casa a altas horas de la madrugada sin que a requerimiento del matrimonio diga las causas.

c) Que las compañías que tiene se estima que nada bueno pueden enseñarle.

d) Va todas las noches al cine, sin que el matrimonio la dote del dinero para estos espectáculos.

e) Ha llegado hasta a golpear a la que le está sirviendo de madre.

Expuesto lo precedente esta Alcaldía espera ordene el ingreso en de esta menor en un establecimiento adecuado para su reforma e integración social de la mencionada menor».

En la medida que iba leyendo, ante ese juicio sin derecho a defensa, la sangre se me encendía más y más. Me preguntaba cómo podían decir tantas mentiras. ¿Acaso no sabían ellos que si le hubieran dado permiso a Manolín para ser mi novio no hubiéramos estado en la calle? ¿Por qué él y sus hermanas no iban a enseñarme nada bueno? ¿Cómo podían decir que no tenía dinero para ir al cine, siendo mi padre el portero y trabajando yo los campos desde los doce los años? Lo del correazo a "la que me servía" de madre sí era verdad, pero ¿por qué no contaban los que llevaba yo en las costillas desde chica?

Me hice el firme propósito de no parar hasta encontrar mis orígenes y reclamar lo que consideraba mío. Era consciente de que volvería a tropezarme con los mismos muros que me puso el Deán: el derecho a la intimidad, a la vida privada, la salvaguarda del honor –el de mi madre, claro está– y otras cuantas zarandajas. Pero yo seguiría también con lo mismo: ¿Qué pasa con mis derechos?

Al día siguiente volví a los archivos. Cuando la funcionaria me vio se precipitó a decirme:

–Ya no hay más papeles, ¿eh?

–Es que no son estos los que quiero.

–¿Entonces? ¿Qué quiere exactamente?

–Quiero que busque, porque en algún sitio tiene que estar el nombre de mi madre.

Ella insistiendo en que no había más papeles y yo en mi necesidad de saber más. Estuvimos así un buen rato hasta que me cansé, por ese día. A partir de entonces iba una y otra vez al archivo, con la misma tabarra, hasta que un día, como quien no quiere la cosa, me comentó:

–Como no sea en el libro de las parturientas...

–Pues venga, vamos, enséñemelo. ¿A qué espera?

Ahí se cuadró y le cambió el rictus.

–Ah, no. Eso sí que no. De ninguna manera. Es totalmente privado. De ninguna manera puedo enseñárselo.

–Alguna manera tendré, ¿relleno otros cuantos papeles más?

–Es que no es fácil... a no ser que la asesoría jurídica lo autorice...

Ya estábamos otra vez anteponiendo los derechos de una mujer hecha y derecha a los de una recién nacida.

–A ver, y ¿dónde está esa asesoría?

–Aquí mismo, arriba –y señaló al techo.

–Pues para arriba me voy yo ahora mismo.

–No, antes tiene que solicitar otra autorización por escrito...

–Pues venga. Ahora mismo lo hago.

Cuando acabé de rellenar papelajos y ella de sellarlos le pregunté:

–¿Cuándo me contestan con esto?

–Como estamos cerca de Navidad, seguramente, se retrasará hasta después de Reyes.

El 8 de enero de 2004, allí que estaba la Mari, como un reloj, en el archivo.

–¿Hay algo de lo mío? –pregunté.

–No, no hay nada.

La escena se repitió todos los días, salvo los fines de semana –que no trabajaba ella– y así pasé todo el mes de enero. En febrero, en marzo y a principios de abril, estábamos en las mismas. Entonces, hartita de dar más vueltas que un trompo, me dije: Mari, tú lo que tienes que hacer es ir a hablar con la Alcaldesa. Dicho y hecho. En

el Ayuntamiento otra vez me pusieron delante una instancia, y en diez días me recibió el que parecía ser su secretario. Lo primero que hice fue pedirle disculpas, pues sabía yo que aquello no era competencia suya, pero estaba desesperada y en la Diputación me andaban mareando la perdiz, no había que ser muy lista para darse cuenta. No esperaba que aquel señor fuera tan amable. No sólo me atendió, sino que llamó personalmente, allí, delante de mí, y les pidió, por favor, que no me dieran más largas. Después me mandó a ver a un diputado provincial; también me atendió estupendamente y me dijo que tenía todo mi derecho a saber de dónde venía. Me pareció que estaba muy seguro de lo que decía y que se había interesado por ello. Nunca sabrá ese hombre la esperanza que me dio su seguridad.

No me equivoqué, porque a los pocos días volví al archivo y la encargada me comunicó que uno de los abogados de la Diputación quería hablar conmigo. Me fui a buscarlo, pero no estaba. Le di a su secretaria mi número de teléfono y me quedé con las ganas de que llamara y de verlo, aquel día y el montón de veces que volví al despacho, que fueron un día sí y otro también. Por fin, a mediados de abril, conseguí pillarlo allí. Al verle la cara pensé: «¡Ojú, menudo hueso!». El hombre me explicó de mil maneras que no era posible dar permiso para mirar en el libro de las parturientas. Ninguna de las mil me convenció. Entre otras razones porque todas se parecían demasiado al argumento con el que nunca voy a estar de acuerdo: el derecho de la madre a salvaguardar su anonimato y su honor.

Noté que se me encendía la sangre. «Ea, Mari, otra vez te vas a salir de madre» –pensé. Y es que ¡estaba tan harta de escuchar siempre lo mismo!

–Mire usted, el derecho de esa mujer –que es mi madre– acaba en donde empiezan los míos, en el momento en que yo he decidido ejercer mi derecho a saber quién soy. Así que dígame qué podemos hacer para resolver este asunto, porque estoy dispuesta a llegar adonde sea, y cuando se tiene buena voluntad todo tiene arreglo. Vamos, digo yo.

Hasta yo misma me sorprendí de lo bordado que me salió aquello. Y debió surtir su efecto, porque el hombre cogió un libraco que tenía por allí y contestó.

–Déjeme ver el Código Civil, a ver si encuentro algo. No creo que haya nada. Pero por mirar que no sea.

El hombre se tiró un buen rato mira que te mira. Yo, mientras, no le quitaba ojo y pensaba: «De aquí no salgo sin saber algo». Después de un buen rato, levantó la cabeza, me miró muy fijo y me explicó:

–Lo único que se podría hacer es conseguir una orden judicial, autorizando a la archivera a que le facilitara el nombre de su madre; pero en ningún caso el libro de las parturientas. Para eso tendría que hacerle un informe y debo estudiar la manera; a ver cómo lo resuelvo.

–Usted es la máxima autoridad. No tiene que pensarlo, tiene simplemente que reconocer que yo tengo mis derechos y le estoy pidiendo ejercerlos, ¿no es lo mismo?

Al final, accedió a hacerlo y me despedí, no sin antes preguntarle cuándo volvía por allí. Me emplazó para dentro de una semana. Pasó y... nada, que no había tenido tiempo –decía–; tampoco lo tuvo en mayo, ni en junio, ni en julio.

Yo iba casi todos los días, pero "que si quieres arroz Catalina". Él siempre se me perdía y los demás me daban excusas. Me tenían ya hasta la coronilla. En el archivo tampoco sabían nada. Empecé a pensar que el tío no estaba por la labor, que agosto se nos echaba encima y se iba de veraneo sin resolverme nada. El 25 de julio estuve, una vez más, en el departamento jurídico, buscando al dichoso abogado. Tampoco lo pillé. Ese día iba a por todas, así que tomé la decisión de ir a hablar con el Juez de Familia. Recorrí el Registro Civil; como en esos sitios pasas por un montón de funcionarios y a todos les tienes que contar lo mismo, tuve experiencias buenas y malas. Comprobé que todo el mundo me daba la razón, pero que nadie quería ayudarme.

–Ay, qué leche –pensaba–, mira si parece que les estoy pidiendo ayuda para matar a alguien.

Me recorrí todo aquello y en esas que vi un letrero que decía "Juez de Familia". No había nadie en la puerta y no lo pensé dos veces; llamé, me dijeron «adelante» y para adelante fui. Había un señor

solo. Se quedó un poco extrañado, como era natural; me había colado en su despacho por la cara.

–¿Es usted el Juez de Familia?

–Sí. Pero me encuentra usted de milagro, porque hoy es mi último día de trabajo antes de las vacaciones –contestó.

–Disculpe, por favor. Mi nombre es Salud Jiménez. Si me lo permite sólo quiero hacerle una pregunta.

Y antes de que pudiera reaccionar, le puse todos los papeles en la mesa.

–Verá, yo sólo quiero que usted me diga si tengo derecho a saber quién es mi madre biológica y si alguien tiene el suficiente poder para negarme ese derecho.

El hombre me miró directamente a los ojos y, muy tranquilo, midiendo cada palabra, respondió:

–Usted está en su pleno derecho. Lo malo de todo esto es que en España aún seguimos considerando tabú ciertos asuntos, y mientras no cambien las leyes o alguien sea lo bastante constante para conseguir una orden judicial...

–Pongamos que alguien es lo bastante constante, señor Juez, como para conseguir una orden judicial –le decía– y, de esa forma, hacer valer su derecho.

Fue una brevísima conversación. Luego me miró de nuevo, igual de fijo.

–Siento no poder ayudarla más. Sin embargo, estoy seguro de que usted será capaz de solucionar este problema.

No sé si lo dijo para animarme –que lo consiguió y no sabe él cuánto– o para librarse del asalto a su despacho. Fuera lo que fuese, me sirvió para darme cuenta de que ni el abogado de la Diputación ni el pleno iban a hacer que la Mari tirara la toalla. Y me fui a mi casa maquinando.

Todo el camino estuve pensando:

–Cuando llegue voy a llamar a ese picapleitos de Diputación por teléfono y, esta vez, se va a enterar quién soy.

Dicho y hecho. Marqué y tuve suerte, porque me lo cogió él mismo. Le dije unas cuantas cosillas; entre ellas, que no esperaba más, que hiciera el favor de darme el informe para el juez porque peinaba ya muchas canas como para que se choteen de una e intenten engañarme como a una niña chica, y que la Diputación debería tener una poquita de consideración con mi persona, puesto que eran culpables de todo lo que me había tocado vivir con los padres a quienes ellos, y sólo ellos, me entregaron...

–Ustedes –terminé diciendo– tuvieron noticia de que me estaban maltratando, con tan sólo dos añitos, pero les resultó más fácil mirar para otro lado. Así que, señor abogado, no me venga a decir que esto no es tan sencillo como a mí me parece.

–Está bien, está bien –respondió–. Me marcho de vacaciones el día 28; vengo el 22 de agosto. Cuando vuelva le tendré el informe hecho.

–Espero que no me mienta más. Estoy bastante cansada de pasearme por los pasillos de la Diputación. Además, cada vez que voy allí me siento mal, porque noto que soy molesta, porque todo el mundo sabe a lo que voy. Así que, por favor, no me dé más largas.

Pasé todo el mes de agosto pensando si volvería a engañarme y organizando qué haría si al final conseguía el informe. Lo mejor sería buscarme un buen abogado. Pasé muchas tardes mirando las páginas amarillas, dudando y temerosa de equivocarme. Me decanté por don Antonio, en la calle La Bodega. Intenté llamarlo, sin muchas esperanzas. Córdoba en agosto se paraliza. Estaría de vacaciones. Salió un contestador y colgué. Eso de hablar sola no me gusta ni un pelo, como no sea que me vea entre la “espá” y la pared. Estaba impaciente. Seguí llamando a otros. Encontré algunos nombres conocidos de abogados a quienes, siendo ellos niños y yo jovencita, había cuidado en sus casas. Por un momento pensé que, a lo mejor, al conocerme me cobrarían algo menos o se tomarían más interés. Pero después pensé que no. No me gustaba aprovecharme

de la gente con la que trabajaba. Lo mejor era un desconocido; don Antonio. Eso sí, antes de empezar tendría que ver cuánto me iba a cobrar y hacerle saber que los pobres vivimos de un sueldo, y encima quien lo gana es mi "marío".

En esas cavilaciones se me pasó el mes de agosto. Llegó el día de la vuelta del abogado de la Diputación y me llamaron de su despacho para que fuera a recoger el informe. Me lo dio su secretaria. Él no tendría ganas de verme. Volví a llamar a mi abogado y concertamos la cita. Por teléfono no me hizo mucha gracia, me pareció muy seco, no me sentí a gusto. Cuando lo conocí todo se me vino abajo. Esta vez me había equivocado. Era una persona muy agradable. Claro que cuando le entregué todos los papeles, y le echó un vistazo, volvió a meter la gamba.

–Realmente, ¿todo esto es de usted? ¿Ha recopilado todo esto usted sola?

–Sí, claro.

–¿Y está segura que quiere averiguar de dónde viene? Y si es así, ¿por qué? ¿Para qué quiere saberlo? ¿Es por dinero?

–A eso último no le voy a contestar, porque me ofende; de las demás preguntas, le diré que es por lo que llevo toda mi vida luchando, y de la manera que sea tengo que saber toda la verdad, sea cual sea, sin omitir un detalle.

–Bien, bien. Pues vuelva a dejarme todos los papeles aquí, que le eche otro vistazo, con más detalle. Así podremos empezar y ver qué se puede hacer.

–Bueno. Y, ¿cuánto me va a llevar?

–Cuando la llame se lo digo.

–De acuerdo. Pero no me lleve mucho.

Se echó a reír. Yo no salí de allí muy contenta que digamos. Ya camino de casa pensé: «Venga ya, Mari, eso va a ser que, como estás acostumbrada a que todo el mundo te dé con la puerta en las narices, piensas que no vas a tener suerte».

Y yo sola me fui animando. Falta me hacía. En realidad había que echarle valor para meterse en temas jurídicos con un asunto tan difícil y sin un duro. A los tres días me llamó mi abogado comunicándome que se hacía cargo de lo mío.

–Lo he leído todo y me parece un caso muy interesante. Además, usted no está pidiendo nada a lo que no tenga derecho cualquier persona.

No le di un besazo porque estaba por teléfono. ¡Ay que ver lo que es la vida!, con la mala entrada que tuvimos y qué salida más estupenda. Cómo me subió la moral.

–Y del dinero suyo, ¿qué?

–¿Le parece bien cien euros?

–Me parece perfecto.

Al día siguiente, cuando fui a firmarle el poder notarial, para el Juzgado, me hizo ver que tendríamos que luchar.

–...Y habrá momentos en que no las tendremos todas con nosotros. Pero no desespere...

–¿Yo? Si ya he llegado hasta aquí, me da igual lo que venga. Aunque tengamos que juntar el cielo con la tierra, esta vez será la definitiva.

Salí del despacho con un pellizco en el estómago, esta vez de ilusión, que no se me quitó en las semanas siguientes. Por fin, a mediados de octubre, me llamó una tarde.

–Soy don Antonio, su letrado. Tengo una sorpresa para usted.

–¿Buena o mala?

Se echó a reír otra vez.

–La demanda interpuesta contra Diputación ha sido admitida a trámite.

–Y eso... ¿qué quiere decir?

–Pues eso quiere decir que vamos por buen camino y que, de momento, tenemos algo a nuestro favor.

–No me lo puedo creer.

–Cuando vuelva a llamarla, la próxima vez, será para que nos veamos en el Juzgado.

Por primera vez sentí que mi lucha y mi constancia empezaban a dar los frutos que había deseado toda mi vida. No podía pensar en otra cosa, sino en que cada día que pasaba tenía el nombre de mi madre más cerca. Después de cincuenta y un años sabría el nombre de la mujer que me trajo al mundo, aunque luego me tirara como a un perro o... ¿quién sabe? A lo mejor averiguaba... yo que sé. No sabía qué pensar. Las cosas que se esperan mucho, cuando ya se acercan de verdad como para poder tocarlas con las manos, dan como miedo. Yo empezaba a sentir que tenía el nombre. Ni me detuve a pensar que el juez pudiera negarme el permiso. No lo pensé, no me dio la gana de pensarlo. Porque si de algo había estado segura, toda mi vida, era que alguien con el poder suficiente iba a reconocerme ese derecho; ya fuera en un despacho de la Diputación, en el Juzgado de Primera Instancia, en el Tribunal Constitucional o en el Supremo. Estaba dispuesta a llegar donde fuera, y para llevar adelante eso no había más “riles” que pensar en positivo.

El 24 de noviembre me llamó de nuevo el abogado.

–Mañana, a las nueve, tenemos que estar en la quinta planta de los Juzgados. Tienes que depositar doscientos euros. Pero no te preocupes que luego te los devuelven. No me faltes, que si no vas se archiva el caso.

Don Antonio no me conocía. ¿Faltar? Hubiera estado allí aunque cayeran chuzos de punta. Al día siguiente nos veíamos. Entre él y yo la cosa quedó clara. Pero entre los doscientos euros y yo lo estaba menos. ¿De dónde iba a sacarlos? Estábamos a finales de mes. No me quedó más remedio que hablar con mi hija la chica. Me moría de vergüenza, pues en todo el tiempo que la chiquilla llevaba

trabajando no se me había ocurrido tocarle un duro. Tuve que pedirle que hiciera el favor de prestármelos. Lo pasé fatal, soy de las que piensan que a los hijos hay que ponerles y no pedirles. Claro que ella lo sabe y no dudó en dármelos.

Al día siguiente, a las ocho y media, ya estaba yo en el Juzgado y allí estaba mi abogado, con la orden escrita y firmada por el señor Juez y el Secretario Judicial. La recogí como a un tesoro, porque eso era realmente para mí. Ya podía entregarla en el archivo de Diputación. El camino desde los Juzgados hasta la Plaza de Colón se me hacía un trayecto demasiado largo. No pude esperar a ir andando ni a coger el autobús. Vi la parada de taxis y corrí hacia el primero que había.

Cuando crucé las puertas de la Diputación me sentía la mujer más satisfecha del mundo. Seguro que si me hubiera tocado la lotería no llevaría esa cara de felicidad. La archivera, al verme, me dijo:

–¿Otra vez aquí?

–Sí. Pero esta vez será la última.

Y le planté la orden judicial encima de la mesa. Me miró muy atenta.

–Lo conseguiste. Te ha costado sudores y lágrimas. Pero lo has conseguido. Al fin la tienes.

Después llamó por teléfono al despacho de la Asesoría Jurídica. Pude oír cómo le decían:

–¿Qué quiere esa otra vez?

–Trae la orden del Juzgado.

–Pues dale lo que pide –se escuchó al otro lado del teléfono.

Entonces, la archivera, ese queso tan duro de roer para mí, esa mujer que durante tanto tiempo me estuvo viendo, día tras día, me ordenó:

–Espera un momento.

Al cabo de un rato llegó, por fin, con el libro de las parturientas. Era grande y tenía las pastas muy, muy viejas. Lo miré despacio. ¡Dios mío! Cuántas historias guardaban esos folios amarillos; cuántas vidas que ignoran sus orígenes, cuántos hijos de otras madres y cuántas mujeres preguntándose dónde estará la criatura que dejaron en Puerta Nueva; cuánto dolor y cuánta injusticia.

La archivera lo abrió, apenas tres renglones, y me dijo:

–Aquí tienes, el nombre de tu madre.

No podía creer que cuatro letras, que eran las que había en el dichoso libro, fueran la causa de tanto desvelo. Un nombre, la fecha en que me tuvo y la edad que tenía entonces: «Ana Gutiérrez Redondo, de 31 años de edad, con domicilio en la calle de El Poyo nº 5 de Córdoba».

No sé si la funcionaria captó la emoción que sentía, y lo que aquello significaba para mí. Por su reacción, me inclino a pensar que sí.

–Te voy a hacer una fotocopia. Sólo de este trocito. Para que puedas conservarlo para siempre. Enhorabuena y que sepas que has sido la primera que ha hecho esto. Abres la puerta a otras personas que están en tu mismo caso. Y disculpa si, en algún momento, te pareció que era un poco dura. Debes entender que yo, aquí, soy una simple trabajadora y no puedo darle información a nadie, si no me lo autorizan.

–No te preocupes. Yo también te pido disculpas, por las veces en que perdí los nervios y llegué a estar, incluso, grosera y pesada.

Salí convencida de que, tanto ella como yo, habíamos aprendido una lección, cada cual desde su terreno; yo sabía que era necesario seguir unas pautas y, tal vez, ella había entendido que, detrás de tanto papelazo, tanta orden y tanto impreso, hay criaturas con sentimientos. Lo de abrir puertas a otras personas me llegó al alma, por un tiempo. Pues, mire usted por dónde, he sabido luego que hay otra señora en la misma situación, y la están mareando lo mismo y dándole la misma guerra. La pobre pone mi ejemplo, pero “que si quieres arroz, Catalina”. No puedo entender que se abran las puertas sólo para que pase una. Todo el mundo debería tener las

mismas oportunidades. Tengo en el alma a esa mujer y no voy a estarme quieta, porque es tan víctima como yo. Echo de menos un debate serio sobre esto, en donde los protagonistas seamos todas las víctimas de aquella etapa. Porque la posguerra y el hambre y las situaciones de muchas mujeres y las consecuencias que vinieron luego, dejaron más víctimas de lo que parece.

Cuando tuve el nombre de mi madre en las manos llamé a mis hijas, para que ellas supieran también cómo se llamaba su abuela materna.

–¿Y para eso tanto tiempo? –me dijeron.

Me vi allí, con el papel en la mano, y sin saber qué hacer ni por dónde empezar. Era el final.

–Y ahora, ¿qué? –me preguntaba.

Yo sola me contestaba.

–Pues, ahora, a la calle de El Poyo, a preguntar a todo el mundo, y sobre todo a quienes tengan la misma edad de mi madre.

Eso hice.

Al día siguiente, me levanté muy temprano y, a la hora en que la gente va a hacer la compra, me planté allí.

IX. CALLE EL POYO Nº 5

La calle El Poyo está entre la Plaza de la Corredera y San Pedro. Allí conocía a mucha gente del tiempo en que estuve trabajando con Pastora. Para colmo, mis hijos habían estudiado en el colegio de la Piedad, allí mismito. Sí, conocía a mucha gente y me harté de preguntarles, pero nadie me dio una respuesta; entre otras razones, porque quedaba muy poca de esas edades. Cuando estaba a punto de dejarlo por ese día, me encontré con un señor de unos setenta años y lo abordé.

–Perdone, ¿es usted del barrio?

–Sí.

–¿Y ha vivido mucho tiempo aquí?

–Llevo cincuenta años aquí.

–¿A usted le dice algo el nombre de Ana Gutiérrez Redondo? Vivía en esta casa, con su familia.

El buen hombre se quedó mirándome, muy fijo. Entornó los ojos y dijo:

–¿Estás segura que vivían aquí? ¿En esta misma casa? –y señalaba con el dedo el sitio.

–Sí, sí. Segura.

Se pasó la mano por la cara y luego se tocó el cogote. No sabía muy bien qué decir.

–¿Por qué me lo pregunta?

–¿Y tú? ¿Por qué buscas tú a esa tal Ana?

–Es mi madre. No la conozco, pero es mi madre. Verá, es que me dejó cuando nací.

Ahora no me importaba pregonarle a todo el mundo aquello que había guardado como un secreto. La había encontrado y era mi madre; había aparecido, porque ese hombre sabía algo, porque no me dijo un no rotundo, porque yo lo intuía...

–En la casa número cinco, antiguamente, había una pensión donde se alquilaban habitaciones, por días, por meses o por años, ¿sabes?

–Comprendo. Pero yo le pregunto por Ana Gutiérrez, vivía aquí en 1952.

–Verás... la mayoría de las mujeres que vivían aquí eran, ¿cómo te diría? Prostitutas.

Me dejó helada. Estaba mintiendo. Mintió cuando dijo "la mayoría"; quiso suavizarlo, dar una posibilidad a la duda. Cuando le insistí un poco supe la verdad.

–Bueno, a decir verdad, todo el mundo que pasaba por aquí eran putas, maricones o alcohólicos, gente de mala vida, ¿comprendes?

Cuando acabó de hablar, su expresión, sus ojos y su cara, me estaban preguntando cómo me sentía.

–No se preocupe, estoy bien. Gracias por todo.

Me marché. No sé muy bien cómo y de qué manera. Las calles daban vueltas a mi alrededor. Estaba como en una nebulosa. No tenía nada claro. Era la hija de una prostituta. En algún momento me había planteado esa posibilidad, como tantas otras, pero una cosa era la hipótesis y otra la confirmación. Para mis adentros fui pensando que, al fin y al cabo, en lo personal, yo nunca había tenido prejuicios de ese tipo... Siempre me dio igual la forma en que la gente se ganara la vida. Pero, ¡Dios mío!, cuando te dicen que tu propia madre es una puta o puede haberlo sido... nadie puede imaginar la pena y el dolor que se siente.

En los días posteriores conseguí revestir esa noticia terrible con el optimismo al que siempre me agarro, a veces porque ha sido lo

único que tenía. Así llegué a la conclusión de que era estupendo que a lo largo de mi vida, con tantos avatares, tantos malos tragos y siempre sola, nunca me había pasado por la cabeza ejercer ese oficio. Es más, a lo largo de mi vida, no me he acostado con otro que no fuera mi marido. Entonces, me sentí orgullosa de mí y me volvieron los ánimos para seguir buscando.

Antonio, a pesar de ser como es, se daba cuenta y me quería ayudar. Un día me dijo:

–¿Por qué no pides una partida de nacimiento, literal, de tu madre?

Al día siguiente me fui al Registro. No querían dármela, pero dije quién era y planté por delante la orden judicial; no me preguntaron nada más. Cuando la tuve en las manos sentí que había dado un paso más hacia mi madre. Supe que había nacido un 10 de marzo de 1922, en la calle los Cidros, 3. Era hija de Ángel Gutiérrez, taxista, y de Candelaria Redondo, sus labores.

Como no tenía ni idea de dónde estaba la calle los Cidros, volví a ponerme en contacto con la Diputación. Allí, había entrado a trabajar una persona nueva, también en el departamento de archivos. Se llamaba Juan y fue él quien me cogió el teléfono. Tuve la sensación que sabía de mí y del periplo por aquellos pasillos, porque se ofreció a ayudarme en todo cuanto pudiera y, por supuesto, me dijo donde estaba la dichosa calle.

Fui al día siguiente con un frío que pelaba. Era una calle larga y muy estrecha, a la espalda del convento de Santa Marta. Nunca había ido por allí; era uno de los muchos rincones bonitos de Córdoba que me había perdido. Primero la recorrí de punta a punta, como queriendo sentir su presencia en las piedras y en las paredes de cal; en las ventanas y las rejas, llenas de macetas; en algunos de los patios antiguos que todavía conserva. Luego, anduve preguntando a los vecinos, pero nadie supo darme norte de nada. Habían pasado más de cincuenta años, apenas quedaba gente mayor y, las pocas que había, no recordaban nada.

Decidí ir al Ayuntamiento a probar suerte con el empadronamiento. Tampoco había constancia. Otra vez de vuelta a casa con las manos vacías, pero con la moral muy alta, porque mientras más difícil

estén las cosas más me envalentono yo.

Con tanto trajín había olvidado llamar al abogado para contarle cómo iba la cosa. Una tarde llamó él.

–Era solamente para saber cómo estás y qué tal van tus cosas.

–Bien, pero necesito un favor.

–A ver.

–A ver si me puede solicitar una cita con el Comisario de Policía.

–¿Para qué?

–Para ver si tienen allí algún número de identificación de mi madre, que no doy con ella.

–Ya sabía yo que tú no andarías quieta. Cuando sepa algo te llamo.

Mientras tanto seguí cavilando. Se me ocurrió que quizá la archivera conociera a alguien que pudiera averiguar si había algo de mi madre en la Seguridad Social. Ella me dio el nombre de un señor y me dijo dónde podía encontrarlo. Había una cola larguísima y eché la mañana allí. Al principio me puso unas cuantas pegas, pero luego se puso a mirar en el ordenador. Miró y requeté miró. Ni en Barcelona, ni en Madrid, ni en las grandes ciudades, había nadie con ese nombre, ni asegurado ni cobrando paga. Parecía como si nunca hubiera estado trabajando. Pero, mira por dónde, encontró personas que tenían los mismos apellidos que mi madre: Rafaela y Carmela. La primera con ochenta y un años y la segunda con setenta y nueve. Casualidades de la vida. Otra vez a empezar de cero. Ya sólo me quedaba mirar en los cementerios, en San Rafael y en La Salud. Lo hice y tampoco encontré nada, pero eso me gustó. Hubiera sido muy fuerte encontrarla en alguno de los dos, después de tanto batallar.

No tiré la toalla. Me puse en contacto con todas las provincias de Andalucía en donde tenía conocidos y les pedí que mirasen en los ayuntamientos y los cementerios. Todo el mundo se volcó. Fue en vano. Era como si se la hubiera tragado la tierra. No quedaba un sitio por mirar.

A veces me desesperaba, otras pensaba que, si antes, sin tener nada, había seguido, no iba a dejarlo ahora, con el setenta y cinco por ciento de posibilidades en las manos.

De pronto caí en la cuenta. Llevaba tiempo sin recurrir a la televisión. De modo que el 17 de enero de 2005 hice un llamamiento a Andalucía Directo, en Canal Sur. Hablé con uno de sus muchachos, Fernando Álvarez. Le conté el problema por encima y le pregunté si podría ayudarme. Después de consultarlo con la dirección me llamó.

–Mañana, a las diez y media, estamos en su casa para una entrevista en el programa.

Me levanté muy temprano para dejarme la casa y la comida hechas. Cuando Fernando llegó estaba todo listo. Hicimos la entrevista y fuimos a la calle de los Cidros. Allí repetí la escena del día en que estuve preguntando por mi madre. Entonces la gente fue más amable. Debió ser porque estaban las cámaras delante. Terminamos y quiso saber si tendría inconveniente en ir al día siguiente a la radio local, en "La hora de Córdoba". Le dije que estaría encantada, así tenía ocasión de ver una emisora de radio por dentro. El reportero y el cámara se marcharon deseándome mucha suerte. Noté que era de corazón y lo agradecí.

Al día siguiente me levanté, otra vez, muy temprano, para dejarme hechas mis obligaciones. Como siempre, hice la comida, recogí la casa y me preparé para irme a la emisora con tiempo. Había quedado a las dos, pero cogí el autobús de las doce, porque a mí no me gusta llegar tarde a los sitios. Estuve a las puertas de Canal Sur Radio mucho tiempo antes de la cita. La emisora estaba en la antigua estación en donde tantas veces había entrado y salido con mi maleta de rayas. Llevaba muchos años sin estar tan cerca de aquella fachada; al verla, se me vinieron encima todas las veces, todas las lágrimas que había echado allí y todo lo que eché de menos a mi madre. Ahora, curiosamente, he venido a buscarla, a buscar mis raíces, al mismo sitio desde donde huí, a las puertas del lugar en que tantas veces quise perder de vista mi pasado. También pensaba que había ido allí a perder el tiempo. Si una pantalla de televisión no dio con ella, mucho menos podría un micrófono de radio. Al fin y al cabo, ahora no era como antes.

Antiguamente, cuando la gente no tenía otra cosa, las radios estaban todo el día enchufadas. Televisiones sólo había en los bares y en las casas de los ricos.

Cuando llegó la hora entré en la estación, convertida ahora en Canal Sur. Alberto –ese hombre tierno y amable donde los haya– me estaba esperando. Conforme íbamos andando por los pasillos, y hasta llegar al estudio, me enseñaba las instalaciones. Todos me recibieron muy bien. Era, más o menos, como lo había imaginado, pero cuando vi tanto micrófono y tanto cable me quedé impresionada. Hablamos un momento. Le enseñé todos mis papeles y, al cabo de un rato, salimos al aire –como ellos le llaman–. Me sentí tan a gusto con él, tan confiada, que todo salió perfecto. Luego me dije: «¡Ay, Mari, si parece que te has pasado media vida trabajando en la radio!».

Al despedirnos me dijo:

–Espero y deseo que saquemos algo de todo esto.

–Eso es lo que deseo yo también, con todo mi corazón.

–Ea, pues a ver si hay suerte y llama alguien y nos cuenta algo.

No las tenía todas conmigo. Me subí en el autobús pensando quién iba a escuchar la radio, y menos a esa hora. Pues nadie, me contestaba yo sola. Llegué a mi casa a las tres menos cuarto. Mi "marío" me estaba esperando.

–Oye, Antonio. ¿Tú crees que a esta hora escucha alguien la radio?

–¡Qué cosas tienes, mujer! Cada día me sorprendes más. ¡Pues claro! A esa hora hay mucha gente que trabaja y escucha la radio.

Él se acostó y yo seguí cavilando. No me dio tiempo a rebobinar mucho porque enseguida sonó el teléfono.

–Mari. Soy Alberto. Dime una cosa, ¿cuántos años tienes en realidad?

–Cincuenta y uno; nací en mayo del 53.

–Vale. Dentro de un rato te llamo, que tengo que hablar contigo.

Me quedé sorprendida pegada al teléfono como una lapa y sintiéndome más y más nerviosa por momentos. Así estuve hasta las cuatro y media en que volvió a llamar.

–Mari, soy Alberto. ¿Estás sentada?

–Sí.

–Pues prepárate para lo que tengo que decirte: ha llamado mucha gente, pero lo mejor de todo es que tienes dos hermanas y un hermano.

Me dejó muda. No podía creérmelo. Alberto seguía hablando. Dándome pelos y señales de toda mi familia que, por lo visto, era muy grande. Había tías, hermanos y sobrinos. Todos vivían en Córdoba y lo más curioso era que una de mis hermanas vivía a pocos metros de mi casa.

–Su casa –decía él– se ve desde tu balcón.

Miré a la calle. Allí estaba el bloque de pisos que Alberto me indicaba.

«¿Sería posible que mi madre estuviera viviendo tan cerca de mi? ¿Estaría con ella? ¿Qué ventana sería? ¡Mira que si estoy harta de tropezármela por el barrio!». No, no podía ser. Nos habríamos reconocido.

Hay que estar en el pellejo de quien siente algo así, para calibrar lo que a una le corre por dentro en décimas de segundo. Cuando pude hablar le pregunté:

–Alberto. ¿Y mi madre? ¿Dónde vive mi madre?

El muchacho interrumpió su monólogo.

–¿Alberto? ¿Estás ahí? ¿Me escuchas? ¿Dónde está mi madre?

–Verás... yo no soy la persona más indicada para contarte nada de ella.

–Por favor, Alberto, ¿tú también? ¿También tú me vas a salir con el derecho a la intimidad? Por favor. Dímelo todo.

Yo insistía y él callaba.

–Alberto. ¿Estás ahí?

–Sí, sí, claro.

–Por favor, dime al menos si está viva o muerta.

–Está muerta, Mari. Hace más de cuarenta años que murió.

–No me estarás engañando...

–Con esas cosas no se juega. Tú lo sabes.

Eran las cinco y cuatro minutos de la tarde de un 18 de enero de 2005 cuando supe que mi madre había muerto. Supe también que mi familia no sabía nada de mi existencia, que Alberto estaba viendo la posibilidad de un encuentro, que una de mis hermanas no quería saber nada, que no le apetecía verse envuelta en este asunto y supe algunas cosas más, que se quedaron ahí, en mi cabeza, como flotando.

Todo me daba vueltas. Alberto se despidió y yo me hinché de llorar. No sabía si estaba triste o contenta. No sé el tiempo que estuve así. Y, sobre todo, seguía en las mismas: no sabía quién puñetas era yo. Cuando me recuperé llamé a mi hija pequeña, que andaba cerca de casa con una amiga.

–Chica, vente que estoy mala.

No tardó nada en llegar. Al verme la cara se asustó. Pocas veces me ha visto llorar, ni ella, ni nadie.

–A ver –me dijo– echa fuera lo que sea.

Se lo conté. Hablé del miedo que empezaba a crecerme por dentro; miedo a lo que mi familia pudiera contarme de mi madre, a la reacción de mis hermanas, al rechazo. Era curioso. Quería y no quería saber.

A pesar de todo lo que me rondaba por la cabeza y por el corazón, aquella noche dormí a pierna suelta, mejor que nunca. Había cerrado una etapa larga. Empezaba otra. Al despertarme, intenté hilvanar las últimas palabras de Alberto. Habíamos quedado en vernos. Apenas lo había escuchado. Me concentré en aquello. A ver, el chico joven de la tele me había preparado el encuentro con Alberto; pero todavía podía decir que no. «Ni te lo plantees, Mari», me dije –todavía en la cama–, que de los cobardes no se ha escrito "ná". Y me levanté decidida a ver cómo eran mis hermanas y las dos mujeres que, curiosamente, el funcionario había encontrado en la lista de la Seguridad Social, Rafaela y Carmela. Las dos hermanas de mi madre a quienes había tenido delante y no fui capaz de asociar a ella. ¿Cómo me mirarían? Temía ser rechazada. Me salía la desconfianza y la efusividad, ambas a la vez. Cuando me asomé al espejo para arreglarme me dije: «Mari, ponte tu mejor coraza y que Dios reparta suertes. ¡Hala, al toro!».

Cuando Fernando llamó al timbre ya estaba yo lista y con la casa hecha. El muchacho me abrazó, también sus compañeros. Parecía él más nervioso que yo. Pero lo mío era sólo "fachá", eso nunca me falta, aunque por dentro me sienta más "desgraciá" que el postigo de San Rafael.

Por el camino sólo sabían preguntarme cómo estaba. Luego me explicaron que en la emisora estaban mis hermanas y una de mis tías, la de los ochenta y un años. Al llegar me pidió que me quedara un momento en el coche. Los nervios me comían, pero no le demostraba nada a nadie. El muchacho volvió y me abrió la puerta.

–Venga, Mari. Ya llegó la hora de ver a tu familia.

Caminé sin sentirme los pies. En esos momentos sólo existía el alma, escondida tras mi cara de juez y el ceño fruncido. Nadie podía ni debía imaginar aquel maremoto que me descolocaba por dentro, arremolinando deseos y odios, esperanzas y recuerdos.

Cuando entré en la emisora y vi tanta cámara y tantísima gente, escuché la voz de Alberto como si viniera de muy lejos.

–Ahí está tu familia.

Me acerqué a ellas. Miré primero a mi tía, con los ojos llenos de lágrimas y esperando la reacción de mis hermanas. La pobre, tan mayor, no podía contenerse. Mis hermanas eran totalmente diferentes entre ellas. Tampoco se parecían a mí. Una era muy tímida, muy sencilla. La otra era rubia de bote y me pareció un pedazo de pija más grande que la Catedral; la verdad sea dicha, me cayó como a un santo dos pistolas. Nos saludamos como lo que éramos: tres extrañas. No hubo ni más ni menos emoción. Si yo estuve fría, a ellas dos no había quién les echara la pata. Había un panel grande al lado de nosotras con la foto de una mujer. De repente reparé en él y busqué la mirada de mis hermanas.

–¿Es nuestra madre? –pregunté.

–Sí, es ella –dijo la pija–. Ahí estaba ya enferma.

Los ojos se me pegaron a aquella imagen. No podía separarlos de allí. Era la primera vez que la veía; estaba conociendo el rostro de la mujer que me trajo al mundo y me había dejado, como a un trapo. Un cúmulo de sensaciones se esparcieron dentro de mí, como una nube negra en el estómago.

Allí estaba ella, por fin, vestida de luto, con las pupilas negras, grandes, intensas, en unos ojos hundidos. En su rostro, en los pómulos y las mandíbulas, apenas había unos milímetros de piel. Era la imagen misma de la muerte. Luego, pude ver tres fotos más; una con mi hermana mayor y otra paseando por los jardines de la Victoria, con varias niñas de la mano.

Había sido una mujer bellísima, elegante, con un cuerpo precioso, aún después de los tres partos. Fue zurda, como yo; su hermana me lo confirmó. Lo supe por la forma de llevar el bolso; en esas fotos que tanto y tanto he mirado, aprendí mucho de mi madre.

Subimos a hacer la entrevista. Un par de reporteros me recogieron declaraciones para las noticias de las dos en la televisión regional. A pesar de mi estado, contesté con soltura. Mi familia me miraba y se miraban entre ellas, extrañadas.

Ya en antena, le pedí a mi tía que me contara cosas de mi madre. Alberto fue el único capaz de captar mi nerviosismo. Todo se

amontonaba en mi cabeza. Tenía otro hermano. Llevaban dos años sin verle porque era muy raro. Mis hermanas decían no saber nada, salvo que se habían criado con mi tía y ella era a la única a quien sentían como madre.

Me di cuenta que mi madre no lo había sido de ninguna de las tres. Sólo lo fue para parirnos. Lo demás le había sobrado. Aquello me indignó. Empecé a salirme de tono. Mi tía sólo sabía decir que mi madre había sido muy desgraciada, que debió verse muy desesperada para hacer lo que hizo conmigo. En ese momento supe que debía dejar de preguntar y dedicarme a ganar la confianza de mi familia.

Una vez en la calle y fuera de las cámaras, le pedí a cada una de ellas que me perdonaran por haber entrado en sus vidas así, sin avisar.

–Me gustaría –continué– que supierais que si quienes me recogieron de la casa cuna me hubieran querido como padres, yo jamás hubiera buscado a nuestra madre. Porque para mí el ser madre no es parir un hijo, sino criarlo y quererlo y guiarlo en la vida.

Ninguna respondía. En aquel primer encuentro había sido muy dura y, quizá hasta un poco altanera. Pero estaba llena de rabia contenida. Tenía la necesidad de decirle a mi madre todo lo que había guardado desde hacía años y encontré que estaba muerta. Aquellas mujeres eran lo más cercano a ella y ese fue mi momento.

Volví a casa en un taxi, acompañada de mi hermana Angelita, mi vecina de bloque. Apenas cruzamos tres palabras en todo el trayecto. Al llegar nos dimos los teléfonos y un par de besos distantes. Ya a solas, camino del portal, empecé a sentirme de nuevo sobre los pies, y lentamente se calmó la tormenta que llevaba por dentro. Supe que era ella, Angelita, quien no quería conocerme.

El teléfono no paró de sonar en toda la tarde. Amigos y conocidos, de aquí y de mi pueblo, me felicitaban; algunos llorando de emoción. A mí me emocionó especialmente saber que en Almodóvar se había escuchado, y también la última llamada de la noche, era mi hermana Pepi, la pija.

–Soy yo, Mari.

–¿Quién?

–Tu hermana; la que va detrás tuya.

«Tu hermana, tu hermana...» me sonó varias veces en los oídos, como cuando jugábamos de chicas en el campo a escuchar el eco. Nadie nunca me había llamado así. El corazón se me salía por la garganta. Lo escuchaba dándome golpes dentro del pecho. Era la primera vez, una sensación completamente nueva, a esas alturas, ¡quién lo diría! No podía contestarle. Nos pusimos a cascar hasta las tantas y acabamos contándonos nuestras vidas. Me había equivocado al juzgarla. No podía imaginarme que la pija fuera tan buena gente.

Después del encuentro en la emisora, sentí que había cerrado una puerta y se abrían delante un montón. Era como si en el escenario de mi vida se hubieran descorrido los telones y en la sala de butacas me esperaran mil cosas por descubrir. Me puse a escribir esta historia, aún sabiendo que lloraría, y decidí sacarme el carné de conducir. Soy más vieja que un loro, pero sueño con volver a viajar y no me gusta depender de nadie. También tengo pendiente encontrar a mis otros hermanos, los de mi padre. No es que tenga muchos datos de él. Se llamaba José, era ferroviario y estaba casado. Mi familia cree que mi hermana Pepi –la pija– y yo somos hijas del mismo padre. Esta vez iré poco a poco. Fui entendiendo que no sólo yo había sufrido la ausencia de mi madre. Ellas también; por más que mi tía intentara suplantarla y de vez en cuando aunque fuera poco, pudieran haberla visto. Si encima conocían a qué se dedicaba... casi fuera peor el remedio que la enfermedad. Ahora, encima, después de cuarenta años, cuanto todo quedaba tan lejos en el tiempo, aparecía la Mari diciendo aquí estoy yo.

Sí, debí suponer un impacto para la familia; sobre todo para mi tía, a sus ochenta años. Pobre mujer, con lo que llevaba pasado en la vida; criar a sus hijos y a las de la hermana, con una economía tan precaria y viviendo los devaneos de la otra. Ella, que se había dejado la piel y la juventud entre lavaderos y fogones, en un intento de quitar a las niñas de la inclusa, ahora descubría que le quedó un

cabo suelto en la vida de su hermana; allí, en la casa cuna de Puerta Nueva, a unos metros de donde siempre tuvo su casa.

Mi nueva familia me iba llamando de vez en cuando. Al cabo de unas semanas organizaron un perol en el campo, para conocernos todos. Nos fuimos al chalet de una hija de mi tía Conchi, un encanto de mujer. Su marido, Mariano, había sido quien escuchó la radio y puso a todo el mundo de "rebimba". A él debo agradecerle el encuentro. Si fuera otra clase de persona quizá nunca habría dado con ellos. Al llegar nos aguardaba un banquete. Estuvimos todos, incluidos los hijos y los nietos. Nunca había dado tanto beso seguido, ni suelto. Y yo, que no soy persona de dar besos, ni a mis propios hijos, empecé a pensar que no estaba mal la ternura. Me sirvieron para ir tomando el pulso a los cariños. Entre mis dos hermanas percibía distancia, frialdad. La pija me daba más confianza. Me atreví a preguntarle qué tal se llevaba con Angelita.

–Ni bien ni mal. Llevamos dos años sin vernos.

Mi ansiedad por encontrar a mi familia no me permitía creérmelo. Pero a lo largo de la comida comprendí que me iba a pasar lo mismo. En el transcurso del día cruzamos dos palabras. Con su marido mejor hubiera sido no cruzar ninguna. Para una vez que abrió el pico metió la pata hasta el corvejón.

–¡Hay que ver lo bien que te hemos recibido! ¿Verdad? Pero no te confíes. Eso es porque no hay "ná" que repartir, si no estaríamos de abogados.

Me pareció que tenía la gracia en el culo, como las avispas. Como tampoco era día para echar los trastos de rodar, lo apañé con un "puede ser". A la hora del café sacaron una tarta. Dijeron que se iban porque a Angelita le dolía la cabeza y así lo hicieron, sin despedirse ni decirme siquiera por ahí te pudras. Entonces no tuve dudas. Era ella la que se negaba a ir a la radio. Todos dicen que es rara. Intento comprenderla. A las dos nos esperaba el mismo destino. Como a mí, la dejaron en Puerta Nueva. Por suerte para ella, mi tía se enteró y la recogió a los tres días de nacer. Tenía siete años cuando se murió su madre biológica, porque la de verdad es esa otra de ochenta años. ¡Pobre! No para de llorar cuando me ve. Angelita se casó y se metió en su burbuja, con el marido y los hijos.

No le interesa otro mundo. Lo veo bien, si es feliz así. Yo, en cambio, lo fui compartiendo aquel día con ellas, y otros que han venido luego.

Quien no se haya sabido completamente sola en la vida no puede imaginar el consuelo de sentirse en familia. Eso me hace medianamente feliz. Me pregunto por qué no lo soy del todo, quizá porque sigo sin saber quién soy.

A veces cojo un papel y un lápiz y escribo todos mis nombres en fila, una y otra vez:

María Salud García Fernández.

María Salud Jiménez Luque.

María Salud Gutiérrez Fernández.

Los leo y los releo, ¿cuál de estos seis apellidos me identifican? La gente me conoce por Mari o María. Yo me siento la hija de nadie. Aún así no me quejo. ¿Cuántos habrá que, llevando mi misma lucha, mueran sin saber sus orígenes? ¿Cuántas vidas habrá como esta mía? ¿Cuántos hijos de nadie?

He sido afortunada. Quien no haya tenido nunca las páginas de sus orígenes en blanco no puede imaginar la maravilla de ir recomponiéndolo, como se pega una carta arrugada y rota en mil pedazos, aunque siempre quede algún trozo definitivamente perdido. Un trozo de esa carta es la Córdoba que vio nacer a mi madre.

X. LA MUCHACHA

DE LOS CIDROS

He vuelto muchas veces a la calle Los Cidros, a sus adoquines y su patio de vecinos, con la esperanza de entrar en él. Permanece cerrado, junto al convento de Santa Marta, con las macetas llenas de jaramagos, las pilas secas, la cal descascarillada, las puertas y las ventanas rotas, vencidas.

A unos metros de allí, en la plaza de La Fuenseca, sigue intacta la fuente, el cine de verano, los paisajes donde ella debió ser feliz. La imagino riéndose, como en la foto del paseo de la Victoria, tal vez bronceada por los baños en la playa de Guadalquivir, junto al Molino de Martos, cuando el río era una fiesta e iban las muchachas a sus verbenas nocturnas, a los concursos de canoas o al supertango de las madrugadas.

Quizá, en un principio, sería una de esas muchachas tímidas que apenas salían de casa, si no era acompañada de la madre; las fiestas vendrían luego, cuando los abuelos no pudieron hacer carrera de ella y acabó como acabó.

No me gusta pensar en sus años amargos; los de mi nacimiento, los del declive. No me gusta imaginarla en el río, en el burdel de la calle El Poyo, en la pensión de la Trinidad, ni en ninguno de los otros lugares por los que anduvo rodando. Los he recorrido todos. En ninguno la siento tan cerca como en las calles en donde transcurrió su primera juventud.

Vuelvo a veces por allí, con la esperanza de ver su casa abierta, buscando algo que me acerque a su vida. Vuelvo a la fuente de la Fuenseca y al mirador que la corona; al cine y al despacho de vino cerrado; imagino también a mi abuela, aún joven, como tantas mujeres que por las mañanas iban y venían con sus cántaros al cuadril; veo a los hombres mirándolas, con el medio en la mano,

apostados sobre los quicios de cal de la taberna. Muchos de ellos admirarían, sin duda, a mi madre, todavía joven, con los diecisiete años que le truncaron de repente. Alta, jaquetona, el moño cordobés sobre la nuca y ese aire de señorita, que se quedó impreso en un papel en blanco y negro.

No me gusta mirar la foto de sus cuarenta años, con las señales de la muerte en la cara.

Paseo por las calles estrechas de la Fuenseca y pienso en ella; en cómo se parecen nuestras vidas. Claro que a mí, ni en los momentos más duros, me pasó por la tela del "sentío" ganarme la vida de puta. Seguramente ella tampoco lo pensaría entonces, en la casa de vecinos de la calle Los Cidros, cuando le hicieron la primera barriga. A lo peor –¿quién puede saberlo ya?– tampoco a ella le había hablado nadie de esos asuntos.

El caso es que la preñaron. Mi abuelo iba a matarla. Y lo entiendo. Por lo poco que sé de él, seguramente fue el típico putero, con su mujer en casa y con la pata "quebrá". Con lo de su hija le dieron en "toa" la cresta. En cuanto lo supo dijo de casarla, como era natural; pero unos meses antes de la boda perdió al hijo y el novio vio el cielo abierto. La dejó más "tirá" que a una tanga.

Sí, su vida casi se repetía en la mía. Tal vez por eso mis hermanas ven tanto mérito en que yo haya escapado a ese destino, que parecía escrito incluso antes de nacer. A mí no me parece que escapar de él sea para tanto. Ellas lo hubieran hecho igual si la necesidad las hubiera agarrado por el pescuezo, con la misma fuerza que a mí. Su problema es que siguen teniendo miedo al mundo, desconfianza en sí mismas. Piensan que sin sus "maríos" no son nadie. Las criaron en eso y para eso; entre algodones, vigilando que no sacaran los pies del plato, que fueran a salir a la madre.

En aquellos tiempos, las hijas de las prostitutas y de las madres solteras estaban señaladas. Llevábamos ese estigma pegado a la piel, como un lunar o la mancha de un antojo, que nace y se muere con una. Teníamos que ser, más que nadie, el buen paño que en el arca se vende. Recuerdo los mensajes. En la escuela, en las charlas de las mujeres, en las coplas de flamenco de los jornaleros de las fiestas de La Torre, o en las canciones que cantábamos de niñas; la decencia

tenía la fragilidad de un cántaro. Así debieron enseñárselo también a mi madre.

Dicen que después de mal parir no había manera de hacer carrera de ella. Pobre mocita "desportillá", con la honra perdida, carne de cañón.

Decidieron encerrarla con las monjas y –lo que son las cosas– la llevaron al Buen Pastor. Pero la oveja descarriada ya no tuvo salvación. Al segundo embarazo la echaron de su casa. Luego vino otra niña y otra. Sus hermanas las iban recogiendo, mientras ella deambulada de pensión en pensión, de hombre en hombre. Cuando llegué yo había aprendido que podía dejarme en la casa cuna, sin que nadie de la familia lo supiera. Luego llegó Paco, el más chico, el embarazo que acabó de matarla.

Todo me lo fue contando mi tía. Ella fue también quien me llevó a conocer a mi hermano. No lo hizo de buen grado, pero insistí y acabó por ceder. Paco había vivido siempre a pocos metros de mi casa. No tenía ni idea de nada. Cuando abrió la puerta su cara era el despiste hecho hombre.

–Yo a ti te conozco –le dije.

–Yo también a ti –contestó sin salir de su despiste.

Le di dos besos. Noté las ganas de saber qué leche hacíamos allí. Se lo contamos, sin pararnos demasiado en detalles. Yo ya sabía mucho de mi madre. La única vez que se había casado lo hizo con el padre de él; por eso tenía apellidos distintos a mis hermanas y a mí.

Paco había cumplido cuarenta años, los mismos que hacía de la muerte de ella. Lo dejó con cuatro meses y mi otra tía y su marido, que nunca tuvieron hijos, se hicieron cargo de él. Salió con un poquito de retraso, pero no se le nota mucho, o sí. A lo peor esa es la rareza que dice notarle la familia.

Mi madre con su marido no tuvo mejor suerte que con los demás. Al casarse estaba ya enferma y al nacer el hijo la dejó tirada.

Ahora veo a mi hermano con frecuencia. Viene por casa, con su

pareja. Lo observo, lo escucho y, poco a poco, he descubierto la razón del odio que siente hacia nuestra madre. A mí nadie me habló de ella, ni bueno ni malo; a él sí, pero jamás con palabras amables. Él las reproduce y en sus críticas me he reconciliado con todos mis fantasmas, y he empezado a entender cómo tira la sangre. “Donde no hay sangre no hay morcilla”. También he entendido el significado de aquella frase que tanto odié.

He llegado a la conclusión de que no tengo derecho a juzgarla. Fue un ser desgraciado con una vida desastrosa, como tantas otras de su tiempo y de éste; juguetes sexuales de unos hombres que buscan en ellas lo que no tienen “riles” de pedir en su casa.

Gracias a mi familia y mi hermano Paco me he ido aproximando a mi madre. Me voy curando del dolor que me producía su recuerdo. En cada comentario negativo me sale un arrebato de defensa y la siento más mía, aunque nunca haya podido abrazarla.

También me he reconciliado con el recuerdo de Almodóvar del Río. De vez en cuando también vuelvo allí. Recorro los sitios en donde, por momentos, fui desgraciada, y quizá en algún instante feliz. Aún me parece ver a mi padre, en la puerta del cine, en los bailes del Carnaval del Ateneo, por el camino de vuelta de La Torre, con el castillo y la luna de fondo. Veo a la maestra que me descubrió el encanto de la lectura; a las niñas de los baberos blancos, que nunca volví a ver; y a Manolín, recién peinado, oliendo a Varón Dandy, esperándome en la esquina de los primeros besos. Nunca dejamos de saber el uno del otro, a pesar de haber tomado caminos tan distintos.

Ahora ha vuelto a Almodóvar. De vez en cuando me escapo hasta allí para estar unas horas con él, a solas. Entonces me atrevo a contarle lo que nunca le dije y pongo algunas flores sobre su tumba. Siempre con el mismo poema, de Rosalía de Castro, que aprendí siendo chica, en la escuela de doña Felisa:

«Yo no sé lo que busco eternamente

en la tierra, en el aire y en el cielo:

yo no sé lo que busco, pero es algo

que perdí no sé cuándo y que no encuentro,

aún cuando sueñe que invisible habita

en todo cuanto toco y cuanto veo».

Córdoba, a 6 de agosto de 2005.